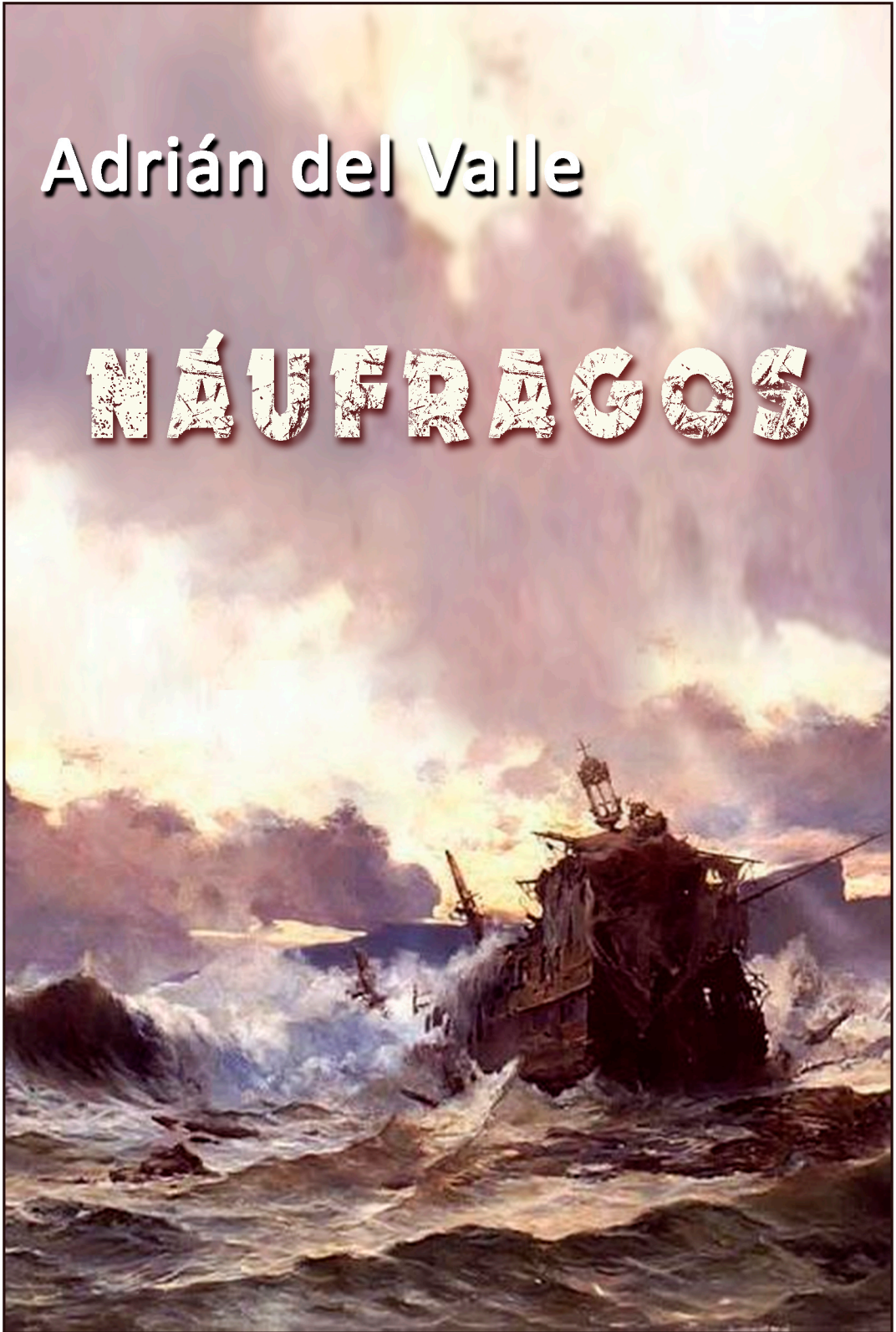


Adrián del Valle

NÁUFRAGOS



Náufragos es una novela escrita en la primera parte de la década de los 30 de la pasada centuria en Barcelona y publicada por la editorial La Revista Blanca.

En ella Adrián del Valle, en la tradición de la novela de viajes y aventuras nos narra la historia de Octavio Alvar, médico naturista.

Sin perderle la pista al Verne de *La Isla Misteriosa* ni al Stevenson de *La Isla del Tesoro*, Del Valle nos ofrece una novela entretenidísima, donde sin mentarlo nunca, está siempre presente el anarquismo.

Disfrútenla.

Adrián del Valle

NÁUFRAGOS

Biblioteca de «La Revista Blanca»

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/teneo_nachobiblioteca.html

CONTENIDO

- I. A BORDO DEL «SIRIO»**
- II. EL «CÓNDOR» Y SU GENTE**
- III. CADÁVER AL AGUA**
- IV. UNA PUESTA DE SOL EN EL MAR**
- V. EN EL ANTRO INFERNAL**
- VI. HAWAII**
- VII. HONOLULÚ**
- VIII. ADIÓS A HONOLULÚ**
- IX. EL DESTINO**
- X. FUEGO A BORDO**
- XI. PERDIDOS EN EL MAR**
- XII. LA ISLA OASIS**
- XIII. EXPLORANDO LA ISLA**
- XIV. VILLA ALEGRE**
- XV. SEIS MESES DESPUÉS**
- XVI. EL «ATOL»**
- XVII. MARUBA**
- XVIII. NUREYA**
- XIX. DE VUELTA**
- XX. AMOR, FLOR DE LA VIDA...**
- XXI. CADA OVEJA CON SU PAREJA**

- XXII. LAS ILUSIONES DEL DOCTOR ALVAR**
- XXIII. EL BUQUE MISIONERO**
- XXIV. ENTRE SALVAJES**
- XXV. CREENCIAS Y COSTUMBRES DE LOS MARUBAS**
- XXVI. LOS MISIONEROS**
- XXVII. DESTERRADO**
- XXVIII. LIBERTAD Y NOSTALGIA**
- XXIX. LA MUERTE DE OCOYA**
- XXX. EN CASA DEL DIRECTOR**
- XXXI. LA LAMPARITA DE SAN PATRICIO**
- XXXII. CIVILIZACIÓN Y EXPLOTACIÓN**
- XXXIII. ANIVERSARIO DE BODA**
- XXXIV. REPRESIÓN**
- XXXV. LA NOCHE TRISTE**
- XXXVI. CÓMO EL DOCTOR ALVAR ABANDONÓ EL «PACIFIC»**
- XXXVII. LA BUENA SUERTE DEL BRAVO OLIVER**
- XXXVIII. HACIA NUEVA YORK**
- XXXIX. LA NOSTALGIA DEL PASADO**
- XL. EL MONSTRUOSO NUEVA YORK**
- XLI. NÁUFRAGOS MORALES**
- XLII. FATAL ACCIDENTE**
- XLIII. ORACIÓN FÚNEBRE**
- ACERCA DEL AUTOR**

I. A BORDO DEL «SIRIO»

El «Sirio», moderno trasatlántico de diez mil toneladas, navega con rumbo a las Islas Hawái. Hace unas horas que ha abandonado la bahía de San Francisco. Todavía desde popa se divisa la línea oscura de la tierra americana. A proa, la planicie del mar se extiende monótona hasta confundirse con el firmamento.

En el extremo de la proa está Octavio Alvar, sintiendo complacido sobre el rostro la caricia de la brisa marina, salobre y fresca.

Una voz extraña exclama a su espalda:

–Grata brisa.

Vuélvase. Ante él tiene a un joven de rostro trigueño y simpático.

–Perdone que le distraiga de la contemplación del padre mar– continuó el joven,—que siendo tan viejo, se muestra siempre tan nuevo.

Sonrió Alvar. Agradóle la frase, que le probaba que por lo menos el intruso no era persona vulgar.

–¿Con quién tengo el gusto de hablar?

–Perdone, había olvidado hacer mi presentación: Cándido Beltrán, natural de Chile, de profesión ingeniero, aunque sin ejercerla, soltero, de veintisiete años de edad, incluyendo los nueve meses de vida en el sagrado seno materno.

–Basta, señor Beltrán. No tengo necesidad de su filiación completa. Mi nombre es...

–Octavio Alvar, doctor en medicina, cubano; edad... bien, la edad puede alcanzar los cuarenta.

–Póngale dos más, sin contar con los consabidos nueve meses. Y dígame, ¿cómo diablos se ha enterado usted?..»

–Pues muy fácilmente. En el muelle estaba usted hablando con dos caballeros que fueron a despedirle. Me atrajo el oírles hablar castellano, enterándome de los pormenores de su nombre, profesión y nacionalidad. Y ahora mismo, el lazo del idioma me ha llevado hacia usted. Presumo que somos los únicos a bordo que hablamos castellano.

–Efectivamente, el idioma une en ciertos casos, porque nos hacemos la ilusión de entendernos por su medio.

–¿Nada más que la ilusión?

–Nada más.

–Pues, yo creo que ahora nos entendemos perfectamente.

–Espere que nos tratemos un poco y verá cómo no tarda en surgir la incomprensión y la divergencia en el modo de apreciar las cosas. ¡Es tan raro que dos hombres tengan parecida idiosincrasia! Los humores son diferentes, distinta la mentalidad. Reaccionamos de manera desigual ante un mismo hecho o idea.

–Exageraciones de médico.

–Soy la menor cantidad posible de médico. La práctica de mi profesión me ha hecho dudar de la eficacia de nuestros métodos curativos. Creo que en vez de sanar enfermos, por medio de drogas, lo que hacemos es adaptarlos a un estado morboso que al hacerse constitucional, va acortando la vida humana.

–Pesimista es usted.

–Mi pesimismo es hijo de la realidad presente. La civilización, lo que llamamos civilización, nos desvía cada día más de la vida natural.

–¿También reniega de la civilización?

–Y en primer término, porque ella es la responsable de nuestra decadencia física, que a la postre será moral e intelectual si a tiempo no reaccionamos contra sus efectos.

–Presunciones, doctor.

–Hechos, señor ingeniero. Vea usted: Vida artificial y viciosa: alcoholismo, narcomanía, prostitución, alimentación

inadecuada, respiración de aire impuro en los hogares, salas de espectáculos, fábricas y talleres; exaltación de las más agresivas pasiones: ambición de riquezas y de poder, afán de lucro y de boato, vanidosa ostentación, expoliaciones, robos, crímenes, agresiones individuales y colectivas; y como corolario, extremada miseria en unos y escandalosa riqueza en otros.

–Este es el lado malo, ¿por qué omite el bueno?

Sonrióse Alvar, replicando:

–Para darle ocasión a que me lo muestre.

–Con gusto. La civilización ha intensificado la vida. Aun suponiendo que los civilizados viviéramos menos que los salvajes, el número y la variedad de las sensaciones compensarían el acortamiento. Viviendo menos, gozamos más. Y cuento como goces, tanto los de orden material, derivados de las comodidades en el hogar y de las relaciones sociales, como los de orden moral y Espiritual, originados por una superior idealidad que nos hace gustar del arte en sus múltiples manifestaciones y enriquece nuestros conocimientos con las experiencias científicas y las sugerencias filosóficas,

–Excelentemente expuesto el lado bueno de la civilización; pero convendrá en seguida en que tiene un grave defecto.

–¿Cuál?

–Que sólo una minoría goza de lo bueno, en tanto que lo malo pesa sobre todos.

–¿Y no le parece que paulatinamente irá disminuyendo lo malo y aumentando lo bueno?

–Es posible, pero no seguro. Depende de los hombres, que son los factores de la vida social, como dependemos nosotros de las células, que son los factores de la vida individual.

–La vida... magno problema.

–Para mí, problema resuelto. La vida no tiene más fin que la vida misma.

–No, no. Hay algo fuera de la vida, que la ha creado y la impulsa.

–¿Cree usted que la vida obedece a un objetivo absoluto?

–Sí, reconozco la existencia de un objetivo transcendente en la vida humana, como en la vida universal, de la que es ella una particular manifestación; pero me declaro impotente para comprenderlo.

–El creyente religioso que ve en el mundo y en la vida la voluntad de Dios, y el filósofo, idealista o materialista, que suponen que la vida obedece a un plan definido, todos recurren a meras hipótesis para dar a la vida una transcendencia que muy probablemente no tiene.

–Cabe dudar de las hipótesis que pretenden explicarnos el por qué de la vida, pero no podemos dudar, sin poner en duda la realidad misma de la vida, de que obedece a un objetivo. El simple hecho de vivir, ¿no prueba ya la existencia de éste?

–Fijemos el sentido de las palabras. Si todo hecho prueba un objetivo, ello no es más que la demostración de un determinismo de causas y efectos, que preside a todo el Universo; pero cuando hablamos de un objetivo en nuestra vida, lo hacemos dándole un significado moral y transcendente –generalmente negado a los seres inferiores y a la materia bruta– y es ese objetivo el que yo no admito. Nuestra vida no tiene objeto ni fin transcendente: es un mero accidente de la vida universal.

–Pero la vida universal, ¿no tiene objetivo?

–Si objetivo queremos reconocerle, debemos buscarlo en ella misma, porque todo está en ella, porque fuera de ella no hay nada. El objetivo de la vida, es la vida misma.

–Observe que en la vida hay gradaciones, formas diversas, transformación infinita. ¿No será el objetivo alcanzar la suprema perfección? Y esa perfección, ¿no implica el reconocimiento de una finalidad moral?

–Admito el cambio, la evolución incesante en la naturaleza, pero niego la perfección en el sentido absoluto que quiere darle. La esencia de la substancia universal, es siempre la misma; sólo hay cambio de formas, de estructuras, que obedecen a los movimientos y combinaciones de lo infinitamente pequeño. Lo que llamamos perfección, es simplemente un proceso de complicación, tras el cual sobreviene fatalmente otro proceso de disolución. La perfección es un hecho natural que constantemente se realiza y se deshace.

–Su filosofía es nihilista, desconsoladora. Mata la idealidad, hace estéril todo noble esfuerzo humano. Reduce el progreso a un acto mecánico, la perfección a un hecho transitorio y sin finalidad moral. No puede satisfacer a la mente humana, hambrienta siempre de ideal.

–El que niegue la existencia de un objetivo absoluto en la vida, no implica la negación, por estéril, de todo esfuerzo humano. La humanidad puede crearse objetivos ideales. La humanidad en sí misma, no es más que un eslabón de una serie evolutiva, y para completar su ciclo tiene que recorrer una gradación ascendente, en la que predomine el desarrollo de la inteligencia, que es sin duda una de las manifestaciones más altas que alcanzan las series evolutivas.

–Entonces, la creación y evolución de la inteligencia será el objetivo de la vida.

–La inteligencia es la conciencia de la vida. El hombre se diferencia de los seres inferiores y de todo lo demás que constituye el mundo, en que puede darse cuenta de que vive, en que tiene conciencia de su existencia; y como esa conciencia, si fuera exclusiva, le llenaría de hastío, de ahí que se vea obligado a dar a su vida un objetivo elevado, inventando ideales, dioses, religiones, arte, ciencia, filosofía, y en un orden inferior, las mil diversiones y complicaciones de la vida humana.

–Quiere usted decir que el objetivo que damos a la vida responde a una necesidad de la mente.

–Exactamente, sólo que es una necesidad moral que, al contrario de las físicas, jamás puede satisfacerse por completo.

Los toques metálicos anunciadores de la comida, interrumpieron la conversación. Dirigiéronse al amplio y lujoso comedor, sentándose en la misma mesa. Eran los únicos hispano–americanos entre un centenar de viajeros, en su mayoría yanquis. Beltrán comió de todo con apetito; Alvar fue parco, no probando los platos de carne y dando preferencia a las frutas.

–Doctor, come usted como un pajarito.

–Lo necesario para reponer las energías vitales gastadas. La mayor parte de las enfermedades se deben a que comemos con exceso alimentos impropios. Consecuencias de nuestra civilización,

Beltrán no pudo contener la risa.

–Caramba, doctor, haría usted un excelente salvaje.

–Qué más quisiera, pero me falta el medio. La civilización se ha extendido tanto que son raros los lugares en donde no se siente su perturbadora influencia. Hasta en el interior del África he encontrado fonógrafos y máquinas de coser, los más refinados instrumentos de tortura que han inventado los civilizados.

–Comprendo que el fonógrafo sea ingrato a los oídos delicados, pero ¿qué tortura puede producir la utilísima máquina de coser?

–¿Acaso no es una horrible tortura la del vestido? Sólo la costumbre, desde la infancia, nos lo hace tolerable. Impide la tonificación del cuerpo por el aire y los rayos solares. Es, además, inmoral, porque convierte en pecaminosa la casta desnudez.

–¡Gracioso! Quisiera verle paseándose en pleno invierno por el Broadway neoyorquino.

–No tendría tiempo, porque antes un pudoroso policeman me cubriría con su capote y me invitaría gentilmente a seguirlo hasta la próxima estación de policía.

–Me parece que le haría un favor, impidiéndole que falleciera de frío.

–Quizá. Pero no se trata de eso. Lo que quiero indicarle, es que complicamos los vestidos y nos convertimos en sus esclavos, con perjuicio de la salud y de la moral. Cuanta más sencillez y menos tela usemos, mejor. La civilización, con sus modas estrafalarias y complicadas, nos convierte en ridículos muñecos. ¿No se ha reído usted contemplando las modas de años atrás? Pues de igual modo se reirán de las modas actuales nuestros nietos.

–Reírse de media humanidad es la más agradable ocupación de la otra media,

–Acontece más a menudo que media humanidad llora por lo que hace la otra media. La solidaridad y el mutuo apoyo, que casi es la regla en los grupos que forman las especies animales y en los clanes y tribus de los hombres primitivos, son

desconocidos en nuestras sociedades civilizadas, donde la divisa es: explota a tu prójimo.

–Otra exageración. También se protege al semejante. Tenernos magníficas instituciones benéficas: hospitales, asilos, sanatorios, sociedades caritativas.

–Candad, esto es, limosna, y aun para unos pocos. ¡Y qué limosna! En los hospitales, por ejemplo, el que la recibe está obligado a que su cuerpo, vivo o muerto, sirva de campo de experimentación y de estudio.

–Hay que dejarlo por incorregible, doctor.

Levantáronse de la mesa y fueron hacer la digestión paseando por la cubierta. Apenas si prestaban atención a lo que pasaba a su alrededor. El mismo mar había cesado de interesarles. Gozaban del placer de su mutua conversación. Insensiblemente, de lo que tenía interés general, pasaron a lo íntimo y personal.

–¿Su punto de destino es Hawái? –preguntó Alvar.

–Sí. Pienso pasar unos meses allí. Tengo noticias de que es un lugar muy atractivo. Luego quiero visitar Japón, India, China. Lo exótico me atrae.

–Sufrirá alguna decepción. Lo exótico va desapareciendo, barrido por la civilización, que unifica usos, costumbres, conocimientos y formas de Gobierno.

–Bueno, gozaré de lo que quede, por poco que sea.

–¿Viaje de placer?

–Exclusivamente de placer. Ni siquiera quiero tomarme el trabajo de escribir mis impresiones. Gozar, nada más que gozar. No me preocupan los gastos, que corren de cuenta de mi excelente papá, que así ha querido premiar la terminación de mis estudios por adquirir una carrera.

–Que por lo que veo maldita la falta que le hace.

–Y usted, ¿se detendrá también en Hawái?

–Así pienso, pero poco tiempo. He recorrido tres continentes; Europa, África y América; me faltan Asia y Oceanía.

–¿Viaja también por placer?

–Por necesidad. Tengo la manía ambulatoria. Ando buscando un lugar ideal, por la naturaleza y por los hombres, donde pueda vivir a gusto.

–Algo difícil me parece, dadas sus inclinaciones.

–Desde luego he renunciado hallarlo en los medios civilizados, donde hasta la naturaleza ha sido degradada.

–Viajando perennemente no tendrá ocasión de ejercer su noble profesión.

–Se equivoca. Acostumbro sacarle provecho. Y me envanezco de obtener buenos resultados. No prescribo medicamentos.

Mis agentes curativos son la higiene, la dieta y la sugestión. Donde no puedo ejercer de médico me presento como experto hipnotizador; y si el caso se ofrece y la necesidad obliga, no desdeño dar sesiones públicas de hipnotismo y hasta de prestidigitación.

–Es usted hombre de recursos. Pero la vida que lleva es triste. Lejos de la patria, de los afectos familiares; sin la esperanza de crear un hogar, ni ocasión de cultivar amistades duraderas...

Notando en el rostro del doctor una sombra de pesar, calló temiendo haber sido indiscreto.

–Patria, hogar... Bellas palabras, por lo que evocan, de lejos. De cerca, ¡cuán insinceras resultan a veces! De Cuba, mi patria, guardo un grato recuerdo, que no fuera tan grato de continuar viviendo en ella. De mi hogar... bien, mi hogar hace años que dejó de interesarme, con lo cual dicho se está que a usted ha de interesarle menos.

Era ya de noche. La cubierta estaba desierta. Sentáronse, más dispuestos a conversar y a gozar de la fresca brisa que a oír los destemplados acordes de un jazz-band que atraía al salón a la mayor parte de los pasajeros.

Durante el día siguiente fueron igualmente inseparables compañeros. Al atardecer, atrajo sus miradas un yate al cual se iba acercando rápidamente el «Sirio». La blancura de su casco, largo y estrecho, destacábase como una gran mata de algodón flotando en las aguas verdosas del gran Océano.

El yate había detenido su marcha, y con el telégrafo de banderas hizo señales de que deseaba ponerse al habla con el trasatlántico.

–Es el «Cóndor»–dijo Beltrán.– Salió de San Francisco unas doce horas antes que nosotros.

–Hermoso yate.

–Conozco el afortunado dueño: don Pedro Roncali, distinguido compatriota mío que, según dicen, es la mayor gloria de Chile.

–Será un sabio.

–No.

–Un gran literato o artista de fama.

–Tampoco.

–Ilustre estadista...

–Nada de eso. Es el hombre más rico de Chile, propietario de grandes campos de nitrato, dueño de pueblos enteros, de una red de bancos, casas comerciales y de varias líneas de vapores. Una potencia financiera y desde luego política. Se le calcula una fortuna de mil millones.

–¡Colosal! Un hombre así merece todos los honores. Es realmente la gloria más valiosa de Chile.

–Viaja en el yate en compañía de su única hija.

–Que será de una belleza y distinción extraordinarias.

–Precisamente una belleza, no lo es. Distinguida sí y muy simpática y atractiva.

–Sobre todo atractiva. Son un poderoso imán los millones del padre.

El «Sirio» detuvo su marcha y el yate se acercó tanto, que se distinguían perfectamente sus ocupantes. El capitán desde el puente y valiéndose de una bocina, gritó:

–Necesitamos un médico. El nuestro se enfermó gravemente. Si entre el pasaje del «Sirio» hubiera uno, estamos dispuestos a pagar espléndidamente sus servicios y a dejarlo en el lugar de su destino.

Beltrán miró significativamente a Alvar.

–¿Ha oído?

–Sí. Voy a proponerme.

Dirigióse sin pérdida de tiempo a donde estaba el capitán del «Sirio».

–Soy médico–le dijo–y viajo solo. Estoy dispuesto, si da su permiso, a trasladarme al yate.

El capitán, por toda contestación, se limitó a ordenar que Alvar, con su equipaje, fuera trasladado al «Cóndor».

Arrióse un bote y se bajó la escalerilla. Alvar, antes de descender, estrechó con afecto la mano de Beltrán, diciéndole:

–Guardaré un grato recuerdo de usted.

–Igual le digo. Siento su separación, pero le felicito porque me parece que ha de convenirle el cambio. Buena suerte.

II. EL «CÓNDOR» Y SU GENTE

Apenas Alvar había pisado la cubierta, cuando el «Cóndor» reanudó la marcha, separándose del «Sirio», al que saludó y dio las gracias con tres largos pitazos.

Un oficial que le estaba esperando, al que tendió su tarjeta, le dijo:

–En nombre de don Pedro Roncali y del capitán, le doy la bienvenida y le suplico se sirva acompañarme a ver a nuestro médico, que se halla sin conocimiento hace doce horas.

Descendieron a un camarote situado a estribor. Tendido sobre la cama estaba un hombre de más de mediana edad, que respiraba fatigosamente. Alvar se acercó para examinarlo. Le separó los párpados del ojo derecho, vidrioso y sin expresión.

–Un ataque de apoplejía fulminante –exclamó.– ¿Puedo hablar con don Pedro Roncali?

–Haga el favor de acompañarme.

Le condujo a un amplio salón, decorado y amueblado con gusto y con miras a la comodidad. A la derecha un gran diván, anchos butacones diseminados, dos mesitas; al fondo,

separado por cuatro artísticas columnitas, un breve departamento que albergaba piano eléctrico, victrola y radiola.

Sentado en el diván, recostado en un cojín, se hallaba don Pedro Roncali, grueso, de baja estatura, ancho de espaldas, trigüeño, nariz achatada y boca carnosa que dejaba ver los dientes incisivos superiores. Había en su rostro algo de la expresión del perro de presa.

Con él se hallaban las siguientes personas:

Isabel Roncali, delgada, ojos grandes y muy negros, boca sensual. Conservaba, atenuados, los rasgos del padre. Vestía con refinada elegancia. El mayor atractivo de su persona eran las joyas, numerosas y de gran valor.

Margarita Boscán, viuda prematura de un maduro general, que por toda herencia le había dejado la pensión a que se hiciera acreedor por sus entorchados, ganados bravamente en el bello arte de matar al prójimo. En la plenitud de sus facultades y gracias femeniles. Muy blanca, ojos expresivos, que mira— lían acariciando, boca reidora, para solaz de los dientes, menuditos y apretados. Pródiga en miradas y sonrisas, que dedicaba preferentemente a don Pedro, también en estado de viudedad.

El conde Ricardo de la Garza, joven portugués, primogénito de una ilustre, antigua y linajuda familia, económicamente en decadencia. Tipo fino, de una insignificancia muy aristocrática. Tenía por única ocupación seria el cuidado meticuloso de su persona.

En todos ellos produjo buena impresión el doctor Alvar, con su cuerpo atlético y el rostro simpático de cuarentón, curtido por el sol y el viento.

El oficial hizo la presentación:

–El doctor Octavio Alvar. Don Pedro Roncali.

–Bienvenido – dijo éste, levantándose y tendiéndole la mano.

Seguidamente hizo la presentación de los demás:

–La señora de Boscán y el conde de la Garza, mis huéspedes. Mi hija Isabel.

Alvar correspondió con una leve inclinación a la de los presentados.

–¿Ha visto ya a nuestro médico?– preguntó don Pedro.

–Sí, pero inútilmente. Caso perdido. Un ataque apoplético muy grave, cuyo desenlace será la muerte dentro de breves horas.

El rostro de todos simuló un sentimiento penoso. Isabel insinuó:

–¿No habría modo de intentar algo para salvarlo o alargarle la vida?

–Sería inútil cuanto se hiciese. Puede decirse que está ya en la agonía.

–¿Sufre? –indagó acongojada Margarita.

–En absoluto, señora. Ha perdido todo conocimiento. Por lo que toca a su conciencia, está ya muerto.

–Menos mal. Debe ser horroroso sentirse morir.

–Nadie se siente morir. Sólo se presiente la muerte cercana. La conciencia, o si se quiere, el ser psíquico, muere antes que el cuerpo material. La agonía es sólo impresionante y terrible para el que la contempla.

–Bien, doctor –dijo don Pedro, –hablemos de usted. ¿Cuál es su punto de destino?

–Hawái.

–Está en nuestro itinerario, así que no nos impone ningún sacrificio dejarlo allí, a menos que... Dígame, ¿tiene por precisión que detenerse en Hawái?

–Voy allí como pudiera ir a otro lado.

–Entonces, quédese con nosotros, ocupando el lugar del doctor Canosa.

–Me agrada la proposición. ¿Honorarios?

–No reñiremos por eso. Usted pondrá precio a su labor.

–Acepto.

–Magnífico. Resuelto el problema. Me preocupaba encontrar en estas latitudes un médico competente.

–No adelante juicio. Todavía he de demostrar mi competencia.

–Me basta con el diagnóstico y pronóstico tan rápidamente formulado en el caso del doctor Canosa.

–No hay mérito en ello. Cuestión de práctica profesional. La competencia hay que demostrarla curando.

–Pues tiene usted una buena ocasión. Vamos a ver cómo me cura el maldito reuma.

–Lo veo un poco difícil.

Don Pedro palideció.

–¿Me cree usted incurable?

–Incurable, no; pero sí con poca voluntad para curarse.

–¡Rayos! Lo que a mí me sobra es fuerza de voluntad. ¿Cree usted que sin una voluntad poderosa, que ante nada se doblega, hubiera ganado mil millones?

–La fuerza de voluntad no se mide por lo que se obtiene, sino por lo que se sacrifica. Para ganar millones, con toda seguridad que tuvo poco que sacrificar personalmente. Los mayores sacrificios los impuso a otros. En cambio, para obtener la salud tendrá usted que hacer sacrificios personales.

–Los haré, doctor, los haré. Puede usted recetarme la más amarga medicina. La salud ante todo.

–¿Medicina? Ni amarga ni dulce. Lo que usted tiene que hacer para curar su reuma, es lo siguiente: dejar de fumar, de tomar licores, de comer carnes y en general alimentos ricos en proteínas. Comer principalmente frutas y de cuando en cuando someterse, bajo mi dirección, a rigurosos ayunos de tres o cuatro días. Todo esto acompañado de adecuados ejercicios y prácticas higiénicas que faciliten la eliminación del ácido úrico que infecta su organismo.

–No fumar, no beber, no comer... ¿Habla en serio, doctor?

–Completamente en serio.

–Realmente el sacrificio es enorme. Me parece que será mejor que continúe con el reuma.

–¿Y todo lo cura así, doctor? –preguntó Margarita con graciosa e irónica sonrisa?

–Yo no curo, señora. No hago más que aconsejar al enfermo lo que debe hacer para que él mismo se cure.

–¿Y si el enfermo no sigue sus consejos?

–Queda el recurso de recetarle cualquier cosa, para que se haga la ilusión de que se está curando. Le aseguro que los más se contentan con la ilusión.

–Estamos abusando del doctor –insinuó Isabel.

Don Pedro llamó a un camarero y le ordenó llevara el equipaje de Alvar al camarote que éste eligiera entre los que estaban desocupados.

Tras un minucioso recorrido, optó por un camarote amplio, dotado de mesa–escritorio, diván, ventilador eléctrico y un anexo con servicio higiénico, bañadera y ducha. Instalóse en seguida, arregló sus cosas y tomó un baño. Mientras tanto, iba pensando en los acontecimientos de aquel día. Podía señalarlo con piedra blanca. Variadas impresiones y una buena perspectiva para el futuro. Médico temporal de un multimillonario, honorarios espléndidos, viaje largo con toda clase de comodidades... Y esto lo debía a la apoplejía que había inutilizado al doctor Canosa. Rarezas de la vida humana. Del mal de uno, otro derivaba un bien. ¿Pero acaso el bien y el mal tenían otra significación que la puramente personal?... Pasó revista, mentalmente, a los personajes con quienes debía convivir Su fina percepción psicológica le permitía formularse un juicio rápido de los caracteres. Don Pedro era el tipo modelo del cazador de riqueza. Todo lo supeditaba a la conquista y conservación de ésta. Desconocía a buen seguro los escrúpulos de conciencia, y aun es probable que, fuera del objetivo que perseguía en la vida, no tuviera conciencia. Isabel, insignificante personita, en quien la ambición del padre había degenerado en vanidad, gozaba en la ostentación de la riqueza que ningún sacrificio le había costado. Margarita, gentil, sensual, apetitosa, dispuesta seguramente a vender sus gracias al maduro millonario, previo un contrato matrimonial. Y, por último, el lusitano Garza, otra persona insignificante y vacua, en cuyo rostro bien cuidado no se descubrían signos de vivacidad ni inteligencia. De seguro que a falta de méritos

personales, propios, haría ostentación de los que se atribuían a sus antepasados.

–La convivencia con semejantes fantoches –se dijo mentalmente– no es, ciertamente, un placer. Paciencia. De viaje, hay que conformarse con los compañeros que la suerte nos depara.

Discretos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

–Adelante.

Presentóse el mismo oficial que le recibiera.

–Doctor –dijo, –paréceme que ha ocurrido el fatal desenlace que usted anunció.

Dirigióse inmediatamente al camarote del doctor Canosa. Efectivamente, estaba ya sin vida. Testificó la defunción y fue a entregarla al capitán. Era éste de mediana edad, rasgos duros y más duras palabras. Recibió a Alvar sin cumplidos y ordenó al oficial:

–Que amortajen el cadáver y mañana al amanecer lo arrojen al mar.

Y dirigiéndose a Alvar:

–¿Es usted el nuevo médico?

–La pregunta me parece ociosa.

El oficial intervino:

–Sí, capitán, es el doctor Alvar.

–Deseo que sea usted un buen médico, aunque sea una mala persona, al revés, precisamente, del doctor Canosa.

–Capitán, soy lo que soy y no lo que usted desea que sea—contestó en tono vivo.

–No se incomode. Voy a explicarle mis palabras, aunque no es mi costumbre dar explicaciones. Deseo que sea un buen médico porque a todos nos interesa...

–Como a todos nos interesa que sea usted un buen capitán, aunque sea un mal educado

–¿Qué dice?—vociferó, congestionando el rostro.

–A sus órdenes, cuando me necesite para curarle la úlcera que corroee su estómago y agria su carácter.

Dio media vuelta y se dispuso a salir; pero la voz del capitán le detuvo.

–Dos palabras, doctor —dijo con voz más suave. —¿Cómo usted sabe?...

Alvar sonrió. El capitán mandón se había convertido en el enfermo dispuesto a la obediencia.

–El tinte y los rasgos de su rostro, su aliento, sus ojos, su mismo carácter, todo me indica el mal que padece.

–¿Está seguro que es úlcera? Canosa decía que era dispepsia.

–Úlcera, capitán.

–¿Puede usted curarme?

–Lo intentaré.

Sin atender a más razones, Alvar salió.

Un camarero se le acercó, diciéndole:

–Don Pedro le suplica que se sirva acompañarle a comer.

Entró en el lujoso comedor, en cuyo centro estaba una bien servida mesa, con fina mantelería y artística loza de Sèvres. Don Pedro le señaló el asiento vacío, entre los que ocupaban Isabel y Margarita. Sentóse. Habló más que comió, cautivando la atención de todos con recuerdos de viaje, anécdotas y chascarrillos.

–Pero usted habla y apenas come – díjole Margarita.

–Una medida de higiene. El tiempo que empleo hablando lo ahorro de comida. Así me obligo a ser sobrio y resistir las tentaciones de una mesa servida con exceso.

–No ha probado usted el pavo trufado, ni ese riquísimo pescado con salsa a la mayonesa, ni...

–Prefiero los plátanos, la piña, las pasas de Málaga y estos sabrosísimos higos de Smirna que me saben a gloria.

–¿Y con eso tiene bastante?

–No apetezco más, por ahora.

–No ha catado todavía ningún vino. ¿Quiere Jerez, Oporto, Rhin, Champagne?

–Mi bebida favorita es el agua.

–Doctor, permítame que le diga que no sabe gozar de los placeres de la mesa.

–Se pagan demasiado caros. Por otra parte, los placeres del paladar son personales y responden a la costumbre y a la educación. Yo gozo tanto comiendo fruta como ustedes los más elaborados manjares.

–Pero la fruta no alimenta– objetó Isabel.

–La carne y el buen vino son indispensables para la vida– declaró don Pedro, sentenciosamente.

–El buey sólo come hierba, y vive fuerte y saludable.

–¿Quiere usted compararnos con el buey?– dijo despectivamente el Conde.

–En caso de comparación le pondría el mono, que es nuestro pariente más cercano en el reino animal, y el mono es frugívoro. Lo que quiero significar es que si el buey saca sus carnes y su fuerza de la hierba, nada tiene de extraño que el

ser humano reponga sus desgastes vitales con los frutos y sus semillas.

Levantáronse de la mesa y fueron a continuar la conversación en la cubierta, donde se les reunió el capitán, quien dijo:

–Don Pedro, he dispuesto que al amanecer echen al mar el cadáver del doctor Canosa.

–¿Pero es que murió?– inquirió, dirigiéndose a Alvar.

–Hace dos horas dejó de existir.

–¡Cuánto lo siento!

–¡El pobre Canosa!– dijo compungida Isabel.

–¡El pobre!– repitió Margarita.

–La verdad– añadió el Conde–, que morir por morir, debiera haberlo hecho algunos días atrás, en San Francisco. Ha puesto una nota triste en nuestro viaje.

–Sensible, muy sensible– dijo Alvar.

–Sí, la pérdida es sensible.

–No me refiero a la pérdida, sino a que ha ensombrecido su viaje, Conde.

–Era un hombre sencillo y bueno– dijo Isabel.– Su alma habrá volado al cielo.

Como notara una sonrisa en Alvar, añadió:

–¿Lo duda, doctor?

–¿Qué más le da a usted que yo lo dude? Bástale su piadosa creencia. El cielo es un gran consuelo para los creyentes.

–Pero usted no cree en él. Ustedes los médicos pecan de descreídos.

–Yo bien quisiera creer en el cielo, pero tropiezo con una pequeña dificultad.

–¿Cuál?

–Que no sé dónde colocarlo.

–¡Pretencioso! Como si usted fuera Dios.

–¡Dios me libre! La profesión divina es harto difícil y complicada. Ahí es nada haber hecho un mundo y estar siempre pendiente de él. Dios es el esclavo de su obra. No le envidio.

–¡Ja, ja, ja! Gracioso, doctor– exclamó don Pedro.

–Hace mal en reírse. Usted está en el caso de Dios.

–¡Cómo!

–Es esclavo de sus millones, que son su obra.

–¡Bah! Yo disfruto de mis millones. Me impongo, mando, obtengo cuanto deseo, gozo de todos los placeres de la vida.

–Sí, sí, como un pequeño Dios, hace su santa voluntad; sólo que esta voluntad está al servicio de la ambición, y ésta, supeditada a los millones.

–Todos estamos supeditados a algo– afirmó el capitán.

–Tiene usted razón– admitió Alvar. –Somos esclavos de nuestras pasiones y de nuestras aspiraciones. Por esto el hombre más libre será el que sepa dominar unas y eliminar otras.

–¿Lo ha logrado usted, doctor?– preguntó maliciosamente Margarita.

–Todavía no, pero estoy en camino.

–Permítame que lo dude– dijo el capitán. –El hombre que no se apasiona ni tiene aspiraciones, ¿qué aliciente puede hallar en la vida?

–El aliciente puro y simple de vivir. No necesitan otro para sentirse satisfechos nuestros hermanos inferiores los animales. Sólo obedecen a dos instintos: el del alimento y el de la reproducción, gozando al satisfacerlos. A esto se reduce todo su objetivo en la vida, y no apetecen otro.

–Porque no sienten la necesidad. Pero nosotros somos seres con inteligencia.

–Para desgracia nuestra.

–¿Habla en serio, doctor?

–Muy en serio, capitán. Las necesidades fisiológicas de la nutrición y la reproducción, pueden satisfacerse plenamente; pero la necesidad psíquica de la inteligencia jamás se satisface: cuanto más le damos, más exige y más insatisfecha se siente. A medida que aumentamos el caudal de los conocimientos, en mayor proporción aumentan las incógnitas.

–Yo no siento esas ansias perturbadoras– declaró el Conde.

–La religión y las tradiciones satisfacen mis necesidades mentales.

–Se comprende. No siente usted la fatal manía de pensar. Se contenta con lo que otros, hace cientos o miles de años, pensaron. ¡Feliz usted! Palabra de honor que le envidio.

III. CADÁVER AL AGUA

La alegre claridad de la aurora había plateado el cielo y el mar. De éste emergía la bola roja del sol, cuyos rayos, al descomponerse en las brumas y reflejarse en los celajes, esparcían en el horizonte rica gama de colores.

El «Cóndor se deslizaba rápido por la líquida superficie, con leve movimiento de popa a proa, cual un blanco corcel galopando en ilimitada llanura.

La campana de abordó dobló tristemente. Paró la máquina del yate. A babor formó la tripulación libre de servicio, estando en primer término el capitán y Alvar. Aparecieron sobre cubierta cuatro marineros llevando sobre una tabla el cuerpo inanimado del doctor Canosa, amortajado en una vieja bandera chilena.

El «Cóndor» se deslizaba suavemente. La campana seguía doblando gemebunda. Pasaron los cuatro marineros por entre la tripulación formada. Descubriéronse las cabezas. Al llegar a la borda, inclinaron la tabla, por la que se deslizó el cadáver, cayendo pesadamente al mar.

Unas burbujas sobre la superficie líquida, numerosas ondas que fueron extendiéndose, hasta perderse... Eso fue todo. El

muerto había entrado con todos los honores, en el gran cementerio del mar.

–¡Adiós, Canosa!– musitó el capitán. –Fuiste un hombre bueno. Que el mar guarde amorosamente tu cuerpo.

Una postrer campanada acompañó estas palabras.

Alvar miró curiosamente al capitán. Le pareció que sus pupilas estaban húmedas. Bajo un aspecto rudo y áspero, latía un corazón sensible.

La campana había cesado de doblar. El «Cóndor» reanudó su marcha galopante por la inmensidad del mar.

Acercóse el doctor al capitán, diciéndole:

–Ayer pequé de cruel con usted queriéndome vengar de su rudeza.

–¿Qué quiere usted decir?

–El doctor Canosa diagnosticó bien: usted sólo padece de dispepsia.

–Entonces, ¿no hay úlcera?

–No, pero podría producirse si usted se descuida.

Respiró fuertemente.

–No sabe el peso que me quita de encima, doctor. Estoy dispuesto a hacer todo lo que diga para curarme. Usted manda

y yo obedezco. Hágase de cuenta que es el capitán de este viejo casco que es mi cuerpo.

–Los mayores déspotas y tiranos han obedecido humildemente a sus médicos. Es nuestro privilegio. La autoridad moral es más fuerte que la material, precisamente porque nos sometemos a ella de buena voluntad, sin que sea necesaria la coerción. Ya le trazaré un plan alimenticio que le curará radicalmente.

–¿Y qué me receta?

–Nada; su mal, que tiene por causa una errónea alimentación, con alimentación apropiada se curará.

–Magnífico. No sabe usted lo que odio las pócimas, de las que tan amigo era el pobre Canosa.

–No era culpa de él. Practicaba lo que había aprendido en la Escuela de Medicina.

–Excelente amigo, pero mal médico. En cinco años que estuvo conmigo no logró ni siquiera aliviarme.

–¿Cinco años en este mismo yate?

–Lo inauguramos los dos a la vez.

–¿Al servicio del mismo dueño?

–Sí. Fue construido en Inglaterra expresamente para don Pedro, que fatigado de ganar millones, se propuso descansar y disfrutar de la vida viajando. Además, quiso dar gusto a su hija.

–Ya habrán recorrido mares y visitado países.

–Bastantes. Creo que sólo nos falta por ver las islas del Pacífico y Australia.

–¿Qué tal es don Pedro?

–Espléndido y autoritario, como buen millonario. Le gusta hacer siempre su santa voluntad, pues dice que para esto paga. Yo voy a donde me ordena, pero en asuntos de mi profesión, el que manda aquí soy yo.

–Con todos sus millones y su autoritarismo, el poderoso y voluntarioso don Pedro tiene aquí dos amos.

–¿Dos?

–Sí. Usted, como capitán; yo, como médico.

–Olvida un tercero: el tiempo.

–Muy cierto, en el mar sobre todo. Es el amo de todos.

Hablaban paseando a lo largo de la cubierta. Como era domingo, descansaba la tripulación que no estaba destinada a servicios indispensables. Reinaba la más escrupulosa limpieza. El suelo amarillento semejaba un espejo. Los metales brillaban

con dorados destellos, dando una nota de color sobre el blanco que dominaba por doquier.

–¿Y qué me dice de los huéspedes de don Pedro? –inquirió, curioso, Alvar.

El capitán levantó los hombros y contestó:

–Buen par de cazadores. Están en acecho de los millones. La viuda enamora al viejo y el Conde a la joven, y me parece que los dos se entienden.

–¿Cree usted que mantienen relaciones íntimas?

–Quizá todavía no, pero van en camino. Soy marino viejo y no se me escapan las maniobras de los que viajan.

–Serán amigos antiguos de don Pedro.

–La viuda sí. El marido de ésta y don Pedro se hicieron mutuos favores, el uno utilizando su poder militar e influencia política; el otro, empleando liberalmente su dinero. El Conde es un advenedizo. Le fue presentado el año pasado, supo interesar a la hija con su elegante presencia y con el cuento de su ilustre linaje, y la ilusa Isabel sueña con prestigiar los millones que ha de heredar con un título de condesa.

–En suma, un matrimonio en perspectiva, con miras al mutuo interés. El uno busca dinero, la otra rancia nobleza.

–Y ninguno amor.

–Amor. ¿Para qué? Es un sentimiento efímero. En cambio, el interés es duradero. El amor une a dos seres, generalmente, por tiempo breve; satisfecho el amor, surge la indiferencia y el hastío. En cambio, el interés puede unir de por vida dos vidas que mutuamente se odian, desprecian y engañan. ¿No prueba esto que el interés es más fuerte que el amor?

–Es triste que así sea.

–Es humano. En tanto los intereses materiales dominen al hombre y a la mujer, los más nobles sentimientos estarán en orden secundario.

IV. UNA PUESTA DE SOL EN EL MAR

A los dos días de estar en el yate, el aburrimiento hizo presa en Alvar. La observación de sus compañeros de viaje, carecía ya de interés. Echó de menos al «Sirio». En éste, como en todo gran trasatlántico, bullía una humanidad interesante. Había tipos de todas las clases sociales y caracteres los más diversos. Aparte los que viajaban por placer, gente adinerada, curiosos unos, aburridos otros, y los que lo hacían por necesidad de trasladarse a determinado lugar, había los que van a lejanos países arrastrados por el espíritu de aventura; el desgraciado a quien un desengaño o la suerte adversa obliga á cruzar el océano; el enfermo incurable a quien los médicos recomiendan una larga travesía marítima como último recurso; el jugador de profesión que se propone desplumar incautos; el viajante parlanchín que se dirige en busca de un nuevo mercado; el hombre de empresa que va a explotar a lejanas tierras una nueva industria; la aventurera dispuesta a comerciar con sus gracias y su hermosura... Pero allí, en el «Cóndor», el único digno de estudio detenido era don Pedro, con su carencia de escrúpulos, su cinismo de potentado y su desmedida ambición. Los demás, personajes anodinos, huérfanos de toda inquietud moral o intelectual.

Cuando quería hablar de algo serio, tenía que recurrir al capitán, quien, por otra parte, dado su carácter dispéptico, no

siempre estaba en vena para conversar. Creyó hallar entretenimiento en la biblioteca del buque, pero se llevó chasco. Los libros sólo eran valiosos por sus lujosas encuadernaciones. No le quedaba más recurso que ponerse al nivel moral y mental de sus compañeros y de vez en cuando buscar algo superior en la contemplación del cielo y del mar.

Como buen trotamundos, amaba al mar, origen y mantenedor de la vida orgánica, fomentador y transportador de civilizaciones. Bello en su tranquila placidez, imponente en sus furores. A menudo le ofrecía variaciones y contrastes que le impresionaban. Sobre todo le atraían las salidas y puestas de sol en pleno océano. Cuando el cielo estaba limpio de celajes, se sumergía majestuoso el astro radiante dejando tras sí como un polvillo de luz que se iba esparciendo y apagando paulatinamente. El espectáculo era más emocionante si nubes ligeras velaban las lejanías: el horizonte se coloreaba de tintes diversos y surgían mil extrañas formas del amontonamiento de celajes.

Al atardecer del tercer día, huyendo de la insípida conversación de sus compañeros, se dirigió a proa. Soplabla fuerte brisa, que aun siendo tibia resultaba agradable en la caldeada atmósfera. Un amontonamiento de nubes bajas limitaba el mar por Occidente y encima veíase una nube casi redonda y otra larga más lejos. El sol, al desaparecer, hizo resaltar vivamente, sobre un fondo opalino, el negruzco amontonamiento, adquiriendo éste el aspecto de un ejército en derrota que huía a la desbandada. Corrían los deshechos batallones de infantes y tras ellos se precipitaban los escuadrones enemigos. Algunos caballos, encabritados,

levantaban las patas delanteras, abierta la boca y suelta la crin; otros se precipitaban al galope, inclinado el jinete sobre el cuello... A medida que el sol se hundía, las dos nubes sueltas iban enrojeciendo, hasta adquirir un vivísimo color carmesí. Parecían dos grandes charcos de sangre en medio del horizonte pajizo y azulillo.

–Soberbio, doctor– exclamó el capitán, acercándose.

–Espléndido, capitán. ¿Se ha fijado usted? Un ejército en derrota perseguido por el victorioso. Y tras ellos, dos charcos de sangre. Es un símbolo. La guerra no es más que eso: sangre.

–Es algo más. A veces representa la lucha de la civilización contra la barbarie, de la libertad contra la opresión.

–Y a la inversa, porque los antagonistas son por lo menos dos y cada cual defiende sus intereses.

–La guerra es un mal necesario.

–Como su dispepsia.

–No veo la relación entre mi dispepsia y la guerra.

–Pues la hay. En su cuerpo libran batalla dos ejércitos: el que lo defiende y el que lo ataca. Este ha sido introducido en forma de alimentos insanos que han producido el morbo. La enfermedad es la exteriorización de la contienda. En la humanidad pasa algo parecido.

–Lo que demostrará, en todo caso, que las enfermedades son tan fatales como las guerras.

–Indudablemente, en tanto perdure la candidez humana, que se preocupa de atacar los efectos, dejando intactas las causas.

–Quizá sea porque no vemos donde radican las causas.

–Es que los intereses o los malos hábitos nos cubren la vista con un tupido velo. Y puede que sea mejor así. Sin enfermedades ni guerras, la vida resultaría monótona y estaríamos de más médicos y militares, las dos castas que tienen por noble misión libertar a las almas de sus cuerpos pecadores.

V. EN EL ANTRO INFERNAL

Una tarde bajó Alvar al cuarto de máquinas, donde se generaba la fuerza que, noche y día, contra viento y marea, sin parar un momento, impulsaba al yate sobre la líquida superficie.

Si arriba la temperatura era sofocante, la de abajo era tórrida. Al pálido resplandor de las lámparas incandescentes, fue observando, curioso. Había en la atmósfera pesada un penetrante olor a aceite mineral. Todo estaba luciente y ordenado. La máquina de triple expansión, funcionaba con ritmo monótono, moviendo su gran émbolo que subía y bajaba regularmente. Cerca del juego de palancas, un disco marcaba al maquinista de turno las órdenes que desde el puente transmitían el capitán o el oficial de guardia. A babor estaban las bombas, a estribor la dinamo; a la parte de popa, una puertecita de guillotina, medio abierta, dejaba ver una como cueva profunda, dentro de la cual daba vueltas el poderoso árbol que movía la hélice, la verdadera propulsora del buque.

Pasó al cuarto de calderas, que estaba contiguo a la máquina, por el lado de proa. Creyó penetrar en un antro infernal, en el que dos negros demonios se revolvían inquietos, abriendo las bocas de cuatro enormes hornos y hurgando en ellos con largos hierros. El recinto era reducido, de ennegrecidas

paredes metálicas en tres lados y al frente los encendidos hornos, de los que se desprendía una viva luz rojiza que sólo alumbraba los rostros trágicos de los fogoneros, que hurgaban, hurgaban sin descanso, como si tuvieran por única misión excitar las iras de aquel monstruo de hierro y fuego, que en venganza secaba su sangre y chupaba sus carnes, consumiéndolos poco a poco.

Dirigiéndose a uno de ellos, le dijo:

–Trabajo penoso.

–Ya lo ve, señor.

–¿Cuántas horas?

–Ocho al día, en tandas de a cuatro.

–¿Aguantáis muchos años esta labor?

–Ninguno de nosotros llega a viejo. A los diez años de trabajar aquí abajo, tenemos que retirarnos por inútiles.

–Si antes no morimos–añadió el compañero.

–¿Por qué os dedicáis a trabajo tan agotante?

–Hay que vivir.

¡Vivir! He aquí dos hombres que para vivir se mataban lentamente. Pensó en los felices que había dejado arriba, sentados en cómodos butacones, gozando del fresco de los

ventiladores, saboreando refrescos y charlando tonterías. Y hubo de decir para sí:

–Sería interesante observar un cambio repentino de papeles.

Los dos fogoneros hablaron entre sí. Alvar iba a retirarse, pero uno de ellos le detuvo:

–Usted es el médico, ¿verdad?

Hizo un signo afirmativo con la cabeza.

–Queremos pedirle un favor.

–Que haré, si está en mi mano.

–Un compañero nuestro fue condenado a la barra por haberse emborrachado. El pobre está enfermo y, sin embargo, le mantienen allí. Si usted, como médico, intercediera por él... A nosotros no nos hacen caso.

–Voy a verlo, y si efectivamente está enfermo, dad por seguro que saldrá de la barra.

Se dirigió a la cala del buque. Había allí un hombre con los pies sujetos en la barra. Le enfocó su linterna eléctrica. Estaba desnudo de la cintura arriba y era su piel bronceada. Presentaba diversas equimosis y desgarraduras en el pecho y en la espalda. Tenía los rasgos de un roto chileno.

–¿Por qué te tienen aquí?

Levantó los hombros sin responder.

Fue inútil que repitiera la pregunta. Mantenía sellada la boca, como si nada le importara ya. En sus ojos negrísimos brillaba una mirada febril, preñada de odio.

Alvar subió a cubierta y fue en busca del capitán.

–He visto al indio amarrado a la barra. ¿Cuánto tiempo hace que lo tienen allí?

–Desde que salimos de San Francisco. Se presentó a bordo pocos momentos antes de partir y en completo estado de embriaguez. Desobedeció e insultó al primer oficial y hubo que reducirlo por la fuerza.

–Ese hombre estaría mejor en la enfermería que en la barra. Está tuberculoso y en grado avanzado.

–No perderíamos gran cosa con que muriera.

–Capitán, es un ser humano. Como médico, exijo que sea trasladado a la enfermería, para poder atenderlo debidamente.

–Como capitán, me niego, en tanto no cumpla los veinte días de barra que le impuse en castigo de su falta.

–Al terminar los veinte días, libertará un cadáver.

–Mejor para los tiburones.

Alvar miró al capitán. ¿Qué clase de hombre era aquel, sensible unas veces, duro con exceso otras?

–Mucho me temo, capitán –le dijo con calculada fiema, –que su dispepsia esté degenerando en úlcera.

–¿Por qué lo dice?– interrogó, alarmado.

–Esas variaciones súbitas de su sensibilidad... son un mal síntoma. Hace dos días se humedecieron sus ojos al dar el último adiós al doctor Canosa; hoy, con la mayor frialdad condena a muerte a un indio infeliz por leve falta realizada inconscientemente bajo los efectos del alcohol.

Quedó el capitán un momento pensativo y preocupado.

–Ese hombre, ¿está realmente enfermo?

–Lo afirmo rotundamente.

–No hablemos más.

Llamó al segundo oficial y le ordenó:

–Saque al indio fogonero de la barra y llévenlo a la enfermería, a disposición del doctor.

Y dirigiéndose a éste:

–Bien, ¿cree que la dispepsia esté degenerando en úlcera?

–Dispepsia, capitán, dispepsia nada más es lo que usted tiene. Los propensos a la ulceración, no se dejan convencer por razones.

El indio fue conducido a la enfermería, donde Alvar le sometió a la cura de reposo. En realidad su estado era más grave de lo que en un principio creyó. Al auscultarlo, pudo convencerse que tenía los pulmones destrozados.

El capitán visitó la enfermería y dirigiéndose al indio, le dijo con rudeza:

–Debes al doctor el haber venido aquí. Por mí, en la barra hubieras continuado hasta cumplir la condena. Y te advierto que en otro acto de insubordinación no te valdrán doctores.

Le oyó impasible. Ni un músculo de su bronceo rostro se alteró. Al retirarse el capitán, le siguió con la mirada, una mirada de odio concentrado, que no trató de disimular al darse cuenta que Alvar le estaba observando.

–¿Tú sabes que estás muy enfermo?

–Hace tiempo que me duele la espalda y que toso mucho, pero yo no hago caso. Un resfriado fuerte. El ron me alivia.

–Al contrario, te empeora. ¿Por qué bebes?

–Bebo. ¿Por qué no he de beber? Me gusta. No hago daño a nadie.

–Te dañas a ti mismo, precipitas tu muerte.

–Lo mismo me da. Ni mujer, ni amigos; trabajar, trabajar mucho; golpes, barra... siempre lo mismo. Morir, no importa... Deme un poco de ron....

Alvar le miró con lástima. Aquellas torpes y breves palabras expresaban toda la amargura de una vida miserable. ¿Curarlo? Era tarde. ¿Alargar su existencia? Sería más cruel que abreviarla.

Tomó un frasco de ron y llenó un vaso.

–Bebe.

Lo apuró de un trago. Sonrió al doctor, agradecido, y se tendió en la cama, cerrando los ojos.

VI. HAWAII

Mar calmosa, brisa tenue, calor sofocante.

–Hawaii a la vista– avisa el oficial que está de guardia.

Se precipitan al puente, desde donde divisan una alta montaña cónica.

–Es Mauna Loa– dice Alvar. –Tiene cerca de catorce mil pies de elevación, figurando entre los volcanes mayores del mundo.

–¿Ha estado usted ya en Hawaii?– le pregunta Margarita.

–En mi vida. Pero antes de visitar un país, procuro conocer algo del mismo. El conocimiento teórico facilita el práctico.

–Entonces podrá usted informarnos algo respecto de Hawaii– dijo Isabel.

–No tengo inconveniente, mas les advierto que será una información al galope y salvando obstáculos.

–No importa, la cuestión es saber algo.

–El archipiélago de Hawaii fue descubierto por el capitán Cook en 1778, aunque dos centurias antes había estado allí el

navegante español Juan Gaetan. Le dió el nombre de Islas Sandwich. Acudieron después misioneros y traficantes, interesados en cristianizar y vestir a los idólatras y casi desnudos indígenas. Estos fueron civilizándose y a la vez diezmándose. Como varias potencias codiciaban el archipiélago, los Estados Unidos se adelantaron a los acontecimientos reconociendo la independencia del mismo en 1842. Por colonias extranjeras se disputaban el predominio: la británica y la yanqui. Por la mayor influencia de ésta, fue elegido rey en 1874 Kalakaua, en lugar de la reina Emma, que era la sucesora legal, apoyada por los ingleses. A Kalakaua se le subió la realeza a la cabeza y tuvo la candidez de creer que Hawaii debía ser de los hawaianos y la osadía de pretender que las islas del Pacífico debían libertarse de la influencia extranjera. Los mismos yanquis que le habían apoyado, se le enfrentaron y en bien de su real salud le obligaron hacer un viaje de recreo a San Francisco, a bordo del crucero «Charleston», muriendo en dicha ciudad al año siguiente.

–Muy interesante esa lección de historia.

–Lo más interesante viene ahora. Sucedió a Kalakaua su hermana Liliuokalani, y durante su reinado, los residentes yanquis, misioneros y traficantes, apoyados por una fuerza de marina del «Boston», destronaron a la reina, se constituyeron en Gobierno y pidieron la anexión a los Estados Unidos. Como la anexión no venía, por entretenerse en discutirla el Congreso de Washington, proclamaron la república de Hawaii en 1894 y obligaron a la reina a renunciar de buen grado a todo derecho al trono. Tres años después se efectuó la anexión a los Estados Unidos.

–Me gustan los yanquis por lo expeditivos– declaró don Pedro.

–Saben hacer las cosas bien y en su provecho.

–Por supuesto, los hawaianos habrán progresado con la ayuda de los yanquis.

–Mucho. Trabajan gozosos para los que han acaparado la riqueza de su fértil país, y ni siquiera tienen que preocuparse de cómo han de gobernarlo, pues de esto también se encargan los yanquis.

–La civilización habrá hecho un gran bien a esa gente–observó el Conde.

–Indudablemente. Lo prueban las estadísticas. Cuando Cook descubrió las islas, su población ascendía a 400.000 almas. En 1900, después de un siglo de civilización, los nativos no llegaban a 30.000.

–¿Y a qué se ha debido tan extraordinaria disminución?

–Pues, a eso, a la civilización, que tiene la virtud de aumentar los trabajos, las necesidades y los vicios de los pueblos primitivos que se ven obligados a recibir sus beneficios.

–¿Qué tal son los hawaianos físicamente?– indagó Isabel.

–Los mejores tipos del Pacífico. Pertenecen a la raza malayo–polinesia: robustos, color cobrizo, pelo crespo negro o castaño, ojos grandes y expresivos, rasgos agradables, aunque

bastos. Son industriosos, sensibles, alegres, muy dados al canto, a la música, al baile y a los juegos. Hablan un lenguaje armonioso y dulce, en el que predominan las vocales. Desde luego, los kanakas –es su nombre indígena– no son hoy lo que eran antes de recibir los enormes beneficios de la civilización. Han perdido muchas de sus características y típicas costumbres.

–Es una lástima. Lo típico va desapareciendo de todas partes. Horita no va tener interés viajar– dijo Margarita.

–La civilización tiene el privilegio de unificar las costumbres. Pero no hay que desesperarse por eso. En beneficio de los que viajan por placer, siempre quedará el recurso de fingir exotismos que ya no existan. Es una inocente industria que da de comer a bastante gente.

Divisábanse ya las costas de Hawaii.

–Esta es– dijo el capitán acercándose, –la isla mayor del Archipiélago y la que le da su nombre, en substitución del de las Islas Sandwich con que fue bautizado por el capitán Cook.

–¿Desembarcaremos hoy?

–No. Hilo todavía está lejos y la noche se acerca. Habrá que esperar hasta mañana.

Al amanecer del siguiente día, entraba el yate en la bahía de Hilo. La pequeña ciudad se extendía en forma de herradura. Las casas, blancas y bajas, estaban rodeadas de una lujuriante vegetación.

Nada de notable les ofreció la población, que en breves horas recorrieron. Lo mejor lo hallaron en los alrededores, al visitar la cascada del Arco Iris, así llamada porque sus aguas, pasando frente una obscura caverna, al ser heridas por los rayos solares, se descompone la luz en variados matices.

Quisieron completar su estancia en la isla Hawaii con una excursión al interior, en automóvil. Cruzando terrenos fértiles, cerca de tupidas selvas o de arrozales, platanales y cañaverales; pasando por lugares sombríos cubiertos de escorias volcánicas; subiendo las laderas áridas y peñascosas de antiguos volcanes apagados; viendo de vez en cuando miserables cabañas cónicas hechas con paja y hierbas, desde cuya puerta les saludaba una linda kanaka, tocada con la imprescindible corona de flores silvestres, llegaron al fin al Mauna Loa. Subieron por sus pendientes, cuajadas de bosques y floridos campos y visitaron sus cráteres apagados. Siguiendo por el flanco oriental, llegaron a la calcinada y desolada región del volcán Kilauea, cuyo cráter de quince kilómetros de circunferencia, es un inmenso pozo infernal en que bullen, suben y bajan las materias en fusión, produciendo ruidos y temblores que sobrecogen al ánimo más esforzado. Semeja el gran cráter un lago de hirvientes masas líquidas, agitadas por olas espantosas que al chocar entre sí levantan montañas de rojiza espuma.

Venciendo el temor de sus compañeros, Alvar les llevó hasta la orilla del cráter-lago.

—Esto es horroroso— dijo con ánimo sobrecogido Margarita.

–Diría usted mejor: sublimemente horroroso. El horror, cuando llega a lo sublime, es el sentimiento más grande, más intenso, más vivo y perdurable que el ser humano puede experimentar. La sensación de un momento feliz, se borra fácilmente; la de un momento de intenso horror, no se borra jamás.

El capitán, que les acompañaba, hubo de declarar:

–La tempestad más terrible en el mar, y he visto algunas, no me ha causado la honda impresión de este lago de fuego.

Como si hablara sólo para sí, dijo Alvar:

–El horror que aquí se siente vale más que el goce más intenso. *¡Oh, si me fuera dable sentir el horror de los horrores, contemplando desde un punto del infinito el rodar de los mundos en el espacio!*

–Paréceme que esta dantesca visión le ha trastornado.

–Nunca me sentí más dueño de mí mismo. Admiro, pero no temo. Más miedo me dan las pequeñas pasiones de los hombres, que las grandes fuerzas de la naturaleza.

Las voces de sus compañeros interrumpieron la conversación. Se habían alejado a prudente distancia y les llamaban para emprender el viaje de vuelta.

Un vapor caliginoso, desprendido del cráter, cubría la atmósfera y el suelo oscilaba de vez en cuando.

–Vámonos de aquí. Esto es la antesala del infierno– dijo don Pedro.

Las dos damas y el Conde estaban palidísimos. Descendieron por la calcinada ladera hasta llegar donde les esperaba el automóvil.

–No me sentiré tranquila hasta que esté bien lejos de aquí. Me asusta pensar que pudiera ocurrir una repentina erupción volcánica– declaró Margarita.

–Tranquilícese– le contestó el capitán, –las erupciones no ocurren generalmente de improviso. Hay síntomas que las anuncian con antelación.

–Aquí deben ocurrir a menudo erupciones– dijo intranquilo el Conde.

–Por intervalos de años. Las ha habido de tal intensidad, que han modificado la forma de la isla.

–Apuesto a que no saben ustedes el por qué de las erupciones del Mauna Loa y del Kilauea –dijo Alvar.

–Diversas son las teorías que tratan de explicar el fenómeno volcánico– contestó el capitán, –pero cualquiera que ellas sean, todas convienen, en un sentido general, que son resultado de la acción de fuerzas naturales subterráneas.

–Esto es lo que nos dice la ciencia. La mitología explica el fenómeno de distinta manera. El lago ardiente que acabamos de ver, los kanakas le llaman Lúa Pelé, que significa Templo de

Pelé, la diosa del Fuego. Esta deidad terrible tenía en tiempos remotos su residencia en el cráter del volcán Haleakala, de la isla Maui. La diosa del Mar, Maona, se enemistó con Pelé, probablemente por rivalidades amorosas, debilidad a que también están sujetos los dioses, y en un raptó de furor la expulsó de Maui. Dirigióse entonces a esta isla de Hawaii y se instaló en el interior del Kilauea, comenzando en seguida las erupciones de éste y de Mauna Loa. Naturalmente, cada erupción representa un gasto enorme de energía, para reponer la cual la diosa Pelé tiene que tomarse un merecido descanso de algunos años.

–Me gusta más esta explicación que la que dan los sabios– declaró Isabel.

–Es más poética– añadió Margarita.

–Pero es falsa– arguyó el capitán.

–¿Puede usted asegurar que la verdadera es la que dan los sabios?– preguntó el Conde.

–Los hombres de ciencia nos ofrecen hipótesis, que pueden ser revisadas y modificadas al tenor de los nuevos conocimientos; en tanto que las mitologías dan como verdad absoluta una ensarta de disparates.

–Capitán– dijo el doctor, –dejemos que cada cual opte por lo que más satisfaga su mentalidad. Hay que proclamar la libertad de la hipótesis y del mito.

De vuelta de la excursión, embarcaron en seguida con rumbo a la isla Oahu, cuya capital, Honolulu, lo es a la vez del Archipiélago. Pasaron sucesivamente las islas Maui, Kohoopawe, Lanai y Molckai, divisando al fin las costas de Oahu.

VII. HONOLULÚ

Al atardecer llegaron frente Honolulu. Pasaron ante el faro que se levanta sobre una roca y penetraron en el puerto, rodeado de muelles y poblado de buques. La luz del sol poniente doraba la ciudad y los montes del fondo. El caserío se desparramaba desigual, ocultado en ciertos lugares por el verde y frondoso follaje de paseo y jardines. Como nota tropical, los cocoteros levantaban sus pencas en algunos sitios. Más allá, montes escarpados de agudos picachos cerraban el horizonte.

Despachado el yate por la Sanidad y la Aduana, dispusieron los pasajeros visitar la ciudad. De noche ya, recorrieron sus calles. Abundaban las gentes de diversos países: chinos, japoneses, coreanos, europeos, americanos; lo que menos se veían eran legítimos hawaianos. Comieron en un hotel de factura americana y entraron en cierto cabaret de carácter cosmopolita. Artistas europeos y americanos, una troupe japonesa, y como único número típico del país, un cuarteto de músicos kanakas y dos bailarinas de la misma raza.

Volvieron al yate desilusionados.

–Para ver eso– dijo desconsolada Isabel, –no valía la pena de venir a Hawaii.

Las impresiones del siguiente día fueron más agradables. Visitaron la parte central de la ciudad, de calles anchas y arboladas, donde radican los principales comercios; se dirigieron al suburbio de la gente rica, de umbrosas calles y casas rodeadas de jardines, admirando la flora tropical: plantas de anchas hojas y arbustos cuajados de flores de todas formas y matices; pasaron rápidos por los miserables barrios habitados por chinos, coreanos y japoneses. Mereció su atención el antiguo palacio real, residencia del Gobernador yanqui, edificado con piedra de coral, de sencilla arquitectura. Notaron variedad de templos, estando representadas diversas sectas cristianas, incluso la católica, que se disputan el monopolio de las conciencias indígenas. En el mercado observaron la escena más típica: buen número de kanakas vendiendo verduras y frutas, ofreciéndolas con melodiosa voz.

En el Museo «Bernice Panahi», edificio construido de piedra labrada, encontraron una rica colección de reliquias y curiosidades hawaianas y polinesias, notables muestras de trabajos hechos con plumas y una colección de peces, conchas y pájaros del país. La visita a la Biblioteca pública y a diversos Clubs completó su recorrido.

Frente al edificio ocupado por la Administración de Justicia, les detuvo la actitud heroica de una estatua de bronce. El pedestal rezaba que aquella figura representaba a Kamehamea el Grande.

—¿Quién fue ese señor?—inquirió, curiosa, Margarita.

Silencio en el grupo.

–Debe haber sido un gran kanaka –se atrevió apuntar el Conde.

–Indudablemente, ya lo indica la inscripción– añadió el capitán.

–Relatividad de lo humano –dijo Alvar. –He aquí a un grande hombre, cuya grandeza ignoramos nosotros en qué consiste. Tengo idea que el tal Kamehamea fue el primer rey de su nombre, que tuvo la habilidad de dotar a su ejército de armas de fuego, lo que le permitió vencer a los otros reyezuelos y llegar a ser el único rey. En eso consistió toda su grandeza.

Los alrededores de Honolulu les proporcionaron gratas sensaciones. El valle de Nuuanu, de vegetación exuberante y poblado de hermosas villas, se extendía tras la ciudad hasta los vecinos montes. Subiendo por la falda de éstos, admiraron el espléndido espectáculo del verdeante valle, la ciudad blanca, el puerto salpicado de las manchas de los navíos y el mar azul extendiéndose hasta tocar los confines opalinos del lejano horizonte.

Continuaron la ascensión hasta llegar al Pali, un gran precipicio, impresionante por la altura, pintoresco por la grandiosa perspectiva que ofrece. Primero la selva, luego montañas llenas de bosques, y el mar batiendo los rompientes, festoneándolos de espuma.

–¡Grandioso!– exclamó Margarita.

–¡Admirable!– añadió Isabel.

Y el Conde, para no ser menos, agregó con énfasis:

–¡Sublime!

–Y a usted, ¿qué le parece, don Pedro?– preguntó Alvar.

–Bonito, muy bonito. Pero prefiero mis salitreras, que sin tener nada de bellas, son productivas.

–Esto se llama ser hombre práctico. Por encima de la belleza, la utilidad.

De vuelta a Honolulu, asistieron al curioso espectáculo que ofrecían en la playa de Waikiki, lugar de deportes y recreo, algunas docenas de kanakas. Dirigíanse mar adentro, y tendidos en frágiles tablas se dejaban llevar por las olas, que los precipitaban, muy adentro, sobre la arenosa playa.

Por la noche asistieron a una fiesta íntima de carácter hawaiano. Una de tantas fiestas exóticas preparadas en obsequio de los turistas que saben apreciarlas y pagarlas. Tres músicos y dos bailarinas, vestidos todos con faldellines de fibras y cubriendo el busto y la cabeza con guirnaldas de flores. La música, con el ukulele, instrumento de cuerdas, suave, rítmica, armoniosa; los bailes, sensuales, casi lúbricos, sobre todo el hula–hiiia, especie de danza del vientre que hizo ruborizar a las damas y enardecer a los caballeros.

Luego fueron obsequiados con bebidas y con poi, el plato nacional, hecho con taro fermentado, succulenta raíz que abunda mucho en Hawaii. El poi tiene una apariencia gelatinosa y es muy nutritivo. Tanto Isabel como Margarita

rehusaron comerlo; don Pedro y el Conde lo probaron, encontrándolo detestable; el doctor lo halló aceptable y el capitán declaró que era sabroso. Los hawaianos, sin decir nada, metían dos dedos en la cazuela, les daban vueltas hasta que quedaba adherido a ellos una buena cantidad del alimento, que comían luego relamiéndose de gusto.

VIII. ADIÓS A HONOLULÚ

Honolulu va esfumándose en el horizonte. El «Con—. dor» se dirige a buen andar hacia el Sur.

El único que se ha despertado temprano para dar el adiós a la bella capital hawaiana, es Alvar. Mientras pasea a lo largo del buque, se le acerca el capitán, que ha bajado del puente.

–Y bien, capitán, ¿hacia dónde nos dirigimos ahora?

–Islas Marquesas.

–¿Y después?

–El recorrido será extenso: Islas de la Sociedad y Tahití; remontándonos algo al Norte, Samoa; volviendo al Sur, Islas Tonga, Nueva Zelanda. En seguida nos dirigimos a Australia, deteniéndonos en Melbourne y Sydney. Navegando al Norte, visitaremos Borneo, Islas Filipinas y Japón.

–Hay para rato. ¿Y del Japón?

–No puedo precisarlo. Allí, el señor del yate dispondrá. Está todavía indeciso entre visitar la parte cercana del continente asiático o volver a San Francisco.

Aparecieron Isabel y Margarita.

–¡Qué lástima!– dijo la segunda, –no hemos podido presenciar la salida de Honolulu.

–No sería por falta de aviso– observó el capitán.

–Es cierto, pero tenía tanto sueño.

–Poco hemos perdido– dijo Isabel. –Ya me sé Honolulu de memoria. Y la verdad que no es tan atractivo como me lo figuraba.

–No diga eso, Isabel– exclamó Alvar. –Tiene grandes encantos: cielo puro, atmósfera despejada, primavera perpetua, abundancia de flores, espléndidos panoramas y mujeres agradables.

–Yo no he visto los ponderados atractivos de las hawaianas.

–Ustedes, las mujeres, son exigentes en materia de belleza femenina.

–Lo que sí me parecen, cómo diré... fáciles, despreocupadas. Esa danza que ayer presenciamos, el *hula-hula*, es bien inmoral.

–Fíjese que es una danza individual, como si dijéramos, de una inmoralidad a medias. En cambio, en ciertos bailes civilizados, de movimientos no menos lúbricos y que se ejecutan por parejas estrechamente unidas, la inmoralidad es completa. Por otra parte, el *hula-hula* es un pasatiempo

inocente, comparado con una antigua costumbre de las hawaianas, hoy en desuso. No hace todavía cien años, cuando un buque se acercaba a las playas que acabamos de dejar, las doncellas se lanzaban al agua e iban a ofrecer generosamente sus cuerpos a los tripulantes.

–¡Qué barbaridad!– exclamó, escandalizada.

–No lo considerarían así los afortunados tripulantes. Desgraciadamente para éstos, los misioneros, velando por las buenas costumbres, lograron que el rey Kaahumanu dictara una ley prohibiendo tal costumbre.

–Hicieron bien– declaró el Conde, que se había acercado al grupo. –Hay que velar por la moral de los pueblos.

–Sus ilustres antepasados tenían ideas algo distintas– replicó Alvar, –por lo menos los que gozaron del derecho de pernada.

–¿Qué clase de derecho es ese?– preguntó ingenuamente Maragarita.

–El que tenía el señor feudal de gozar de las primicias de aquellas de sus siervas que se desposaban.

–Pues era otra gran barbaridad.

–En materias de moral sexual, hay que tener en cuenta épocas y latitudes. Es una moral frágil, sutilísima y, sobre todo, cambiante.

Dicho esto, Alvar se separó del grupo.

–¿Nos abandona, doctor?– dijo Isabel, a quien interesaba el tema.

–Dispénsenme. Tengo que ir a ver a mi enfermo. El deber primero.

Dirigióse a la enfermería. El indio estaba acostado. Su rostro demacrado y los ojos febriles, ponían de manifiesto los progresos de la enfermedad.

–¿Cómo te sientes?

–Mal. Mucha tos, a veces me ahogo. No he podido dormir en toda la noche.

Alvar sacó la jeringuilla hipodérmica, púsole una buena dosis de morfina y se la inyectó.

Mientras estaba en esta operación llegó el capitán.

–¿Todavía no te has muerto?– díjole rudamente al indio.

–Antes he de dejarle un buen recuerdo.

Sin parar mientes en estas palabras, continuó el capitán:

–Ahí tienes las consecuencias de tus borracheras.

El indio, sin contestar, volvió el rostro al otro lado y cerró los ojos, sintiendo ya el amodorramiento producido por la droga.

Alvar se llevó al capitán afuera.

–El alcohol, en ese poblé diablo, no ha obrado como agente de su mal. Un trabajo agotador y la total carencia de vida higiénica, han sido las causas determinantes. En la bebida buscó un alivio momentáneo. La culpa no es suya, sino del medio en que ha vivido.

Ya no se divisaba tierra alguna. El mar, reflejando los blancos cirros que cubrían el cielo, semejaba una inmensa plancha de aluminio ligeramente rizada.

Por la tarde, el aspecto del mar cambió. Las nubes habían desaparecido y el cielo se mostraba azul y diáfano. A trechos, numerosas hierbas marinas cubrían la superficie líquida, que parecía una gran pradera azulosa salpicada de anchas flores amarillentas.

El crepúsculo fue espléndido. El sol se hundió en el océano sin que lo obscureciera el menor celaje; pero sus rayos al herir algunas nubes bajas produjeron destellos de variados colores que se reflejaron en el mar con gran viveza, y fueron amenguando hasta adquirir un tono uniforme plumizo.

La noche, tranquila noche del trópico, de cálida brisa, alumbrada por la tenue luz de los luceros.

Isabel y el Conde estaban recostados sobre la borda de popa; Margarita y Alvar paseaban por la cubierta, y don Pedro y el capitán jugaban una partida de ajedrez en el salón de fumar.

La voz de Isabel se oyó de pronto, gritando:

–¡Miren, miren, un incendio en el mar!

Acudieron los demás presurosos, viendo en la lejanía un vivo resplandor rojizo y luego como una hoguera. El espectáculo era bellísimo.

–¿Será un buque que está quemándose?– preguntó Margarita.

El capitán sonrió discretamente, contestando:

–Afortunadamente, no. Es sencillamente la luna nueva que hace su aparición sobre el mar.

Al poco rato, saliendo de entre los ligeros celajes que la velaban, apareció el disco rojo de la luna, notablemente agrandado, por su posición casi horizontal a la de la vista de los que lo miraban. Paulatinamente fue elevándose, adquiriendo su forma habitual y brillando con su luz blanca, pero tan intensa, que deslumbraba el mirarla. Todo el yate se vio inundado de aquella Claridad, y mientras andaba, parecía que le perseguía la plateada franja que se reflejaba en el mar.

IX. EL DESTINO

El calor era sofocante. Para hacerse la ilusión de contrarrestarlo, tomaban helados de frutas, excepto don Pedro, que, con el calor o con el frío, prefería un complicado cocktail a base de coñac.

Entretenían el hastío que les producía lo monótono del viaje, charlando de todo, desde lo más insignificante hasta lo más transcendental.

Margarita.— No podemos quejarnos. Desde que salimos de San Francisco hemos tenido un tiempo delicioso.

Conde.— Este mar hace honor a su nombre. Es realmente pacífico. Da gusto viajar por él.

Alvar.— Pues no le veo el gusto. Para viajar así no hay necesidad de atravesar un océano; basta cruzar el estanque de cualquier parque. Hay que esperar del mar algo más emocionante. La tempestad tiene sus atractivos.

Isabel.— Por Dios, doctor, no llame al mal tiempo.

Alvar.— Tranquilícese, que no vendrá al solo conjuro de mi voz. Los furores del viento y del mar, obedecen a causas de bastante más importancia.

Margarita.— Yo está bien desear lo que puede causarnos daño. Es desafiar al destino.

Alvar.— ¿Pero es que el destino se puede desafiar? No sea supersticiosa, Magarita, que es un estado de ánimo que desdice de su cultura.

Margarita.— ¿No cree usted en el destino?

Alvar.— Ignoro qué cosa es el destino.

Don Pedro, sentenciosamente.— El destino existe.

Conde.— Vaya si existe. Como que el destino es quien nos ha reunido aquí.

Alvar.— ¿Y qué cosa es el destino?

Don Pedro.— Lo que tiene fatalmente que suceder, queramos o no.

Margarita.— Lo que Dios reserva a cada criatura.

Isabel.— Lo que está escrito.

Conde.— El destino... es el destino.

Alvar.— La definición de don Pedro es fatalista; la de Margarita, teológica; la de Isabel, caligráfica; la del Conde,

contundente. Las cuatro son buenas, pero la de usted, Conde, es la mejor, precisamente porque nada define, y a mí me encantan esa clase de definiciones. Resumiendo, parece ser que el destino es lo que tiene que ser de un modo y no de otro, de antemano fijado por una fuerza o inteligencia oculta. Siendo así, resulta pueril creer que se le puede desafiar, puesto que lo que ha de ser, de todos modos será. Traducido al lenguaje científico, el destino no es otra cosa que la ley de causación, según la cual en la naturaleza todo obedece a un encadenamiento de causas y efectos...

Margarita.— Ya pretende el doctor estropearnos el destino con sus teorías científicas.

Don Pedro.— Todos nacemos con nuestro sino de antemano trazado por la mano omnipotente de Dios.

Alvar.— Entonces, Dios viene a ser el director que distribuye los papeles entre los enumerables actores que representamos en el gran teatro de la vida.

Don Pedro.— Algo por el estilo, salvando los respetos debidos a la divinidad.

Alvar.— Pues declaro que Dios es un mal director de escena, puesto que no reparte con justicia los papeles. Vamos a ver, ¿por qué no me ha hecho a mí millonario? Aptitudes me sobran para ello. Lo único que me falta son los millones.

Conde.— ¡Ja, ja, ja! Qué gracioso.

Alvar.— ¿Y por qué a usted le ha asignado el papel de Conde? Lo mismo hubiera podido dárselo al camarero que nos ha servido los helados. No me negarán que tiene un tipo fino y arrogante y maneras distinguidas...

Isabel, en tono de reconvención, viendo que el Conde palidece de indignación.— ¡Por Dios, doctor!

Don Pedro.— La cosa no es para tomarla a broma. Somos lo que debemos ser. En la sociedad cada cual tiene reservado su puesto, que responde al rango a que pertenece, a sus aptitudes, a su inteligencia. Hay quien nace para humilde trabajador o sirviente, quien para potentado, aristócrata, estadista, sabio, artista, guerrero...

Alvar.— Y quienes para bandidos y asesinos. Indudablemente todos los papeles están distribuidos. Pero no me negará que algunos podrían trocarse sin que sufriera la interpretación del personaje. Por lo menos, yo me comprometería a desempeñar el de millonario a la perfección.

Don Pedro.— Le falta lo principal: la habilidad de acumular los millones.

Alvar.— No es una dificultad insuperable. Tampoco su simpática hija, pongo por caso, sabría ganar los millones que usted le legue; pero sí sabrá aprovecharse de ellos. ¿Verdad, Isabel?

Isabel.— ¿Para qué sirve el dinero si no es para gastarlo?

Don Pedro, dando grave y afectada entonación a sus palabras.— ¡El dinero! Es la palanca poderosa que mueve al mundo y a los hombres. Todo con él se obtiene...

Alvar, interrumpiendo.— Porque todo por él se vende.

Don Pedro.— Es el acicate de nuestras acciones, el premio de nuestros afanes. El placer de gastarlo, es un placer a medias. Hay que saber gustar el placer de ganarlo...

Alvar.— O de apropiárselo.

Don Pedro.— Ganarlo en buena lid, si es posible, pero ganarlo en último caso sin reparar en los medios.

Alvar.— Los pecados que se cometen ganando dinero, con dinero se consigue su perdón. Es una mancha que lava toda mancha.

Don Pedro.— Los hombres valemos por nuestro dinero, y es natural que así sea, porque el dinero es la representación de todo lo que tiene algún valor, la medida tangible de la riqueza. Quitádmelo todo, pero dejadme el dinero, y no tardaré en adquirirlo todo de nuevo.

Alvar.— ¿Está usted seguro que en cualquier momento y en toda ocasión el dinero lo es todo

—Don Pedro.— Segurísimo...

La conversación fue interrumpida por una formidable explosión, que a todos sobresaltó. En la proa elevóse una

columna de humo, y al poco rato surgieron vivas llamaradas. Oyéronse gritos y pitazos. La tripulación se puso en movimiento. Transcurrieron unos minutos de confusión y alarma, hasta que apareció un oficial.

–¿Qué sucede?– inquirió don Pedro.

–Por la imprudencia de alguien, ha explotado el tanque de gasolina, dando origen a un incendio.

–¿Hay peligro?– inquirió, asustada, Margarita,

–Todo incendio a bordo es peligroso, señora, pero creo que podremos dominarlo.

El sobresalto y el temor se apoderaron de los que hacía poco gozaban de las delicias de un viaje de recreo, con todas las comodidades apetecibles. Don Pedro había perdido su aplomo y hasta olvidado sus millones; Isabel y Margarita estaban pálidas y agitadas; el Conde no lograba disimular un ligero temblor nervioso. El único que se mantenía imperturbable, y hasta con una leve sonrisa en los labios, era Alvar, quien tuvo la impertinencia de observar:

–He aquí un caso en que no vale el dinero. Afortunadamente, nos queda el instinto de conservación.

Como se alejara, díjole Margarita:

–No nos abandone, doctor.

–Perdone, señora. Voy ayudar a apagar el incendio. Me creo en el deber de ayudar a salvar mi vida... y la de ustedes.

X. FUEGO A BORDO

Cerca del puente, dos marineros sujetaban al indio tuberculoso, en tanto el capitán, rojo de ira, le increpaba violentamente.

–¿Qué sucede, capitán?– inquirió Alvar.

–Este malvado que acaba de incendiar el tanque de gasolina.

–¿Está usted seguro?

–Lo han visto saliendo del lugar donde está el tanque, produciéndose inmediatamente la explosión,

El indio miró al capitán con ojos febriles y retadores, diciendo:

–Quise dejarles, antes de morir, un buen recuerdo de mí.

–¡Canalla! También yo voy a dejarte un recuerdo.

Dirigiéndose a los que sujetaban al indio, les ordenó:

–Amarradlo a la barra de pies y manos. ¡Vivo!

El indio intentó resistir, pero su cuerpo consumido fue fácilmente arrastrado por los dos robustos marineros.

El incendio, mientras tanto, había tomado incremento. La gasolina, desparramándose, iba esparciendo el voraz elemento, sin que pudieran contenerlo los desesperados esfuerzos de la tripulación. Toda la proa era una hoguera. Un humo negro y denso se elevaba y esparcía, obscureciendo el firmamento. Saltaban las chispas y se oía el siniestro crepitar del maderamen.

Ni el chorro de las mangueras, ni los continuos cubos de agua que se echaban, ni el uso de los extintores químicos, lograron contener las llamas. Marineros, oficiales e incluso Alvar, rivalizaron en esfuerzos inútiles. Poderoso, audaz, avanzaba el ígneo elemento, haciendo retroceder a los bravos que sólo podían combatirlo de frente y que únicamente cedían el terreno cuando ya no podían mantenerse en él.

Hubo que abandonar el puente y poco después el cuarto de máquinas, dejando éstas de funcionar. Destruído el aparato de radio, las llamadas de auxilio quedaron interrumpidas. El humo, cada vez más denso, dificultaba la respiración.

–Esto está perdido, capitán.

–Perdido irremisiblemente.

–Luchamos contra lo imposible. Vale más abandonar el yate,

–Todavía...– fue la lacónica respuesta.

El puente estaba envuelto en llamas. Con estrépito se derrumbó parte de él, junto con la chimenea.

Alvar tuvo que dejar de ayudar a combatir el incendio para curar a varios marineros contusionados o sofocados por el humo.

El fuego había consumido ya la mitad del yate y amenazaba hacer lo mismo y más rápidamente con la otra mitad.

En previsión de lo inevitable, se arriaron dos botes y una lancha motor de gasolina, colocándose en ellos víveres, agua y otros efectos de utilidad. El capitán ordenó al fin que los pasajeros embarcaran en la lancha y la tripulación en los botes.

Alvar, sin ser notado, descendió a la cala de popa, donde estaba el indio. Al enfocarlo con la linterna eléctrica, vio dos ojos agrandados por el sufrimiento y el terror, que le miraron suplicantes.

–¡Máteme, por favor!

Sacó el revólver, lo apoyó en la sien del indio y disparó.

Cuando salió a cubierta, oyó voces femeninas que le llamaban:

–¡Doctor, doctor!

–¿Dónde está el doctor?

–Aquí estoy.

–Por Dios, no nos abandone. Venga con nosotros a la lancha.

–Vamos allá, pero con calma y sin precipitarnos, que tiempo hay para todo.

–¡Qué desgracia, qué horrible desgracia!– decía Margarita, acongojada.

–¡Qué será de nosotros, Dios mío!– exclamaba entre lágrimas Isabel.

Grupo lamentable ofrecían las dos mujeres, don Pedro y el Conde. Sus pálidos semblantes reflejaban azoramiento y terror. En cambio, la doncella de Isabel, una mestiza, permanecía tranquila, llevando en la mano una gruesa maleta, repitiendo como un estribillo:

–No se asuste, mi amita, que todo saldrá bien.

Bajaron a la lancha los cinco pasajeros, la mestiza Juana, un robusto y joven marinero apellidado Oliver, encargado del timón y el segundo maquinista del yate, que debía cuidar del motor.

La tripulación se distribuyó en los dos botes, mandado uno por el capitán y el otro por el primer oficial.

El mar estaba en calma, pero hacia Oeste densos nubarrones presagiaban mal tiempo. Por orden del capitán, las tres embarcaciones debían navegar en dirección Sudeste, en demanda de alguna isla del grupo de las Marquesas o de Tahití. El anochecer fue rápido, debido al avance de las amenazadoras

nubes. Desatóse la lluvia, sopló el viento y se picó el mar. En la lancha gasolinera, los cinco pasajeros se apretujaban en la popa, protegidos del agua por un toldo impermeable. El marinero Oliver, envuelto en recio capote, manejaba desde el centro el timón, sorteando las olas que empezaban a encrespase¹, en tanto el viejo maquinista cuidaba del motor, cuyo ruido ahogaba el fuerte rumor del oleaje y del viento. De vez en cuando la viva y fugaz claridad de un relámpago alumbraba siniestramente el mar embravecido.

Se iban alejando del «Cóndor» envuelto en llamas, consumiéndose en el mar. En la obscuridad de la noche, brillaba como una gran hoguera que enrojecía el horizonte en una regular extensión.

Don Pedro, malhumorado, exclamó:

–Ya debe estar satisfecho, doctor: incendio, naufragio y tempestad.

–Confieso que es bastante más de lo que yo apetecía, pero ¡qué demonio! hay que saber aceptar con resignación lo que el destino nos depara.

–El momento no es propio para ironías– replicó don Pedro.
–La muerte nos acecha.

–¡Oh, papá!– gritó Isabel –¡Tengo miedo, miedo de morir!

Margarita la abrazó, y ambas pusiéronse a rezar fervorosamente. El Conde intentó acompañarlas, pero el castañeteo de los dientes se lo impidió.

–Esta escena –dijo Alvar– me recuerda un cuento. ¿Quieren que se lo refiera?... ¿No contestan? Bueno, quien calla, otorga, y allá va el cuento: Viajaba un obispo a bordo de un trasatlántico. Durante la travesía desatóse violenta tempestad. El obispo oró a Dios y a todos los santos para que aplacaran los furores del viento y del mar, sin que fueran atendidas sus súplicas. Viendo pasar un oficial, interrumpió los rezos para preguntarle: «¿Cree usted que hay peligro de naufragar?» «Ilustrísima, si el temporal no amaina pronto, dentro de una hora estará usted en el cielo.» A lo que contestó el obispo, todo acongojado: «Que Dios no lo quiera...» ¿No les hace gracia el cuentecito? Sin embargo, ninguno más apropiado para la ocasión.

Un ruido seco, como la caída de un cuerpo, estremeció la lancha.

–¿Qué pasa?– inquirió Alvar.

–Venga, doctor– contestóle Oliver.

Acudió y enfocando la linterna, vio en el suelo al maquinista. Agachóse para examinarlo.

–La primera víctima– se limitó a decir.

–¿Muerto?– dijo Oliver.

–De un ataque cardíaco.

–Malo, ¿quién cuidará ahora el motor?

–No te apures, algo entiendo de esto. Sigue manejando el timón. Aquí, sólo tú y yo podemos desafiar al destino.

XI. PERDIDOS EN EL MAR

Al amanecer, por más que Alvar escrutó el horizonte, no vio rastro de los dos botes.

Se hallaban perdidos en medio del océano. Su esperanza inmediata de salvación estaba en encontrar un buque que los recogiera, y como más remota, una isla o islote que les brindara refugio.

Una mar gruesa batía los flancos de la lancha, imprimiéndole movimientos desiguales y rápidos. Aunque había aclarado, la luz era medrosa, de tonos grises. El cielo estaba cubierto de nubes plumizas, soplaban implacable y huracanado viento. Grandes olas hinchaban el océano; a corta distancia se confundían cielo y mar; la lancha parecía oscilar, sin avanzar, dentro de un radio muy reducido. A veces, cabeceaba violentamente y descendía con rapidez vertiginosa, como si fuera impelida al fondo del mar, para luego elevarse con igual rapidez, en un vano intento de alcanzar las nubes.

Trabajosa y lentamente, seguía una ruta incierta, levantando con su proa terca abundante espuma que se desparramaba por sus flancos y se introducía dentro.

El espectáculo era terrible y sublime a la vez. La lancha en su lucha con el mar embravecido, iba venciendo los obstáculos que se le oponían con la fuerza material de su pequeña hélice y la mental que guiaba el timón y cuidaba del motor, marchando adelante, siempre adelante, hacia lo desconocido, que lo mismo podía ser la muerte que la salvación.

Durante dos días lucharon bravamente los dos hombres con la tempestad, sin pegar los ojos, atendidos solamente por la mestiza Juana, que les llevaba algo de comer y beber. Los demás, seguían acobardados, apretujándose en la popa. Por vez primera la vida era para ellos angustiosa e incierta. Pensaban horrorizados que podían llegar a padecer hambre y sed y que el mar fuera su tumba. El terrible fantasma de la muerte se levantaba ante ellos amenazador. Por la salvación inmediata, hubiera dado gustoso don Pedro sus millones, el Conde su título de nobleza, e Isabel y Margarita de buen grado hicieran el sacrificio de sus vanidades de hembras de la alta sociedad.

La repleta maleta que Juana llevara a la lancha, iba de un lado para otro, al compás de los bandazos. Habiendo tropezado Alvar con ella varias veces, hubo de exclamar:

–Diablo de maleta. Si no la recogen, la echo al agua.

–¡No, no!– gritó don Pedro. –Contiene dinero.

–Maldita la falta que nos hace ahora. ¿Es que cree que con dinero se puede aplacar la tempestad?

Al tercer día, el tiempo abonanzó. Sin embargo, la situación de los náufragos no mejoró mucho. Todavía tenían víveres para varios días, pero la gasolina que les quedaba sólo podía alimentar el motor unas veinte horas, a moderado andar.

Ya avanzada la tarde, Alvar oteó el horizonte con sus gemelos, y de improviso gritó:

–¡Tierra!

Anhelantes, henchido el corazón de esperanza, se agruparon todos a proa.

¡Tierra! Nunca palabra alguna sonó más gratamente en sus oídos. ¡Tierra!... la salvación, la vida, la esperanza que renacía.

Oliver, que había cogido los gemelos, lo confirmó:

–Una isla o islote.

–¿Cuánto tardaremos en llegar?–preguntó Margarita.

–Unas seis u ocho horas.

–¿Podremos desembarcar enseguida?

–No sería prudente hacerlo de noche. Habrá que esperar al amanecer.

Forzaron el motor y al poco rato pudieron divisar la isla a simple vista. Ya había obscurecido cuando llegaron tan cerca, que oían perfectamente el ruido de las olas sobre la playa. Por prudencia se alejaron algo. Pasaron la noche en vela,

escrutando vanamente las tinieblas y haciendo conjeturas acerca de aquella ignorada tierra que representaba para ellos la salvación.

–Don Pedro– dijo alegremente Alvar, –la isla es mía, puesto que he sido el primero en descubrirla. Ante todo, el derecho de propiedad.

–Se la compro. Tengo bastante dinero para ello– y señaló la repleta maleta, de la que volvió a ocuparse pasado el peligro.

XII. LA ISLA OASIS

Aparecieron las primeras claridades de la aurora. Los ojos de los náufragos estaban fijos en la tierra de salvación. A medida que las brumas se disipaban, iba apareciendo la isla con los encantos de una vegetación exuberante. Precisamente enfrente se abría en abanico una caleta, con admirable paisaje y cuya playa arenosa invitaba al desembarco. Avanzaron hasta que la lancha tocó fondo. Un bosque de cocoteros llegaba hasta la misma playa. Desembarcaron jubilosamente, transportando los hombres a las mujeres en brazos. Por indicación de Oliver, la embarcación fue sacada del agua y colocada en lugar seguro. A un costado de la misma, con la lona del toldo, y unas estacas hechas con ramas de los árboles, improvisaron una tienda de campaña, bajo la cual hicieron su primer comida en la isla, con las provisiones que traían, aumentadas con moluscos que Oliver recogió en un breve recorrido que hizo por la costa.

La alegría de haber salvado la vida les hizo optimistas y comunicativos.

Margarita.— Me parece como si después de un sueño de tres días, en constante pesadilla, hubiera venido a despertar en una isla encantada.

Isabel.— ¡Qué días más terribles! Tengo todavía doloridos cuerpo y alma. No sufrí tanto en toda mi vida.

Alvar.— No los dé por inútiles. El sufrimiento es mejor maestro que el goce.

Margarita.— Deme goces, doctor, y le regalo todas las lecciones del sufrimiento.

Conde.— Líbreme Dios del sufrimiento. A mí no me ha producido más que angustia y dolor y nada bueno me ha enseñado.

Alvar.— Porque es usted un mal discípulo.

Don Pedro.— Veamos qué lección saca usted del sufrimiento, querido doctor.

Alvar.— Una lección de humanidad. El que ha sufrido sabe compadecer al que sufre y procura mitigar su dolor. El que sólo sabe de goces, contempla impasible el dolor ajeno, porque no lo comprende.

La solidaridad en el dolor, es el más noble de los sentimientos. Si se practicara, desaparecerían los goces egoístas que se cimentan en los dolores de los demás y automáticamente disminuiría el número de los que sufren.

Don Pedro.— Esto es pura teoría. En la práctica, todos apetecemos el goce y no estamos dispuestos a sacrificarlo para aliviar penas ajenas. Somos por naturaleza egoístas.

Alvar.— Estamos aquí reunidas siete personas que hemos pasado juntas por el trance más terrible de la vida, y juntas hemos penado y sufrido. Esto ya ha creado entre nosotros cierta solidaridad moral. Pero además, nos encontramos ahora en una isla perdida en el inmenso Pacífico, que puede estar deshabitada o poblada de salvajes. En ambos casos, nuestra mejor protección y defensa está en el mutuo apoyo que nos prestemos. ¿No prueba esto que el propio egoísmo nos impone la solidaridad?

Conde.— Solidaridad circunstancial.

Alvar.— ¿Y por qué no definitiva? Quizá nos veamos obligados a pasar en esta isla el resto de nuestra vida.

Margarita.— Ni en broma lo diga, doctor.

Alvar.— Lo digo muy en serio. No seríamos los primeros náufragos a quienes tal cosa aconteciera. Por mi parte, siempre que la isla nos ofrezca medios de subsistencia, no lo sentiría.

Isabel.— ¡Vivir como salvajes! ¡qué horror!

Alvar.— No gozaremos de comodidades superfluas, pero sí de mejor salud. A todos nos vendrá muy bien un poco de trabajo, otro poco de privaciones y un mucho de sol, aire y ejercicio.

Isabel.— El porvenir se nos presenta muy negro.

Don Pedro.— No hay que hacerle gran caso al doctor, que es un pesimista impenitente. Lo principal es que estamos a salvo; en cuanto a) o demás, todo se arreglará fácilmente.

Alvar.— ¿Fácilmente?... Tendrá usted un plan salvador.

Don Pedro.— Tengo algo mejor: dinero.

Con gesto arrogante abrió la maleta, dentro de la cual había paquetes de monedas de oro, fajos de billetes de alto valor y letras de cambio sobre los principales bancos del mundo.

Conde, con admiración.— ¡Cuánto dinero!

Don Pedro.— Dos millones, en números redondos.

Alvar.— Ha dicho bien, en números, porque su valor efectivo es aquí nulo.

Don Pedro.— ¡Cómo nulo! El dinero, es dinero, aquí y en todas partes.

Alvar.— Aquí, con este dinero, no puede adquirir nada, y, por lo tanto, nada vale.

Conde.— Es siempre una riqueza.

Alvar.— La única riqueza con que contamos, es el esfuerzo de nuestros brazos y de nuestra inteligencia. Siete cerebros y catorce brazos, este es el capital al que podemos hacer producir. Para ello, cada uno de nosotros ha de convertirse en un trabajador. Desaparece el millonario, el noble, el profesional, las señoras... Todos somos iguales.

Conde, con orgullo.— En todas partes soy el Conde de la Garza.

Alvar.– En todas partes es usted un hombre, pero aquí tendrá que ser, además, un hombre útil a sí mismo.

XIII. EXPLORANDO LA ISLA

Dedicaron el siguiente día a explorar la isla. Fue una excursión fructífera y deliciosa. A cada momento, subiendo una pequeña loma, cruzando un valle, internándose en los bosques, surgía un nuevo y espléndido espectáculo que les arrancaba palabras de admiración. Sus ojos se recreaban contemplando la vegetación lujuriante, en la que abundaban las plantas de anchas hojas. Ni el más pequeño rincón estaba huérfano de vida vegetal. Desde lo alto de las lomas hasta las playas, casi tocando el agua, se extendía el manto de verdor, al que daban variedad los vivos colores de flores y frutos. Y por doquier les recreaba un sonido grato: del mar batiendo regularmente las playas arenosas; de los arroyos corriendo mansamente por los llanos; de los pequeños torrentes saltando por entre breñales; de las hojas movidas gentilmente por la brisa; de los pájaros piando en las enramadas.

Abundaban las lomas y los valles alegres, cruzados por arroyos; bosques sombríos ofrecían agradable abrigo en las horas solares; plantas cuajadas de flores embalsamaban el ambiente. El árbol del pan, de amplia copa, los altos cocoteros y los plátanos de ancha hoja, les proporcionaron nutritivos frutos con sólo el trabajo de cogerlos. El ojo experto de Alvar descubrió algunas plantas de raíces comestibles.

La fauna era menos rica que la flora. Aparte los pájaros, que los había en abundancia y variedad, sólo hallaron lagartos, cienpiés, ranas, grandes arañas, pequeñas e inofensivas serpientes y algunas especies de roedores. Oliver pudo observar que había abundancia de moluscos y gran variedad de peces.

Hallándose bastante internados en la isla, detuviéronse a descansar a orillas de un riachuelo, cuyas aguas se deslizaban en un suelo que formaba como pequeños escalones, semejando éstos diminutas cascadas. Era tan tupida la vegetación en ambas orillas, que un dosel de verdor se extendía a lo largo del riachuelo. Tendiéronse todos en un pequeño claro, gozando del grato frescor de la tupida enramada, que no dejaba penetrar ni un rayo de sol, y oyendo el concierto del agua saltarina.

Alvar.— No podemos quejarnos. Hemos tenido la suerte de encontrar un paraíso en miniatura. Dudo que haya otra isla que ofrezca lugares y perspectivas más bellas y encantadoras.

Conde.— La isla es bella, no cabe duda, pero la hallo carente de comodidades.

Alvar.— Echa de menos un buen hotel, ¿verdad?

Don Pedro.— No nos vendría mal un hotel, aunque fuera de segundo orden. Nos ahorraríamos trabajos. Miren que hemos andado, y por cierto, que no veo la necesidad. Estoy derrengado.

Alvar.— Hay que darse cabal cuenta de cómo es la isla, de sus mejores lugares, de sus productos. Debemos tener presente que en un todo dependemos de ella para nuestra existencia.

Margarita.— ¿Cree que la isla nos ofrece recursos suficientes para vivir en ella?

Alvar.— Puedo asegurar que no padeceremos hambre. Tendremos siempre a nuestra disposición, y en abundancia, cocos, plátanos y la fruta del pan, alimentos muy nutritivos y sanos. Disponemos, además, de raíces comestibles, como el taro y el boniato. Los que no se satisfagan con esto, pueden complementar la alimentación con moluscos, pescado y aves.

Don Pedro.— Me suscribo a los últimos con preferencia a los primeros. Lo que siento es no tener aquí a mi cocinero marsellés, que tan bien sabía preparar las salsas.

Alvar.— No lo echará de menos, se lo aseguro. La mejor salsa, como dice el refrán, es el hambre, y para tener buen apetito, no hay como una vida laboriosa al aire libre.

Isabel.— Parece que la isla está deshabitada. Hasta ahora no hemos encontrado alma viviente.

Alvar.— No podemos afirmarlo hasta que la hayamos explorado completamente. Pero como esto sería algo penoso para ustedes, lo mejor será que busquemos un lugar apropiado para edificar una choza, y una vez instalados, Oliver y yo, habilitando para ello la lancha, haremos un viaje de circunvalación alrededor de la isla.

Margarita.— ¿Será muy extensa?

Alvar.— Las islas madreporicas del Pacífico, exceptuando las conocidas y habitadas, son de poca extensión.

Isabel.— ¿Islas madreporicas?...

Alvar.— Se llaman así las formadas sobre arrecifes de coral, obra éste de los zoófitos de distintos órdenes, forma inferior de la vida animal. Es curiosa la historia de esas islas y bien diferente de las de origen volcánico.

Margarita.— Cuente, doctor.

Alvar.— Llega un momento que la secreción caliza y ramosa producida dentro del mar por los zoófitos traspasa la superficie líquida. Generalmente la estructura a flor de agua asume una forma circular, que va levantándose por los extremos, dejando una depresión en el centro. En este período, la isla presenta un lago interior, con una entrada más o menos fácil por la parte del mar. Con el tiempo, la parte central va elevándose, hasta secarse el lago. Por la acción de la vegetación marina, por los aportes excrementicios de los pájaros que establecen sus nidos en las cavidades coralinas, junto con los residuos de diversa especie que van acumulándose, los arrecifes quedan cubiertos de una delgada capa, que permite aparecer la primera vegetación, limitada a unas pocas especies, que paulatinamente van aumentando, a la vez que la capa de tierra se hace más espesa y rica en despojos orgánicos. Y he aquí que en siglos, momentos fugaces en la naturaleza, lo que eran bancos de coral, se transforman en islas de vegetación

exuberante, con montes, valles, riachuelos y sirviendo de albergue a diversidad de seres.

Margarita.— Doctor, su explicación me deja intranquila. Paréceme que nuestra isla, edificada sobre bancos de coral, no debe estar muy segura. ¿No habrá peligro de que el mar la barra cualquier día?

Alvar.— Está bien firme. Y para mayor seguridad, la protegen de las furias del mar los arrecifes coralinos que la circundan, evidente testimonio de que los zoófitos prosiguen su obra milenaria. Y lo que es el poder de la vida: mientras debajo del mar los zoófitos formaban y sostenían la isla, las aves a su vez contribuían a fertilizarla. Los seres alados han sido siempre los agentes más activos de la vida, enriqueciendo la tierra con sus excrementos y llevando por doquier semillas de diversas especies vegetales.

Levantáronse para iniciar la vuelta a la tienda provisional. Siguiendo el curso del riachuelo, llegaron al lugar en que éste formaba una laguna, antes de desembocar en el mar. El lugar tenía el aspecto de una espléndida decoración teatral. Alrededor del lagunato e introduciéndose en él, levantábanse rocas de coral de las más extrañas formas, simulando pirámides, fingiendo conos, tomando el aspecto de animales y de rostros humanos; y por entre las rocas y tras ellas, los cocoteros elevaban sus troncos delgados coronados de palmas.

Todos lanzaron palabras admirativas a la vista de aquel prodigio de arte de la naturaleza; todos, menos Alvar. Observando la mudez de éste, dijo Margarita:

–¿No se entusiasma, doctor?

–Bello, pero excesivamente teatral. El artificio no me satisface, ni aun cuando por raro azar lo simula la naturaleza.

Reanudaron la marcha, no sin que antes exclamara Isabel:

–Una pregunta, doctor: ¿cómo se llamará esta isla?

–Ignoro si tiene nombre, pero nosotros podemos darle uno apropiado. La llamaremos Coralina.

XIV. VILLA ALEGRE

Pasados los primeros días, surgió la necesidad de organizar la vida. Alvar fue el hombre de las iniciativas y Oliver el más dispuesto a secundarle. La construcción de una choza capaz para albergarlos, debía ser el empeño inmediato. Como lugar más apropiado, eligió un poético recodo cerca de la desembocadura del riachuelo. Tenían el mar a corta distancia, formando una ensenada arenosa, frente a la cual salían a flor de agua dos pequeños islotes tan rebosantes de vegetación, que a distancia semejaban sólidos bancos de follaje. Llegando hasta la misma playa y extendiéndose alrededor de la ensenada, había un bosque de cocoteros, amontonándose al pie de cada árbol los frutos desprendidos. Mansas olas bañaban la playa, invitando al baño. Ni aun durante el mal tiempo había peligro, pues los arrecifes coralinos contenían el ímpetu de las olas. Únicamente las aguas de la ensenada adquirirían alguna movilidad y las olas batían la playa con mayor viveza.

Comenzaron por limpiar de árboles y malezas el lugar elegido. Como herramientas, disponían de dos hachas, un pico, una pala y los principales instrumentos de carpintería, incluso varios paquetes de clavos. Todo esto, así como dos rifles con municiones y pólvora, un botiquín y buen número de latas conteniendo leche condensada y conservas, estaban en el

fondo de la lancha, donde habían sido colocados previendo su necesidad.

Preparado el terreno, utilizaron como horcones cuatro troncos lisos y delgados, sobre los que colocaron travesaños, que cubrieron con pencas de palmas bien unidas, y en declive, formando un techo impermeable y escurridizo. De igual material hicieron las paredes, reforzadas con maderos cruzados. El interior de la cabaña lo dividieron en dos compartimientos, destinado uno a las tres mujeres y el otro a los cuatro hombres. Utilizando dos horcones más, la dotaron por el frente de un ancho cobertizo, que podía servir de cocina y comedor.

Aunque todos contribuyeron a la construcción en la medida de sus fuerzas y habilidad, el trabajo más rudo, como el corte de los árboles, lo ejecutaron Oliver y Alvar. Este, como digno remate de la obra, confeccionó con un lienzo blanco una bandera, en la que se leía «Villa–Alegre», que izó a un mástil preparado al efecto. El mismo día de terminada la casa, se acomodaron en ella, reuniéndose al atardecer en el cobertizo, disponiéndose a saborear el banquete que Juana había preparado para festejar dignamente la inauguración. Aparte los platos confeccionados con las conservas, comieron como alimentos indígenas plátanos y boniatos salcochados, ostras y diversidad de pescados. Como postre, la blanca pulpa de los cocos y para bebida, el agua de los mismos. De sobremesa, se inició la inevitable discusión.

Alvar.— Y bien, ¿se sienten ustedes satisfechos?

Don Pedro.— Relativamente, sí. Nuestra situación ha mejorado.

—Conde.— Por mucho que mejore, nunca será satisfactoria, en tanto no podamos salir de la isla.

Margarita.— Pero mientras no podamos salir, hay que conformarse.

Isabel.— Sí, hay que conformarse a lo que nos depara el destino.

Alvar.— A propósito. ¿Recuerdan nuestra conversación sobre el destino?

Margarita.— Precisamente la tuvimos poco antes de ocurrir el incendio del yate.

Isabel.— Indudablemente, algo oculto rige nuestras vidas.

Alvar.— A veces nos es dable conocer algunas de las causas más inmediatas que determinan los sucesos de nuestras vidas.

Don Pedro.— Vano intento. Le desafío a que nos explique satisfactoriamente por qué nos encontramos en esta isla.

Alvar.— Las causas remotas sería desde luego inútil querer conocerlas. Obedecen a un encadenamiento de sucesos que escapan a nuestro limitado conocimiento. En cuanto a las inmediatas, hélas aquí: ¿Recuerdan el fogonero indio?

—Don Pedro.— ¿El que tenía usted en la enfermería?

Alvar.— El mismo. Por haberse embriagado y faltado al primer oficial había sido duramente castigado a permanecer en la barra durante veinte días. Tuberculoso en grado avanzado, hubiera muerto antes de finalizar dicho período, a no intervenir yo, que por simple curiosidad bajé al departamento de máquinas donde me enteré por otros dos fogoneros del cruel castigo impuesto a su compañero. Protesté ante el capitán y obtuve que me permitiera atenderlo en la enfermería. Dándose cuenta el indio de que estaba próximo a la muerte y atribuyéndola al mal trato recibido, germinó en su cerebro la idea de la venganza y prendió fuego al tanque de gasolina, que determinó la destrucción del yate.

Don Pedro.— ¿Luego el siniestro no fue casual?

Alvar.— Fue provocado. Podemos, pues, considerar como causas más inmediatas la venganza del indio, motivada por un castigo cruel, desproporcionado a la falta.

Don Pedro.— Más desproporcionada resultó la venganza con relación al castigo.

Alvar.— Para nosotros sí, pero no para la víctima. Pero no es el caso discutirlo. Lo que quiero poner ahora en evidencia, es que esa venganza no se hubiera podido llevar a cabo sin mi intervención a fin de lograr que el indio fuera llevado a la enfermería.

Margarita.— Entonces, la acción de usted actuó como una causa del siniestro.

Alvar.— Es correcta su deducción. Mi acción hizo posible la venganza. Fíjense ahora, que mi acción no hubiera tenido ocasión de realizarse a no ocurrir previamente los siguientes sucesos: que se enfermara el doctor Canosa y que, por lo tanto, no se vieran ustedes en el caso de reclamar en pleno viaje los auxilios de un médico; que el «Sirio» pasara a la vista del «Cóndor»; que viajara yo en el primero. Como causas algo más remotas, podemos señalar: los motivos que determinaron la admisión en el «Cóndor» del fogonero indio; los que le indujeron a embriagarse; los que desarrollaron su tuberculosis; los que motivaron la dureza del castigo por parte del capitán; los que causaron la muerte del doctor Canosa; los que me obligaron a mí a embarcarme en el «Sirio»; los que indujeron a don Pedro al viaje por el Pacífico...

Isabel.— Basta, doctor, quedamos convencidos que sucedió... lo que tenía que suceder.

Margarita.— Que no hubiera sucedido si al doctor no le da la desgraciada idea de bajar al cuarto de máquinas.

Conde.— Mejor diría de interceder en favor del maldito indio.

Don Pedro.— Las consecuencias de una buena acción.

Alvar.— Mi buena acción no hubiera tenido ocasión de manifestarse sin la mala acción del capitán al condenar a la barra a un infeliz tuberculoso por una falta leve que no merecía tan gran castigo.

Isabel.— Aquí no hay culpa para nadie. Era nuestro destino pasar por todo lo que hemos pasado.

Margarita.— Somos débiles criaturas a merced de la providencia.

Alvar.— Mejor sería decir a merced de nuestras acciones o de los acontecimientos por ellas provocados. Cada uno fie nosotros contribuye a formar el destino de los demás, como los demás contribuyen a nuestro individual destino. El destino lo elabora el ser colectivo, siendo como la manifestación de su actividad, y los individuos somos los sujetos sobre los que esa actividad colectiva se manifiesta.

Conde.— Eso es muy filosófico, doctor. Prefiero seguir creyendo que nuestro destino lo elabora la providencia.

Alvar.— Confieso que me lleva una ventaja.

Conde.— ¿Cuál?

Alvar.— Que es la suya una creencia cómoda. Todo lo explica por la virtud de una palabra, pero queda por explicar el sentido de tal palabra. ¿Qué entiende usted por providencia?

Conde.— La voluntad de Dios.

Alvar.— Basta. Todo queda explicado. Pero le aconsejo que no fíe demasiado en la providencia, porque puede darse el caso que la providencia se olvide de usted.

XV. SEIS MESES DESPUÉS

El medio agreste en que vivían, dejó sentir sobre los náufragos su poderosa influencia. Tostados por el sol, descuidados en el vestir, ágiles por el constante ejercicio, quien les hubiera visto a los seis meses, no reconociera en ellos a las damas elegantes y a los pulcros caballeros del «Cóndor».

Alvar se había identificado con el medio de manera rápida, encontrando gusto en ello. Pantalón cortado por las rodillas, camisa sin mangas y abierta hasta la mitad del pecho, el pelo largo al viento, crecida la barba, tenía el aspecto del novelesco Robinsón. Alternaba los trabajos en beneficio de la pequeña comunidad con las excursiones por la isla, estudiando la flora y la fauna. En Oliver y Juana el contraste era menos violento, dada su anterior condición de marinero uno y de sirvienta la otra.

Esponáneamente se manifestó la distribución del trabajo. Oliver se encardó del abastecimiento de pescado; don Pedro, aficionado a la caza, traía a menudo las aves que cobraba, con las "que luego era d primero en regalarse, a pesar de los consejos del doctor, que le recomendaba la alimentación vegetariana; el Conde tenía por misión ir en busca de frutas y tubérculos; Margarita e Isabel cocinaban y remendaban la ropa, en tanto que Juana lavaba y limpiaba. Todos hacían una

labor útil y se trataban como iguales. No había señores ni criados. Oliver había dejado de ser el marinero para convertirse en el compañero servicial, siempre dispuesto, valido de su fuerza, a ejecutar los trabajos más rudos y difíciles. Juana, ignorante y sumisa, seguía llamando a Isabel «mi amita», por la fuerza de la costumbre; pero de hecho la amita tenía que bastarse a sí misma y contribuir al trabajo común.

Alvar, con ingenio y paciencia, construyó toscamente mesa, alacena y taburetes. Con arcilla endurecida al sol, confeccionó cazuelas para cocinar y vasijas para el agua. Ayudado de Juana y Oliver, tejieron con fibras hamacas que les resultaron más cómodas y frescas, en aquel clima tropical, que los lechos de hojas secas. Y en previsión de una excursión alrededor de la isla, hicieron una vela para la lancha.

Los cocos, que tanto abundaban, les fueron de gran utilidad. El coco verde les ofrecía una bebida deliciosa y una pulpa delicada y suave; el maduro, pulpa dura agradable y muy nutritiva. Secando la pulpa al sol y luego exprimiéndola, obtenían aceite que les servía para diversos usos, entre ellos el de alumbrarse. Con la fibra que rodeaba la cáscara, fabricaron cuerda; y por último, la dura cáscara, pulimentada, la usaban como vasija.

Había en todos buena voluntad y deseos de ser útiles, aun en aquellos que, como Isabel, Margarita y el Conde, habituados a una vida fácil y ociosa desde que nacieron, el trabajo resultaba algo insólito. Poco a poco fueron adaptándose a aquel nuevo género de vida, si bien suspiraban de vez en cuando por la liberación que les devolviera a la vida civilizada.

El mayor placer para todos, era el baño, que temperaba el ardor de la sangre bajo el sol de los trópicos. Mañana y tarde dirigíanse a la cercana playa, de finísima y blanca arena de coral, y se introducían en las transparentes aguas nadando en competencia hasta los fronterizos cayos.

Se daba cuenta Alvar, con su agudo espíritu de observación, de los cambios que iban operándose en sus compañeros. Era evidente que nuevas inclinaciones se manifestaban en ellos. El Conde había dejado de interesarse por Isabel y mostraba más inclinación hacia Margarita. Esta, por su parte, ya no intentaba conquistar a don Pedro con sus miradas y sonrisas, aceptando, en Cambio, complacida, «las preferencias del Conde. Los ojos de Isabel se fijaban a menudo con insistencia en el rostro varonil y en los fuertes músculos de Oliver, sin que éste se percatara de ello. Don Pedro se consolaba del desvío de Margarita, pellizcando, cuando la ocasión era propicia, las carnes duras y cobrizas de la mestiza Juana.

Observando todo esto, sonreía complacido, pensando que allí, sin los convencionalismos ni los egoísmos impuestos por la sociedad civilizada, las inclinaciones individuales se manifestaban natural y espontáneamente. Pero en su sonrisa había algo de tristeza, al darse cuenta que no existía una cuarta mujer hacia la cual pudiera él sentirse atraído. Para mayor desdicha, no contando la isla más habitantes que ellos, no le cabía la ilusión de encontrarla algún día.

A cada atardecer, después de un día bien empleado en el propio sustento, reuníanse a comer en el cobertizo, siguiendo luego unas horas de solaz y entretenimiento. Oliver tocaba una

filarmónica, bailaba Juana danzas indias, cantaban Margarita e Isabel, que hacían un agradable dúo de soprano y contralto, narraba el Conde la historia milenaria de su ilustre familia, explicaba don Pedro cómo había acumulado sus millones... Alvar, por sus vastos conocimientos y múltiples viajes, siempre tenía algo nuevo que contar; y por si esto fuera poco, les entretenía con cuentos, chascarrillos y juegos de prestidigitación.

A menudo, deliberadamente, suscitaba discusiones,

Alvar.— Y bien, don Pedro, ¿ha encontrado ya el modo de colocar y hacer producir a sus dos millonajes?

Don Pedro.— Maldito de lo que me sirven en esta isla desierta.

Alvar.— Es deplorable, ¿verdad? No hay quien se ofrezca a trabajar a cambio de una retribución en metálico, ni quien tome dinero a interés, ni propiedades que hipotecar, ni bancos dedicados a remunerativas especulaciones. Es una isla ingrata para los capitalistas. Afortunadamente, se muestra más benigna con los que trabajan, y la prueba es que vivimos.

Conde.— ¿Pero llama a esto vivir?

Alvar.— Excúseme, olvidaba que la verdadera vida, a juicio de usted, consiste en diversiones continuas, grandes placeres, tener abundancia de todo, así de lo necesario como de lo superfluo, y no hacer ningún trabajo útil.

Conde.— Pues sí, doctor, sólo así se puede vivir plenamente.

–Alvar.– Lo malo es que esa vida plena se traduce a la larga, en hastío y enfermedades, sin contar que se cimenta en la vida, no plena, sino perra, de los que tienen que trabajar para asegurar la holganza de los buenos vividores.

Isabel.– Vida perra la que llevamos aquí.

Alvar.– Pues le sienta muy bien. Ha mejorado en salud y belleza. Su rostro, antes pálido, está sonrosado, y su carácter, ayer displicente por la maldita neurastenia, se ha dulcificado.

Don Pedro.– A propósito, en los seis meses que llevamos aquí, no me ha molestado el reuma.

Margarita.– Por el lado de la salud no estoy tampoco quejosa. Ya no siento desvanecimientos y ha desaparecido el malestar del estómago.

Alvar.– Y usted, Conde, ¿qué tal se siente?

Conde.– Poca diferencia, lo mismo que antes. Ya no sufro de jaquecas periódicas, esto es todo.

Alvar.– Es bastante. En cuanto a mí, esta vida semisalvaje ha normalizado mi sistema nervioso, desequilibrado por años de vida civilizada. Deduzco, por lo tanto, que no debemos estar quejosos de esta bendita isla, que después de salvarnos la vida, nos ha proporcionado los medios de mejorarnos física y moralmente por medio del santo trabajo y de la vicia sencilla.

Isabel.– Así y todo, le regalo la isla.

Margarita.— Ojalá pudiéramos salir de ella.

Conde.— Cuanto antes mejor.

Don Pedro.— Su isla... No le doy por ella dos pesos.

Alvar.— ¡Ingratos! ¿Qué sería de nosotros si en el inmenso desierto del mar no hubiéramos hallado a nuestro paso esta isla oasis? No sólo nos ofreció asilo seguro, sino que pródigamente nos sustenta. Pero, en fin, ya que tan mal se hallan en ella, lo mejor que pueden hacer es abandonarla.

Isabel.— Es algo difícil.

Alvar.— Nada más fácil. ¿Cómo está la lancha, Oliver?

Oliver.— En perfectas condiciones para la navegación con una vela y seis remos.

Alvar.— Ya lo oyen. Yo la quería utilizar para explorar la isla y sus alrededores, pero la pongo a su disposición para que abandonen esta tierra que les es tan poco grata.

Ninguno aceptó la oferta.

XVI. EL «ATOL»

En la última excursión que hizo Alvar al extremo Sur de la isla, subióse a un promontorio que avanzaba hacia el mar. La atmósfera era diáfana, limpia de nubes. Con sus gemelos oteó el horizonte. Hacia el Sudoeste, en la línea que separaba el cielo del mar, divisó leve mancha. Pensó primero que fuera una nube o un buque, pero notó que no se movía. Dejó pasar un buen rato y volvió a mirar: la mancha seguía en el mismo lugar. Ya no dudó. Se trataba de otra isla, quizá habitada.

De vuelta a Villa–Alegre, comunicó la nueva a sus compañeros, y tras larga y madura discusión, convinieron que Alvar y Oliver se dirigirían a dicha isla.

Colocaron la vela en la lancha, la aprovisionaron convenientemente y a la mañana siguiente se hicieron a la mar.

Desde la playa les despidieron los que se quedaban, no sin cierta tristeza, pues los que se separaban, aunque fuera sólo temporalmente, eran los elementos más activos de la pequeña comunidad.

–Procuren no demorarse en el viaje– les dijo Isabel.

–Y tráigannos buenas noticias– añadió Margarita.

Pasaron por entre los cayos y doblaron hacia la costa occidental, que fueron bordeando. La brisa, moderada, no les permitía navegar aprisa, teniendo que ayudarse a veces de los remos. A mediados de la tarde, levantóse un brisote que aceleró la marcha y les permitió descansar. Al oscurecer alcanzaron el extremo Sur de Coralina, dirigiéndose a tierra, donde pasaron la noche.

A la primera luz de la aurora luciéronse de nuevo a la mar. El viento Sur les favorecía. Hinchada la vela y fuertemente sacudida, hacía avanzar la lancha con un pronunciado cabeceo que llenaba de júbilo a Oliver.

–Si seguimos así, no tardaremos en llegar.

A medida que avanzaban, la isla se agrandaba. Ofrecía el aspecto de un monte bajo, casi tan ancho en la cúspide como en la base.

Alvar, desde la proa, miraba a menudo con sus anteojos. De pronto, le gritó a Oliver:

–Vira un poco hacia el Este.

–Nos desviaremos del rumbo.

–No importa. Veo algo interesante.

Pasó los anteojos a Oliver, que después de detenida observación, exclamó:

–Si no me engaño, es un Atol.

A los ojos de Alvar no tardó en aparecer un espectáculo maravilloso. Emergía del mar diminuta isla circular. La rodeaba, cual si fuera brillante cinturón, una playa de finísima arena coralina, que reverberaba al sol, y tras la playa, otro cinturón de palmas cimbreantes. En el centro, tranquila laguna de aguas claras reflejaba nítidamente el firmamento.

–Conocía el Atol por las descripciones que de él había leído; pero su belleza supera a toda descripción. Es sencillamente maravilloso– exclamó Alvar.

–Entre las islas Marquesas y Tahití hay centenares de estas islitas– dijo Oliver, –algunas habitadas por pescadores de perlas.

Dieron la vuelta, encontrando en la parte oriental una estrecha abertura. Plegaron la vela y a fuerza de remos penetraron en la laguna. La anchura de la faja circular de arena y palmas era irregular, teniendo en la parte más estrecha unos seis metros y quince en la más ancha. Las tranquilas y transparentes aguas de la laguna, dejaban ver en el fondo un extraño jardín, en el que corales y madréporas simulaban complicadas arborescencias y raras flores.

Atardecía y el viento fue decayendo, hasta quedar el ambiente en completa calma. Determinaron pasar la noche en el Atol. Al pie de una palma prepararon la comida. Disponían de plátanos, boniatos y coco. Oliver añadió pescado, que asó concienzudamente.

El disco del sol se hundía en el mar y sus postreros rayos envolvieron brevemente en una luz amarillenta la encantadora

isla. Alvar miró su reloj. Marcaba las seis. La puesta del sol le servía para regular la hora, pues en aquellas latitudes, durante todo el año el sol salía a las seis de la mañana y se ponía a las seis de la tarde.

El crepúsculo fue rápido y poco espectacular, por la ausencia de nubes y celajes.

Oliver, cansado por un día de ardua labor, tendióse bajo una palma y no tardó en dormirse. Alvar, sugestionado por el encanto del poético lugar, mantúvose en vela durante varias horas. Paseando por entre el palmar, le sorprendió la noche. La luna fue elevándose en el horizonte y su luz blanca, reflejada en la laguna y en la arena de coral, producía un efecto mágico. Sentóse en el suelo, recostado contra el tronco de una palma. Veía por un lado la laguna, por otro el mar, ambos envueltos en una luz difusa. Arrullábanle el susurro rítmico de las olas y el intermitente de las palmas. Suave sensación de bienestar le fue invadiendo. Sentíase una parte integrante de la naturaleza; parecíale que por el adquiría conciencia el mar, la brisa, las palmas, la laguna, los pequeños seres que habían formado la isleta. Se le cerraron los ojos y continuó soñando, sólo que ahora se veía convertido en una palma más, fuertemente adherido al suelo arenoso, produciendo ricos cocos que al madurar se desprendían y caían, convirtiéndose en cabezas humanas, con los rasgos más extraños, que rodaban sobre la arena, hasta sumergirse en la laguna...

Se sintió sacudido. Al abrir los ojos vio fute id a Oliver. Aclaraba y el Atol estaba como sumergido en una tenue bruma, que los primeros rayos solares despejaron.

Se bañaron en la laguna, desayunáronse con plátanos y saltaron alegres a la lancha. Una vez fuera del Atol, desplegaron la vela, navegando en demanda de la isla vecina.

XVII. MARUBA

El viento, poco propicio, alargó el trayecto. Al mediodía llegaron lo bastante cerca para apreciar su aspecto desde el mar. Estaba rodeada de un arrecife de coral, visible aunque cubierto por el agua, que durante la marea baja debía quedar al descubierto. Tras el arrecife se extendía la playa arenosa, y tocando ésta y a todo su largo bosques de cocoteros entremezclados con otros árboles. En el límite de los bosques, se levantaba como una barrera de rocas de coral, formando un macizo de alguna altura, en cuya cúspide se extendían más bosques de árboles con hojas de un verde subido y abundancia de flores parecidas a las del naranjo. El conjunto era sumamente atractivo, mezcla de belleza sencilla y serena majestad.

Observando la costa, habían descuidado el mar, no dándose cuenta, hasta tenerla muy cerca, de una rara embarcación tripulada por dos hombres casi desnudos, cobrizos, que les gritaban algo que no entendieron.

Plegaron la vela para detenerse. El bote que se acercaba era largo y estrecho, con un palo en el centro, cuyo extremo superior se unía a otro palo adherido al cual estaba la vela. El extremo inferior de este segundo palo se sujetaba en la proa. A cada lado del bote sobresalía un botante que tenía fijadas

piezas de madera de extremos puntiagudos, paralelos al frágil bote, prestándole estabilidad sin restarle velocidad.

Si exótica era la embarcación, no lo eran menos los ocupantes, jóvenes, robustos, de piel bronceada, con los rasgos característicos de la raza polinesia. Por toda indumentaria llevaban un corto faldellín hecho con las hojas largas y estrechas del pandanus (una especie de pino), que pendían muy juntas de un cinturón hecho de fibras. Adornaban brazos y cuello con brazaletes y collares hechos de conchas y dientes de pescados.

Los indígenas les dieron a entender, por señas, que si les seguían les llevarían a su poblado. Desplegaron de nuevo la vela. A las tres millas de costear, el bote viró, pasando sobre el arrecife, todavía cubierto. Siguió la lancha, yendo ambas embarcaciones sobre la playa, donde había buen número de indígenas, incluso algunas mujeres, con el faldellín de pandanus un poco más largo que el de los hombres y distinguiéndose además de éstos por llevar en la cabeza coronas de hibiscus de varios colores.

Todos miraban con curiosidad a los extranjeros, sin mostrarse impertinentes ni mucho menos temerosos.

Los dos indígenas del bote, convertidos en cicerones, les llevaron al cercano poblado, formado por unas doscientas chozas diseminadas sin orden en el bosque. Eran largas, de techo triangular, con paredes hechas de esterillas de pandanus. La puerta se abría hacia arriba y se mantenía levantada por medio de un palo.

Detuviéronse ante una choza, invitándoles a entrar. El interior estaba despejado; sólo se veían algunas esterillas que servían a la vez de asiento y de lecho, y multitud de cocos vacíos suspendidos de las paredes, que utilizaban como vasijas. En la parte trasera había un pequeño patio, limitado por una cerca baja de piedras de coral. Era a la vez cocina y corral de puercos. Estos abundaban en todas las casas y se les veía correr libremente por el bosque.

Sentado sobre una esterilla estaba un hombre, que se levantó al entrar los visitantes. Los indígenas le hablaron e inmediatamente exclamó en inglés, dirigiéndose a Alvar y Oliver:

–Wellcome!

Era alto, y aunque su piel, tostada por el sol y curtida por la intemperie, apenas se diferenciaba de la de los indígenas, los ojos azules, el pelo amarillento y los rasgos del rostro, le denunciaban como de la raza blanca.

Alvar, que hablaba el inglés, le interrogó:

–¿Es usted inglés?

–Irlandés.

–¿Náufrago?

–No. Desertor. Hace muchos años, tantos que perdí la cuenta, el buque en que yo iba como marinero arribó a esta

isla en busca de copra. Me gustó tanto el lugar y su gente, que dejé que el buque se fuera sin mí.

–¿No le pesó luego?

–Al contrario, cada día más satisfecho. Antes, mucho trabajo y mal trato; ahora, vida tranquila y cómoda. Tengo casa, mujer e hijos y una lancha para pescar y gozar de mi amigo el mar. La gente es buena y alegre, la existencia fácil. No hay que esforzarse para obtener cuanto es necesario.

–¿Visitan la Isla algunos buques?

–Muy de tarde en tarde, si acaso. Está fuera de las rutas marítimas.

–¿Como se llama?

–Los naturales le dan el nombre de Maruba.

A su vez el irlandés inquirió cómo habían llegado allí. Satisfecha su curiosidad, les recomendó que dado el número que eran de náufragos y entre ellos tres mujeres, lo mejor que podían hacer era continuar en Coralina. Luego les invitó a visitar al anciano que actuaba de jefe del poblado.

La choza del jefe únicamente se distinguía de las demás en que al lado de la misma había como una especie de altar, sobre el cual se veían ofrendas de cocos, pescado y otros alimentos.

–¿Qué significa esto?– preguntó Alvar.

–Aquí se depositan las ofrendas destinadas a los dioses y a los espíritus de los que murieron.

–Entonces, esto viene a ser el templo. ¿Y el sacerdote?

–No hay sacerdote.

–Me gusta la religión de esta gente. Debe ser económica y poco complicada.

En el interior de la choza bailaron al jefe, hombre ya anciano, tendido en una esterilla. Sentóse en otra esterilla el irlandés, hablando los dos amigablemente.

–El jefe os da la bienvenida y deplora no poderles atender personalmente. Hace días se cayó, lastimándose un pie, y no puede andar.

Alvar se acercó para examinarlo. En seguida se dió cuenta de que sufría una dislocación.

–Dígale que yo puedo curarlo.

Consintió el jefe gustoso en ponerse en manos de Alvar, quien arrodillándose, cogió el pie, sometiéndolo a dolorosas operaciones, que resistió aquél sin proferir una queja. Luego envolvió el miembro en una hoja tierna de plátano, sujetándola con fibras, recomendando reposo absoluto.

Durante la operación, Alvar observó que dos rostros femeninos asomaban por la puerta del patio. Llamadas por el anciano, entraron las dos mujeres. Ambas eran esbeltas y

graciosas, fisonomía expresiva, abundante cabellera azabachada, tendida hacia atrás, que les llegaba hasta los hombros, amplias caderas y senos turgentes, sobre los cuales caían collares de pulidas conchas. Su piel era de un color aceitunado, limpia y uniforme.

–Noroya y Nureya, las hijas del jefe– dijo el irlandés.

Solícitas a la orden del padre, trajeron pescado, mariscos, yuca, boniato y coco, que pusieron sobre una esterilla. Comieron Alvar y Oliver con apetito, sirviéndoles al terminar la deliciosa agua de coco.

Había obscurecido y el jefe les ofreció su casa para pasar la noche; pero prefirieron ir a descansar en la lancha, que encontraron en seco sobre la arena. La marea baja había dejado al descubierto una mayor extensión de la playa y los arrecifes de coral, que semejaban una barrera levantada para proteger la isla.

A la mañana siguiente observaron un espectáculo curioso: hombres, mujeres y niños acudían a la playa y desnudos se sumergían en el agua, nadando y jugando. Alvar y Oliver les imitaron. Luego se desayunaron, y en compañía del irlandés, que vino a buscarlos, volvieron a casa del jefe. Este se hallaba mejor, habiendo cesado los dolores y disminuido la inflamación. Alvar le puso una nueva hoja de plátano y le aseguró que dentro de poco estaría en condiciones de andar.

Pasaron el día en el poblado, observando a los indígenas. No estaban ociosos en las frescas horas de la mañana. Las mujeres dedicábanse a sus labores caseras, secaban la pulpa de coco y

extraían el aceite, que les servía para el pelo y para untarse el cuerpo; hacían cuerda con las fibras, tejían esterillas y cestos con las hojas de pandanus. Los hombres, salían unos a pescar y otros se quedaban a reparar y fabricar botes. El irlandés les explicó el proceso completo seguido en la construcción. Empezaban por tumbar el árbol elegido, desbastarlo y descortezarlo. Lo arrastraban hasta la playa, donde con azuelas de piedra iban ahuecándolo y modelándolo. Luego le colocaban las plataformas, el palo, la vela y los botantes de los lados. Para unir las maderas usaban la cuerda hecha con fibras de coco.

Al mediodía ceso toda actividad. La mayor parte de los indígenas tumbáronse sobre las esterillas de sus chozas, descansando plácidamente en las horas de más calor. Horas de calma y de silencio. Callaban los pájaros, callaba la brisa y las mismas olas, en la cercana playa, resbalaban más pausadamente, para no despertar al bosque dormido.

La vida y el movimiento empezó de nuevo cuando los rayos solares habían perdido su fuerza. Reanudaron los pájaros su algarabía, volvió a soplar la brisa bullanguera y las olas elevaron el tono de su eterna canción. La gente cobriza fue saliendo de las chozas, dedicándose a sus faenas, aunque no con la actividad de la mañana; y al atardecer, corrieron gozosos a la playa para sumergirse de nuevo en las templadas aguas, cantando o jugando unos, dedicándose otros a competencias de natación; todos alegres y dichosos.

Alvar, que les miraba complacido, exclamó:

–He aquí al pueblo que en vano busqué hasta ahora.

–Cree usted que son más felices que nosotros?

–Sí, hasta donde la naturaleza humana es compatible con el estado inconsciente de alegría, de contento, de ausencia de angustias y pesares que llamamos felicidad. Los civilizados no podemos gozar de ese estado. Nos hemos creado demasiadas necesidades, somos esclavos de demasiados intereses. Amargamos nuestro hoy por la vana conquista del mañana, sin darnos cuenta que tras el mañana está la muerte; y nos atormentamos estúpidamente con anhelos insaciables de poder, de riqueza, de sabiduría, que en resumidas cuentas sólo representan un estéril esfuerzo ele gozar ele lo que no puede producir ningún positivo goce, porque el hombre más poderoso es siervo de sus pasiones, el más rico esclavo de sus riquezas, y el más sabio comprende la insignificancia de lo que ha aprendido ante la magnitud de lo que ignora.

Oliver le escuchaba atento, aunque sin comprender de! todo, aventurándose a decir:

–Queremos más de lo que podemos.

–Has dicho una gran verdad, quizá sin darte cuenta. Queremos más de lo que podemos. En esto radica nuestro mal. Esta gente sólo quiere lo que puede, y por esto es feliz.

–Pero son salvajes.

–¿Y qué? ¿Vale acaso la civilización, nuestra civilización, el sacrificio de la felicidad?

Tímidamente, Oliver apuntó:

–Si se pudiera ser a la vez civilizado y feliz...

–Sería el estado perfecto, pero estamos lejos de él, porque nuestra civilización es incompleta. ¡Cuántos, viviendo dentro de un medio civilizado, están al nivel mental de los salvajes! Por ejemplo, tú, Oliver, ¿eres un civilizado?

–Me parece que sí.

–Bien, ¿y en qué te diferencias de estos salvajes?

–Qué sé yo... en tantas cosas.

–Veamos. ¿Sabes leer y escribir?

–Desgraciadamente, no. Mi familia era tan pobre, que de niño, en vez de ir a la escuela, tuve que ayudar a mi padre en sus trabajos de pescador.

–Consuélate: tampoco saben leer ni escribir los salvajes. ¿Tendrás tus creencias religiosas?

–Eso sí. Creo sobre todo en la Virgen María, cuya imagen, como puede ver, llevo siempre sobre mi pecho. Me salvó de más de un naufragio. Siempre que puedo le hago ofrendas.

–Los salvajes también usan amuletos y hacen ofrendas a sus dioses, ídolos, santos, como tú quieras llamarlos. ¿Admiraste y comprendiste las grandes obras de arte: cuadros famosos, esculturas perfectas, joyas arquitectónicas? ¿Gozaste oyendo

inspirada música o leyendo los mejores libros de literatura? ¿Te iniciaste siquiera en las maravillas de la ciencia o en las atrevidas sugerencias de la filosofía? ¿Conoces la historia del mundo o siquiera la de tu pueblo?

–Nada de eso sé.

–En idéntico caso están los salvajes. ¿Disfrutaste de un hogar cómodo y confortable? ¿Tuviste ocasión de alojarte en un gran hotel, viajar en primera, disponer de un buen automóvil, gozar, en suma de los beneficios materiales de la civilización?

Oliver hizo un signo negativo con la cabeza.

–Pues entonces, ¿qué ha representado para ti la civilización?

Siguió Oliver callado sin saber qué contestar.

–¿No lo sabes? Yo te lo diré: trabajar más rudamente que esos salvajes, con menos utilidad para ti que la que ellos obtienen; sufrir privaciones y miserias de niño; vejaciones y humillaciones de hombre. Dentro de la sociedad civilizada has sido un miserable, obligado a todos los deberes y casi sin ningún derecho. Y cuenta que hay todavía quienes son peor tratados que tú, otros más infelices, obligados a trabajos agotantes y a vivir en medios infectos, arrastrando una vida de tortura, muriendo prematuramente después de engendrar seres con el estigma de la degeneración, destinados a engrosar las filas de los viciosos y de los criminales. ¿Te das cuenta ahora de lo que significa nuestra brillante y magnífica civilización para la mayoría de los civilizados?

Oliver miraba a Alvar con los ojos muy abiertos. Jamás se le había ocurrido pensar aquellas cosas.

–Tiene usted razón. Al pobre, le valiera más ser salvaje que civilizado.

Los indígenas iban regresando a sus chozas, en alegres grupos.

–Míralos, Oliver. Viven su vida, y la viven bien. Ni se apuran ni se angustian, ni envidian ni ambicionan. ¡Que nuestra civilización no les turbe jamás!

XVIII. NUREYA

Llevaban dos semanas en la isla. Durante este tiempo la habían recorrido en todas direcciones. En la parte occidental, opuesta precisamente a la habitada, había una gran laguna formada por las aguas del mar; pero allí la vegetación era menor y no abundaban los cocoteros. La meseta que ocupaba la mayor parte de la isla, era una intrincada selva en la que con dificultad pudieron penetrar. Para ir de un extremo a otro de la isla, el camino mejor era la costa, sombreada en casi toda su extensión por los bosques.

Más que la isla, interesaban a Alvar sus habitantes, observando sus, costumbres sencillas y asistiendo a sus fiestas, terminadas todas en danzas y cantos.

Otros dos motivos habían ido retrasando la partida: uno era la curación del anciano jefe, primero de la dislocación del pie y luego unas calenturas

El segundo motivo tenía nombre de mujer: Nureya.

Nureya era la segunda hija del jefe. Ayudaba al doctor en las curaciones, y éste se había aficionado a sus sonrisas que dejaban al descubierto dientes menudos y blanquísimos, y a la mirada ingenua de sus grandes ojos negros. Era diligente y

dispuesta a complacer. El lenguaje vocalizado de los indígenas, hablado por ella, con su voz de contralto, adquiriría aún mayor dulzura y sonoridad.

A los ojos de Alvar, aquella pequeña salvaje reunía encantos, que por ser naturales y nada afectados, eran preferibles a los artificiales de las mujeres civilizadas.

Forzoso era volver a Coralina. Oliver le indicó que sus compañeros debían estar intranquilos por la larga ausencia. Substrayéndose a la atracción de Nureya, determinó partir.

Fueron a despedirse del jefe. Por medio del irlandés, que servía de intérprete, sostuvieron el siguiente diálogo:

–Mañana nos vamos.

– ¿No estáis contentos entre nosotros?

–Sí; pero debemos volver al lado de nuestros compañeros.

–Siento que os marchéis, pero si esa es vuestra voluntad, id en buena hora.

–Ya tendremos ocasión de volver.

–Siempre seréis bien recibidos.

Dirigiéndose directamente a Alvar, le dijo:

–Tú has sido bueno conmigo, curando mis dolencias. Quiero en recompensa ofrecerle un regalo.

Llamó a Nureya y tomando la mano derecha de Alvar, la colocó sobre el hombro izquierdo de ella, exclamando a la vez:

–Llévala, es tuya.

Nureya no hizo el más leve movimiento de protesta; al contrario, miró sonriente a su nuevo dueño.

–Si ella está dispuesta a ser mi compañera...

–Tu sierva– dijo ella.

–Sierva no, mi igual.

–Lo que tú quieras.

–Aguardad a marchar hasta mañana– suplicó el jefe, –para despediros esta noche con una fiesta.

En seguida dio las órdenes oportunas. A la vez se ocupó personalmente de escoger seis cochinillos, varias esteras y cestos, algunas docenas de huevos de una especie de golondrina de mar, abundantes en la isla, que utilizaban como alimento, y fruta en abundancia, todo lo cual fue colocado en la lancha. Por su parte, Nureya arregló» su breve equipaje, consistente de varias vasijas hechas de corteza de coco, llenas de brazaletes y collares de conchas y dientes de animales, varios faldellines de pandanus y un rollo de esterillas del mismo material.

Por la noche, frente a la choza del jefe se reunió el pueblo, formando un gran círculo, sentados los que estaban en primera

fila y de pie los colocados detrás. En una esterilla se sentaron el jefe, teniendo a un lado Alvar y al otro Oliver. En otra esterilla estaban la mujer y las hijas del jefe.

El primer número de la fiesta consistió en un canto monótono, dulce y rítmico, empezado por los niños, seguido por las doncellas y coreado por todos. Aparecieron después doce indígenas, llevando bastones de un metro de largo, que manejaban con destreza. Colocados en dos filas y evolucionando siempre, blandían unos el bastón, parando los otros el golpe, al son del tamboril. Terminado este número, que fue del agrado de la concurrencia, cuatro bailarinas ejecutaron una danza de movimientos sensuales, sin ser lascivos, parecida a la *hula-hula* de los Hawaianos. Volvieron aparecer los de los bastones, pero sin éstos, y efectuaron con las doncellas diversas evoluciones, acompañados de un coro de otras doce doncellas.

Terminada la fiesta fueron retirándose los concurrentes, cantando y riendo. La choza del jefe quedó a disposición de Alvar, que la ocupó aquella noche en compañía de Nureya.

Aunque no hablaban el mismo idioma, no tuvieron dificultad en entenderse. El lenguaje del amor es universal, y Nureya sabía hablarlo a maravilla, que no en balde era hija del trópico y bullía su sangre caldeada por la juventud y el sol.

A la mañana siguiente, cuando Oliver fue a buscarlos, halló a Alvar con semblante fatigado, aunque alegre, y a Nureya fresca y sonriente como siempre.

—¿Se pasó bien la noche?— preguntó con malicia.

–Perfectamente, ¿y tú?

–Muy bien, y acompañado.

–¿De quién?

–De mujer, desde luego, pero no la conocería si la viera a la luz del día. Hallábame en la lancha, ya casi dormido, cuando recibí la grata visita de una desconocida, que sin remilgos, y sin pedírselo, se me entregó.

–Alguna belleza indígena que se prendó de ti y no quiso dejarte marchar sin que supieras lo que es el amor aquí.

–Ahora sí que siento que nos vayamos.

–Pues ya no queda más remedio. Y lo más pronto mejor, para que no nos coja la noche en el mar.

Dirigiéronse a la playa, donde ya les esperaba el jefe y su familia, el irlandés y buen número de indígenas.

Penetraron en la lancha, desplegaron la vela y se alejaron saludados alegremente por los que quedaban en tierra.

El viento les fue favorable y al atardecer llegaron al extremo Sur de Coralina, donde pasaron la noche. Reanudaron la navegación al amanecer, a fin de rendir la jornada lo antes posible.

XIX. DE VUELTA

Cuando los que habían quedado en Coralina vieron que transcurrían los días y no volvían Alvar y Oliver, comenzaron a sentir cierta desazón, que llegó a convertirse en negro pesimismo. Tenían la convicción de que algo grave había sucedido a sus compañeros.

–Habrán naufragado y a estas horas yacen sus cuerpos en el fondo del mar– decía Margarita.

–Quizá hayan llegado a la isla y allí los indígenas los tienen secuestrados–aventuró Isabel.

–Si no se los han comido– añadió don Pedro.

–Yo pienso –aseguró el Conde– que algún buque los ha recogido y a estas horas estarán ya sanos y salvos en el continente, sin acordarse de nosotros.

–No diga eso, señor– exclamó Juana. –¿Cree usted que de encontrar un buque se iban olvidar de nosotros?

–Ni Alvar ni Oliver –corroboró Isabel– son capaces de dejarnos abandonados.

–Tampoco yo lo creo– apresuróse a decir el Conde, –pero ¿y si el capitán del buque se negó a venir hasta aquí?

Las palabras del Conde produjeron cierto malestar. Don Pedro levantó el ánimo diciendo:

–Aunque así fuera, no hay motivos de desaliento. Una vez en el continente, Alvar y Oliver darían a conocer nuestra situación, y en seguida el Gobierno chileno enviaría un buque a buscarnos, si antes mi administrador general no le tomaba la delantera. Si aquí nada valgo, afortunadamente sigo siendo para el mundo civilizado el multimillonario don Pedro Roncali.

Esta conversación la tenían en el cobertizo de la cabaña, desde el cual divisaban la ensenada; y precisamente al terminar de hablar don Pedro, vieron destacarse por la izquierda la lancha tan esperada, que con la vela hinchada iba acercándose rápidamente. Todos a una corrieron a la playa, gritando y gesticulando, introduciéndose en el agua para ayudar a dejar la embarcación en seco.

Quedaron sorprendidos al ver que Alvar y Oliver venían acompañados de la joven polinesia, que por todo vestido llevaba el faldellín de pandanus.

–Amigos, les presento a Nureya, el más bello producto de la isla hermana.

Isabel y Margarita se acercaron para mejor contemplarla; a su vez Nureya miró curiosa a las dos mujeres blancas.

Volvieron al cobertizo y allí Alvar satisfizo la natural curiosidad de sus compañeros, relatándoles lo más culminante de su viaje y estancia en Maruba.

Conde.— ¿De manera que la cercana isla está habitada?

Alvar.— Parece que sí, por la muestra de sus habitantes que me he permitido traer conmigo, para evitar toda duda.

Don Pedro.— Estando habitada, la visitará algún buque de vez en cuando, en el cual podamos embarcar.

Alvar.— Han transcurrido veinte años desde que tocó allí el último buque. Nos queda la esperanza de que en el transcurso de otros veinte, la visite otro.

Margarita.— ¡Jesús! Y lo dice tan tranquilo. Si supiera que tenía que pasar veinte años aquí, me moría de tristeza.

Isabel.— Veinte años en esta solitaria isla. ¡Qué horror!

Conde.— Antes me mata el aburrimiento.

Alvar.— ¡Que diga esto quien hizo del arte de aburrirse una noble ocupación! Precisamente ahora es cuando tiene usted menos motivos de aburrirse. Trabaja, piensa, se preocupa del porvenir.

Conde.— Porque no estoy satisfecho del presente.

Alvar.— Razón de más para no hastiarse de la vida. Cuando no estamos satisfechos del presente, nos queda el recurso de tratar de mejorarlo.

Margarita. – No veo cómo podemos mejorar el nuestro.

Alvar.— De manera muy sencilla: procediendo como si siempre tuviéramos que vivir en esta isla.

Isabel.— ¿Y qué hay que hacer para ello?

Alvar.— Aumentar nuestros medios de subsistencia y organizar la vida teniendo en cuenta no sólo las necesidades nutritivas, sino las sexuales. Con ello daremos satisfacción al instinto de la especie, a la par que nos procuraremos un goce natural.

Las crudas palabras del doctor hicieron ruborizar a las mujeres. Los hombres callaron, preocupados. Ante todos surgía un problema al que no habían dado solución: el de las relaciones entre seres de sexos opuestos que hacían vida común en una pequeña isla desierta.

Hubo un silencio largo y embarazoso.

Isabel.— ¿Y qué se propone hacer de esta joven salvaje?

Alvar.— Mi esposa. Pero no me lo propongo, ya lo es.

Margarita.— ¡Qué barbaridad! Casarse con una salvaje. ¿Y cómo se casaron?

Alvar.— Pues, sencillamente, uniendo nuestras voluntades... y nuestros cuerpos.

Isabel.— Pero esto no es moral, doctor.

Alvar.— Es natural. Donde hay naturalidad, y desde luego sinceridad, hay moralidad. Además, donde faltan cura y juez, ¿no basta la mutua voluntad para santificar y legalizar una unión? La vida exige alimento y amor, que son los sustentadores del individuo y de la especie. Hay que comer y hay que amar. No tengo necesidad de recomendarles el primer precepto, pero les invito a que me imiten en cuanto al segundo. Precisamente estamos ahora en magníficas condiciones. Somos tantos hombres como mujeres. Que cada oveja escoja su pareja. Yo ya tengo la mía.

XX. AMOR, FLOR DE LA VIDA...

Isabel estaba triste.

No era el recuerdo de los bienes que perdió lo que la entristecía. La vida ociosa, el goce de las riquezas, la vanidad de ser admirada por sus vestidos y sus joyas en fiestas y saraos, la constante pleitesía de una corte de galanes... nada de eso le importaba ya. Hallaba cierto vago placer en su vida activa, exenta de comodidades. Tostada por el sol, acariciada por la brisa marítima y fortalecida por el constante ejercicio, la delicada flor de invernadero convirtiéndose en espléndida flor silvestre, rica en color y aroma. Su cuerpo se había desarrollado, embellecido su rostro, dulcificado su carácter. Vestía corta sayuela que le llegaba a las rodillas, dejando al descubierto las desnudas piernas; ligero corpiño que mal tapaba sus duros y pequeños pechos; llevaba tendida la cabellera, sujeta por detrás con una cinta incolora. Sus joyas yacían olvidadas en un rincón de la choza, y toda su coquetería consistía en adornarse la cabeza con flores, al estilo de las doncellas de Hawaii.

Isabel estaba pensativa.

No era el Conde el objeto de sus pensamientos, ni le importaba el desvío que le manifestaba, en evidente Contraste

con sus anteriores atenciones, ni sentía celos por la preferencia que ahora demostraba hacia Margarita. Al contemplar la figura delgada y enteca del aristócrata, no podía menos de sonreír, extrañándose de que hubiera podido sentir cierta inclinación hacia él. Verdad que el pobre Conde ya no cubría sus flácidos miembros con los trajes impecables cortados por sabios sastres londinenses, ni podía utilizar los servicios de expertos peluqueros, masajistas y manicuristas que le convirtieran en el dandy de antes. Su actual indumentaria consistía de un raído pantalón y una camisa, que por comodidad y por falta de botones, quedaba abierta, mostrando su pecho hundido. Como único vestigio de su antiguo esplendor mundano, conservaba pendiente del cuello el monóculo, que utilizaba de vez en cuando para ver mejor, tomando una actitud en extremo cómica y risible.

En cambio, Oliver...

Al solo pensamiento de Oliver, Isabel sonreía y sentía disiparse la tristeza.

¡Oliver, cuán diferente del Conde! Fuerte, enhiesto; carnes duras y tostadas, músculos abultados; actitud varonil, decidido; parco en palabras, pero rápido en acciones; ignorante de bellas superfluidades, mas conocedor de muchas cosas útiles. La misma parquedad de su vestimenta, que sólo consistía de un pantalón, dejando al descubierto su fuerte busto, de pecho saliente y velludo, le hacía más interesante.

Y pensando en Oliver, sentía Isabel vagos anhelos...

La juventud y el trópico ejercían en ella su influencia. Experimentaba súbitos enardecimientos, seguidos de laxitudes enervadoras; momentos de alegría loca, tras los que sobrevenían otros de inexplicable tristeza, aunque plácida y más grata que la misma alegría.

Anhelaba... ¿qué?... No lo sabía. Algo grande, hermoso, intenso, que transformara su vida. Y ese algo vago, indefinido, le parecía que cristalizaba en Oliver. Por eso le sonreía, le seguía con la vista cuando le tenía delante, o pensaba en él, estando ausente.

Cierta tarde, Oliver se disponía a salir en una ligera canoa que había construido con el solo objeto de ir en busca de mariscos por entre los arrecifes y en los cayos.

Isabel se le acercó.

–Oliver.

–Señorita.

–¿Me quiere llevar?

–Con mucho gusto.

Ayudóla a saltar en la canoa. Al golpe de los remos, deslizóse ésta rápidamente, no tardando en llegar a los arrecifes. Oliver, con ojo experto, veía donde estaban incrustados los moluscos, arrancándolos y depositándolos en un cesto.

Mientras tanto, Isabel le interrogó, curiosa:

–¿Le gusta la vida que hacemos aquí, Oliver?

–No me disgusta. Por otra parte, no cabe escoger, y lo mejor es conformarse.

–¿No echa de menos a sus padres?

–Están acostumbrados a tenerme ausente, y quizá ya me den por muerto.

–¿Y a su novia?

–No tengo novia.

–Pero pensará tenerla.

–No digo que no. Por ahora es difícil que la encuentre.

–No tan difícil, Oliver.

Dijo estas palabras de manera tan mimosa e insinuante, que Oliver la miró sorprendido, bajando ella los ojos, ruborizada.

Habían llegado cerca del más pequeño de los cayos.

–Si saltáramos un momento en la islita Me encanta verme rodeada de agua.

–Como usted quiera.

Atracó y saltaron. El lugar era delicioso. Las lianas formaban tupidos doseles, bajó los cuales la hierba se extendía en mullido lecho, que invitaban al reposo o al amor. Era la hora

del crepúsculo, y paráronse a contemplar el espectáculo siempre atrayente del sol hundiéndose en el mar. Isabel, muy pegada a Oliver, le dijo quedamente:

–¡Qué bello! Parece que el sol y el mar se besan.

Cruzáronse sus miradas, e inconscientemente, sintiéndose mutuamente atraídos, enlazaron sus brazos, acercaron sus rostros y unieron sus labios en un beso apretado y largo...

Cuando ya de noche, volvieron a tierra, los ojos de Isabel tenían la dulce expresión del deseo satisfecho.

XXI. CADA OVEJA CON SU PAREJA

Tácitamente el ejemplo dado por Alvar con Nureya, fue seguido por los demás. En aquel medio agreste y libre, sin las trabas de los convencionalismos sociales, la naturaleza se impuso y los sentimientos amorosos se manifestaron espontáneamente. La frágil y delicada Isabel se sintió atraída por la robusta y sana juventud de Oliver. Se amaron ingenua y naturalmente, sin sentir la necesidad de decírselo a nadie, ni a nadie pedir permiso, y sin preocuparse de lo que los demás pudieran pensar. Los otros procedieron como si no se dieran cuenta, precisamente por la cuenta que les tenía.

Margarita, la tierna Margarita, dulcificó su viudedad y alegró la soledad en largos paseos por los lugares más agrestes, en compañía del Conde. Habíase efectuado en ambos una evolución muy común en quienes, imponiéndose por cálculo o interés una norma de conducta, haciendo caso omiso de los dictados del corazón, cuando el cálculo falla y el interés sucumbe, se dejan arrastrar por las más impetuosas pasiones.

Desde que enviudara, hacía algunos años, Margarita había dedicado todas sus gracias y coqueterías a la ardua empresa de conquistar el metalizado corazón de don Pedro. Se hizo la amiga íntima de Isabel, visitó asiduamente la casa del millonario, le dedicó lánguidas miradas y tiernas sonrisas, tuvo

con él provocados abandonos. Cuando fue invitada al viaje por el Pacífico, creyó llegado el momento de que tuvieran cumplida recompensa sus constantes simulaciones, pensando que, en constante intimidad con don Pedro, se presentaría la ocasión de obligarlo a un compromiso formal de matrimonio. De viuda de un glorioso general, se trocaría en la esposa de un glorioso multimillonario. Esto representaba para ella el convertirse en reina de la alta sociedad, ser admirada y adulada, llevar una vida fastuosa, tener ricos trajes, costosísimas joyas... y todo lo demás que proporciona el dinero.

Lo único a que no podía aspirar era a un amor puro y como tal desinteresado. Don Pedro, mucho más viejo que ella y carente de atractivo, como no fuera el de sus millones, ni siquiera estaba en condiciones de ofrecerle una torpe satisfacción carnal. Pero esto era lo de menos. Los cuartos de hora que le concediera de intimidad en su alcoba, representaba cada uno un millón. Valía la pena venderse, pagando tan bien el comprador, y con la garantía de un pacto matrimonial que lavaba toda culpa.

El caso del Conde era parecido. Noble arruinado, había llegado a Chile bien provisto de recomendaciones para los miembros de la alta sociedad, y muy especialmente para don Pedro. No hallando en Portugal una rica hembra que a cambio del título le aportara abundante dote, la fue a buscar a las Américas, tierra de millonarios hambrientos de títulos. Isabel fue la víctima propiciatoria. La halagó con palabra melosa, se hizo admirar por el corte de sus trajes y por lo aristocrático del gesto despectivo, la deslumbró con la explicación de su complicado árbol genealógico, en la que figuraban

diplomáticos, guerreros, obispos y un valiente salteador de caminos, fundador del ilustre linaje.

Invitado también al viaje, lo consideró como el preludio de la definitiva conquista de la rica heredera, en gracias pobre. No la amaba, ni lo consideraba necesario. Los momentos que le dedicara, también representaban para él millones; y éstos, vida regalada, liquidar las viejas deudas, dar lustre al escudo nobiliario y disponer de abundante dinero para el juego, el vino y las mujeres, las tres virtudes del linajudo Conde de la Garza.

En el yate, los dos aventureros, que al principio se miraban como rivales, porque ambos iban a la conquista de los mismos millones, acabaron por considerar solidarios sus intereses, teniendo cada cual un campo de operaciones distinto y comprendiendo que había bastante dinero para que quedara plenamente satisfecha la ambición de cada uno.

Pero sobrevino el naufragio y la vida precaria en la isla desierta. Al paso de los días y los meses, fue amenguando el interés por la conquista de los millones. La vida en aquel medio agreste obró el milagro de adormecer sus ambiciones y despertar los sentimientos naturales. Margarita ya no soñó en conquistar a don Pedro y el Conde abandonó la idea de enamorar a Isabel; y en cambio, los dos se sintieron atraídos. Habiendo traspasado ambos los treinta años y gustado de los placeres más picantes, en su mutua atracción influía cierto morbosismo sensual, ayuno de idealidad.

Don Pedro, que se vio olvidado de Margarita, y que no obstante sus cincuenta y ocho años se hallaba fuerte y viril,

para dar satisfacción a sus deseos no tuvo más remedio que acudir a la mestiza Juana, que dócil, pasivamente, sin pena y sin alegría, accedió a lo que le pedía como un deber más que cumplir.

Así fue como cada oveja tuvo su pareja. La existencia se les hizo grata y transcurrió el segundo año más apaciblemente que el primero, sin que echaran tan de menos los bienes y las comodidades de la civilización.

XXII. LAS ILUSIONES DEL DOCTOR ALVAR

Alvar construyó una pequeña cabaña, que ocupó con Nureya. Esta ocupábase diligente en las labores domésticas y tenía tiempo de sobras para relacionarse con las otras mujeres, aprendiendo con bastante rapidez el castellano.

Los demás continuaban viviendo en la misma choza, separados los hombres de las mujeres. Aparentando ignorar unos de otros sus clandestinas uniones, como si se avergonzaran de ellas. Es que en realidad les preocupaba todavía la idea de una próxima liberación. Aceptaban aquella existencia como transitoria. De creerla definitiva, de seguro procedieran con menos hipocresía.

Alvar, que se daba cuenta de la embarazosa situación de sus compañeros, y que no confiaba como ellos en que pudieran ser recogidos, estaba convencido que, al fin, con el transcurso del tiempo, las uniones se formalizarían y exteriorizarían libremente.

Dando esto por seguro, forjóse ilusiones acerca del porvenir. Cuatro parejas en la pequeña isla, podían poblarla en breves generaciones. El asunto se prestaba a serias reflexiones. ¿Por qué no intentar la formación de una comunidad modelo, de organización y mentalidad superior a la de los salvajes y sin las

máculas de la civilización moderna? Para Alvar, el mal de la civilización radicaba en que, al progreso extraordinario en lo material, no acompañaba un desenvolvimiento moral adecuado; a que el progreso material estaba al servicio de una minoría y respondía a meros afanes particulares de lucro, y que los adelantos en ciencia y artes, y en general los conocimientos y goces intelectuales, estaban igualmente reservados a unos pocos. ¿Puede llamarse realmente civilizada una sociedad en la cual los beneficios de la civilización sólo alcanzan a una pequeña parte de ella?

El momento y el lugar eran propicios para intentar la formación de una Arcadia feliz. Pero había que proceder con tacto. Debía empezar la labor desde ahora, en las cuatro parejas que constituían la base de las futuras generaciones. ¿Qué generación surgiría de individuos que por herencia y educación alimentaban hondos prejuicios, poseían características divergentes y estaban dotados de mentalidad muy distinta? La naturaleza de aquellos futuros progenitores no ofrecía, desde el punto de vista de la herencia, grandes perspectivas. En el elemento femenino, una viuda coqueta, una señorita vanidosa, una mestiza dócil y una polinesia salvaje; en el masculino, un millonario ambicioso, un noble cretino, un marinero ignorante y un doctor que no estaba satisfecho de su saber. Étnicamente, la raza blanca, más o menos pura, estaba en mayoría. Juana representaba a la indo-americana y Nureya a la polinesia. Probablemente en los ascendientes de don Pedro figuró algún indio araucano. Alvar, por su parte, descendía por línea materna de los contados cubanos que en Yateras se enorgullecen de poseer sangre siboney.

Los elementos eran heterogéneos, física y mentalmente. Puestos en el crisol generador, darían una aleación humana que manifestaría nuevas cualidades. Quizá no muy acentuadas en la primera generación. Era necesario que se multiplicaran las mezclas, y, sobre todo, que a los resultados de la herencia se añadieran los de la educación y los de un medio social que tuviera la virtud de aunarlos a todos con los lazos de una verdadera solidaridad. Para lograr esto, había que cimentar la comunidad sobre bases biológicas.

El ser humano obraba según se lo determinaban cuatro factores: la herencia, la alimentación, el medio físico y el social. Cuando por la acción de estos factores, o de algunos de ellos, se veía impulsado a actuar de manera contraria a lo que consideramos bien común, nada podían para impedirlo las reglas de la moral ni el imperativo de las leyes. Veía Alvar la prueba de ello en las sociedades civilizadas, que no obstante los siglos que llevan rigiéndose por normas religiosas, morales y gubernamentales, no se había desterrado de ellas el vicio y el crimen, no porque los hombres se entregaran a ellos voluntaria y deliberadamente, sino porque hacia esos males se veían impelidos tanto por impulsos internos como por influencias externas.

El ser humano, que psíquicamente está dotado de una personalidad, fisiológicamente representa una vasta comunidad de millones de células. Agrupadas en tribus, forman los tejidos encargados de cumplir las diversas funciones fisiológicas. Cada célula es un organismo completo, que se alimenta, crece y se reproduce. Está compuesta de micelas, organismos más simples, que desarrollan una actividad

continua de asimilación y descomposición, de estructura compleja, siendo muy sensibles a las condiciones del medio e influyéndose unas a otras.

Toda comunidad es el resultado de los individuos que la componen. Si en un pueblo dado abundan los viciosos y los criminales, ofrecerá las características de una colectividad anormal, y la vuelta a la normalidad sólo se obtendrá reformando a viciosos y criminales. Cuando un individuo, que es una comunidad celular, se comporta viciosa y criminalmente, o cuando es víctima de una enfermedad, hay que buscar los orígenes del mal en los tejidos celulares de que se compone, y sólo después de regenerar éstos, se regenerará el individuo.

Es una ley biológica que lo semejante atrae a lo semejante y engendra lo semejante. Se atraen los seres de la misma especie y engendran otro ser igual. La semejanza no es sólo en lo físico, sino en lo psíquico. De ahí que una pareja humana averiada por el vicio, maculada por el alcohol, degenerada por la miseria, al dar vida a un nuevo ser, junto con la forma específica, le transmite las anomalías físicas y psíquicas que son resultado de la combinada degeneración de los progenitores.

Analizando el ascendiente degenerativo de un dado ser humano anormal, Alvar encontraba como factores originarios la alimentación y el medio físico y social. De manera que el factor herencia, que indudablemente era de primaria importancia en el proceso degenerativo, en los ascendientes fue un factor secundario. Se puso mentalmente un ejemplo: Juan vicioso y criminal, era hijo de padres alcohólicos y mal

alimentados, que habían trabajado y vivido en un medio insano. La degeneración de aquél era fatal e inmodificable. Alimentación y medios sanos podrían quizá atenuar el estigma, pero seguramente no lo borrarían. Pero en los padres, sí pudieron borrarlo. Bastara que en vez de llevar una existencia miserable, trabajando y viviendo en un medio infecto, alimentándose de manera antinatural y saturándose de alcohol, hubieran acoplado la vida a las leyes de su propia naturaleza; y entonces el ser que engendraran estaría libre del estigma. El óvulo y el espermatozoide, elementos generadores, son un producto sintético de la comunidad celular, que reproduce las características de ésta.

Todo ser vivo gasta energías que indefectiblemente debe reponer. Esa reposición la lleva a cabo con el alimento. El alimento primordial lo obtiene del aire, por medio de la respiración, que le permite saturarse de elementos vitalizadores por excelencia. El segundo elemento lo constituye el agua y el tercero los alimentos sólidos o fluidos. La importancia gradatoria de las tres clases de alimentos, está demostrada por lo siguiente: podemos vivir semanas enteras sin comer, algunos días sin beber, pero sólo breves minutos sin respirar. De ahí que en el orden de importancia respecto a la calidad de los elementos alimenticios, figure en primer término la pureza del aire respirable. Vivir en una región malsana o en ciudades populosas, habitar casas carentes de adecuada ventilación, trabajar en talleres cerrados y en industrias que contaminan el aire, representa una intoxicación más o menos lenta, pero segura, que va minando los organismos. A su vez, el uso de aguas impuras y la ingestión de alimentos no apropiados a nuestra naturaleza, completan la obra

intoxicadora, causa directa de la degeneración celular y consecuentemente de la del individuo y de su descendencia.

Los seres están constituidos para vivir en un medio físico dado, fuera del cual están condenados a perecer. Por de pronto, todos los que pueblan este planeta, están organizados para subsistir en él. Pero dentro del planeta hay distintos submedios, y en consecuencia seres organizados para vivir bien en el mar, en el subsuelo, en la superficie terrestre o en el aire; y dentro de estos medios, hay aún otros que vienen determinados por latitudes, alturas e influencias de diverso orden. El hombre, desde luego, no puede vivir dentro del agua, ni habitar ciertas regiones muy altas en que el aire está enrarecido, o en otras muy frías o desoladas; y si bien es verdad que se adapta a ciertas regiones poco favorables, lo hace a costa de la salud y de la longevidad, motivando una degeneración en la descendencia.

Por su naturaleza íntima, el hombre es un ser social, esto es, que forma parte de una sociedad. Esta constituye para él un medio al cual debe la mayor parte de su desarrollo psíquico. De no vivir y desarrollarse en sociedad, sería un ser de inteligencia limitada, incapaz de progresar mentalmente. Desgraciadamente, el medio social ha seguido anormales desenvolvimientos. En las sociedades modernas, basadas en una organización económica en la que predominan el egoísmo y el interés individual, prosperan la miseria, el vicio y el crimen, que fatalmente causan la degeneración de los individuos y de la especie.

De todo esto deducía Alvar que había que procurar la regeneración del individuo colocándolo en un medio social que no fuera causa de degeneración. Ciertamente, la herencia era el factor transmisor de la forma y de las cualidades y defectos íntimos; y tratándose de «eres en extremo degenerados, no cabía esperar regeneración en ellos y en su descendencia. No era este el caso de los náufragos del «Cóndor». Degenerados sólo relativamente, podía obtenerse el mejoramiento de la progenie, sometiéndolos a una previa regeneración individual por la acción de la alimentación y de los medios físico y social. La regeneración por la alimentación era factible: abundaban las frutas y no disponían afortunadamente de intoxicantes, como el café, el tabaco y el alcohol. Gozaban de un medio físico en extremo favorable, de temperatura constante, vegetación perenne y atmósfera depurada por el ozono marino. Podían respirar aire puro en todo momento, bañarse con frecuencia y dedicarse a trabajos agradables, que proporcionaban ejercicio al cuerpo y entretenimiento al espíritu.

Lo más importante, para no malograr los beneficiosos efectos de la alimentación y del medio físico, consistía en dar a la nueva sociedad, que ya formaban en embrión, una organización básica tal, que sus componentes se sintieran mutuamente atraídos, haciendo depender el bien de cada uno del bienestar de todos. Creía Alvar que sería cosa fácil de lograr, contando con el concurso previo y favorable de los otros factores. No se trataba de reformar una sociedad adulta, con una fuerte raigambre de intereses individuales, instituciones arcaicas y profundos prejuicios; sino de crear una sociedad nueva y por lo tanto moldeable en troqueles más perfectos. Una sociedad ideal, cuyos componentes fueran

buenos debido a que por su naturaleza íntima no podían ser de otro modo.

La verdadera labor de organización debía comenzar en la nueva generación, labor principalmente educativa, de la que él se encargaría. Había que cultivar en los niños, junto con el sentimiento de la propia dignidad, el sentimiento de solidaridad y mutuo apoyo. La tierra de todos, de todos el producto del trabajo, con derecho cada uno al goce individual de lo que necesitara. Soberano cada uno de sí mismo, sin más limitación que respetar el igual derecho del semejante. Vida apacible y tranquila, con amplio margen para juegos, diversiones y demás inclinaciones individuales. Lo importante era que la ambición personal, causa de tantos males en las sociedades, se viera substituida por la ambición colectiva, esto es, que cada individuo se afanara por el engrandecimiento de la colectividad, teniendo el convencimiento de que así se beneficiaba individualmente.

Tales eran los proyectos de Alvar, levantados sobre la arena movediza de las ilusiones.

XXIII. EL BUQUE MISIONERO

No cesaba Alvar de recorrer y estudiar la isla, afanoso de conocer todos sus recursos para aprovecharlos debidamente. Había levantado un mapa, con la minuciosa descripción de las costas, montes, arroyos, etc., y señalando los lugares según sus cualidades. Tenía ya colecciones geológicas, botánicas y zoológicas, que enriquecía continuamente con nuevos ejemplares.

En uno de sus periódicos recorridos, llegó hasta el promontorio del Sur, magnífico lugar de observación, desde el cual, con ayuda de sus gemelos, divisaba el Atol y Maruba. Oteando el horizonte, como tenía costumbre siempre que llegaba allí, vio una ligera nube de humo, que se fue desvaneciendo, apareciendo al poco rato sobre la lejana línea del mar un buque de vapor.

Aquella visión, que para sus compañeros hubiera sido grata, le fue desagradable. ¿Iría el buque con rumbo a Coralina? De ser así, significaría la vuelta de sus compañeros a la vida civilizada y el derrumbe de las ilusiones que se había forjado. Notó que seguía una línea paralela, lo que significaba que pasaba de largo. ¿Debía permanecer impasible, sin intentar nada para llamar la atención del buque? Navegaba demasiado lejos para que fuera visible ninguna señal. Por la dirección que

llevaba, debería pasar muy cerca de Maruba y quizá se detuviera en la misma. En tal caso, se enterarían de la existencia de los náufragos, con la probabilidad de que intentaran recogerlos. La perspectiva no fue de su agrado, pero tuvo que aceptarla como probable.

Regresó caviloso. ¿Debía enterar a sus compañeros de lo que había visto? Prefería callar. No había necesidad de amargarles la existencia.

Les encontró reunidos en el cobertizo. Estaban en un momento psicológico de rememoración del pasado, que bastaba se manifestara en uno de ellos para que se extendiera a todos por contagio. ¡El pasado! Significaba la vida ociosa, con los goces a que estaban acostumbrados. Comparado con el presente, les parecía el paraíso perdido, al que anhelaban volver. Y, sin embargo, jamás habían gozado de mejor salud ni de mayor tranquilidad de espíritu; pero mentalmente no habían logrado adaptarse a aquella vida sencilla. Se reproducía en ellos el caso de la mujer caída en el vicio, que al encontrarse de improviso en un medio honrado, suspira por volver a la vida licenciosa de antes.

Dándose cuenta Alvar del estado de ánimo general, quiso intentar una reacción, hablando de la necesidad de obrar como si por mucho tiempo tuvieran que vivir allí, esbozando sus proyectos de dar origen a una pequeña comunidad modelo. Inmediatamente surgieron las protestas.

Margarita.— ¿Pero dice esto en serio, doctor?

Isabel.— Una locura, una verdadera locura.

Conde.— Debemos pensar sólo en nosotros.

Don Pedro.— Nada de utopías, doctor. Yo también tengo mi proyecto, que es más práctico que el de usted.

Alvar.— Veamos su proyecto.

Todos prestaron gran atención, a excepción de Nureya, que jugaba con un cochinillo domesticado, sin importarle lo que se hablaba.

Don Pedro.— Puesto que la montaña no viene a nosotros, nosotros debemos ir a la montaña. Quiero decir, que no viniendo ningún buque, debemos ir en su busca.

Alvar.— ¿Cómo?

Don Pedro.— Disponemos de una lancha...

—Margarita.— ¡Qué temeridad!

Conde.— No soy yo por cierto el que se embarca en ese cascarón de nuez.

Isabel.— Papá, por Dios, sería un suicidio.

Don Pedro.— Déjenme hablar. Todavía no he explicado mi proyecto. No se trata de que nos embarquemos todos. Bastaría que lo hicieran el doctor y Ol i ver, bien provistos de víveres para afrontar un viaje largo. Podrían dirigirse a los lugares frecuentados por buques, hasta avistar uno de ellos y proponer

a su capitán, con el aliciente de una generosa dádiva, que nos viniera a recoger.

Conde.— ¡Admirable!

Margarita.— Lástima que no se le ocurriera antes.

Isabel calló, mirando desolada a Oliver, que permanecía serio, sin dar muestras de asentimiento.

Alvar, sonriendo sarcásticamente.— Su proyecto es digno de tomarse en consideración, previa una modificación ligera y sin importancia. Yo me encuentro muy bien en esta isla y no tengo interés en abandonarla; por lo tanto, declino el honor de acompañar a Oliver, y propongo en mi lugar al Conde.

Conde, palideciendo.— No, no, de ningún modo, me encuentro bien aquí.

Alvar.— Entonces, podría ir usted, don Pedro.

Don Pedro.— Yo no sirvo. No entiendo de cosas de mar.

Alvar.— Y aprecia demasiado la vida, entendido.

Margarita.— ¿Y si fuera solo el bravo Oliver?

Oliver.— Si arriesgada es la empresa para dos hombres, lo es más para uno solo; pero si ustedes lo creen conveniente, lo intentaré.

Don Pedro.— Le pagaré espléndidamente.

Alvar, con indignación.— La vida de este hombre, por humilde que sea, vale más que todo lo que usted pueda ofrecerle, don Pedro. Si quiere él sacrificarse, déjele el honor del sacrificio, pero no lo mancille con la dádiva.

Don Pedro.— No ha sido mi intento humillarle.

Alvar.— Pero sí obligarlo por el interés del dinero, ese vil interés que lleva a muchos hombres a correr el albur de la muerte para divertir o beneficiar a otros.

Don Pedro.— Retiro la oferta.

Oliver.— Yo mantengo la mía.

Isabel.— Sería cruel dejar partir a Oliver. Puede perderse en el mar, acabársele los víveres, ser víctima de una tempestad...

Conde.— Pero hay que hacer algo. No vamos a pasarnos la vicia entera en esta isla.

Alvar.— Cuando uno no está dispuesto a hacer el algo salvador, lo mejor es callarse.

Siguió un largo silencio, que interrumpió don Pedro, exclamando:

—Bien, puesto que Oliver no se encuentra con ánimos de arriesgarse, continuaremos como hasta aquí, en espera que la muerte nos liberte.

No hacía mucha gracia a Oliver abandonarse a los peligros del mar en una frágil embarcación, cuando la vida en tierra le brindaba instantes de placer al lado de Isabel; pero viéndose directamente aludido, hubo de decir:

—He dicho que mantengo mi oferta. Prepararé y aprovisionaré la lancha para un mes de viaje. Dentro de dos días me haré a la mar.

Isabel le miró tristemente. Los demás, con excepción de Alvar, asintieron y le animaron. Al poco rato retiráronse todos a descansar, algo mohínos.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, dedicóse Oliver a reparar la lancha y su vela, en tanto las mujeres acumulaban los víveres necesarios.

Alvar trazó su plan. Una vez estuviera lodo preparado, embarcaría con Oliver y tomarían el rumbo de la isla vecina, donde tenía la esperanza de encontrar el buque que había divisado el día antes; en (aso contrario, liarían un breve recorrido por el mar, sin exponerse tontamente en beneficio ajeno.

Llegó el momento de la partida. La lancha estaba lista. Alvar anunció su propósito de embarcar y se situó en el timón, en tanto Oliver se disponía a desplegar la vela. En, la playa estaban agrupados los demás, con los semblantes graves. Pensaban que quizá sus compañeros iban a la muerte y se sentían responsables de la temeraria empresa. En los ojos de Isabel había lágrimas. Como contraste, tanto Alvar como Oliver se mostraban alegres y confiados.

En el momento de ir Oliver a soltar la vela, oyóse un largo y ronco pitazo que venía del mar.

Miráronse todos sorprendidos.

–No hay error posible– dijo Oliver, –es un buque el que ha pitado.

–¡Un buque, un buque!... –iban repitiendo a gritos, corriendo por la playa alocados, con demostraciones de intenso júbilo.

Unos querían correr al extremo de la ensenada, otros saltar en la lancha para dirigirse al mar libre. No tuvieron necesidad. Por la izquierda fue apareciendo la silueta de un trasatlántico, repitiendo su ronco pitazo. Avanzó hasta colocarse frente los cayos, donde detuvo su marcha y echó al agua el ancla. En la popa izó la bandera estrellada de los Estados Unidos. Al poco rato, vieron desatracar del buque un bote, que se dirigió rápidamente a tierra.

Las demostraciones de júbilo se repitieron por parte de los náufragos, con excepción de Alvar, que permanecía impasible.

Cuando el bote llegó a la playa, saltaron de él dos individuos, de grave continente y más que mediana edad uno, de maneras desenvueltas, bastantes menos años y risueño semblante el otro.

–El primero, que vestía el largo levitón cruzado de los clérigos luteranos, adelantóse y dijo en inglés:

–Creo no engañarme suponiendo que son ustedes los náufragos de que nos hablaron los indígenas de la cercana isla.

–Le felicito por su aguda penetración– contestó Alvar. – Efectivamente, nosotros somos los náufragos. Por mi parte, creo no equivocarme suponiéndole clérigo.

–Soy un Comisionado de la Gran Misión Evangelizados de los Estados Unidos de América y recorro estas islas del Pacífico para establecer Misiones donde todavía no las hay, para la salvación espiritual de sus moradores.

Alvar, dirigiéndose al otro individuo, le dijo:

–Perdone la curiosidad, ¿es usted el encargado de distribuir las biblias?

–No, señor. Soy agente viajero y socio de una importante fábrica de algodón de Nueva York.

–¡Ah, ya! Se encarga de vender a los indígenas convertidos, telas para que con ellas confeccionen sus taparrabos. Supongo que no vendrán a repartirnos biblias ni a vendernos telas, aunque de éstas tenemos alguna necesidad.

–Venimos a ofrecerles asilo en nuestro buque, para llevarlos a San Francisco.

Don Pedro apresuróse a responder:

–Aceptamos agradecidos, pero a condición de que me permitan pagar el pasaje de todos nosotros.

–Oh, no nos guía el interés...

–El señor –dijo el Conde, señalando al millonario– es don Pedro Roncali, el conocido magnate chileno, y todos nosotros viajábamos en su yate el «Cóndor», que se incendió hará dos años.

–¡Oh!–exclamó el clérigo. –Estoy verdaderamente encantado de conocerle y de serle útil.

–Vale usted muchos millones, querido señor –agregó el mercader.– Y rendimos un verdadero servicio a la sociedad civilizada al devolverlo a su seno.

–¿Cuándo podemos embarcar?– preguntó, impaciente, don Pedro.

–Cuando ustedes quieran.

–Pues ahora mismo. Permítanme tan sólo ir a recoger una maleta.

Salió corriendo y al volver sudoroso con la preciosa carga, Alvar saludó militarmente y gritó con estentórea voz:

–Rindamos honores a la maleta de don Pedro. Ha llegado al fin su hora,

–¿Qué significa esto?– indagó el mercader.

–En esta maleta –contestó Alvar– hay dos millones de pesos.

El yanqui se descubrió reverente.

Embarcaron en el bote, con excepción de Alvar y Nureya, que permanecieron impasibles en la playa.

–¿No viene, doctor?– le gritó don Pedro.

–Me quedo.

–¡Pero está usted loco!

–Prefiero ser náufrago del mar en esta isla, que náufrago de la civilización en el continente.

–Paréceme que comete una tontería, pero allá usted. ¿Desea que le mande algo?

–Gracias. Tengo de todo lo necesario.

–Le pediré al capitán municiones y pólvora para los dos rifles que ahí le dejo.

–Es inútil. No pienso matar a nadie ni de nadie temo el ataque.

–¿Libros?

–¿Para qué? ¡He leído tantos! El único que ahora me interesa es el de la naturaleza.

–Entonces, ¿nada desea?

–Sí: que se acaben de ir y que tengan una feliz travesía.

El bote, impelido por ocho remos, alejóse rápidamente de la orilla.

–Pobre doctor– dijo Margarita, –nunca estuvo en sus cabales.

–Hace bien en quedarse– agregó Isabel.– Mejor estará en la isla que en un manicomio.

Ya en el buque, desde la borda vieron como Alvar se alejaba de la playa, en compañía de Nureya, cuyo talle enlazaba con un brazo.

XXIV. ENTRE SALVAJES

Alvar y Nureya fueron por un tiempo los únicos habitantes de Coralina. La isla, con ser pequeña, les venía ancha. Alvar no se mostraba disgustado. Disfrutaba la mayor parte del tiempo de la soledad en plena naturaleza, que es el modo mejor de comprenderla y admirarla. Las horas que pasaba al lado de Nureya no le eran menos gratas, dedicándose a formar su joven inteligencia. No tardó en comprender, sin embargo, que muchos de sus esfuerzos se perdían, por no estar la muchacha en condiciones de apreciar sus enseñanzas, y tuvo que ponerse a tono con su mentalidad. Nureya, por su parte, se aburría en la soledad y le indicó que mejor estarían en Maruba. Comprendió Alvar que no debía sacrificarla y determinó complacerla. Un buen día embarcaron en la lancha, llevando todo lo que consideraron útil, y se dirigieron a la vecina isla, donde fueron bien recibidos. Construyeron su choza y se convirtieron en dos agregados más a la patriarcal tribu.

Dedicóse Alvar a estudiar con interés las costumbres de aquel pueblo primitivo. Pudo observar de nuevo que dentro de su estado salvaje, gozaban de la vida, sino con la intensidad y complicación de los civilizados, por lo menos con más naturalidad. Siendo limitadas sus necesidades, las satisfacían con facilidad. No tenían que esforzarse mucho para procurarse el alimento. Cocoteros, bananos y el árbol del pan, les

proporcionaban frutos abundantes. Por medio de un fácil cultivo obtenían boniatos, ñames y otras raíces comestibles. Hábiles navegantes en sus frágiles y sin embargo seguras canoas, se procuraban abundante pesca. Sobrábales el tiempo para las diversiones, dedicándose con fervor al baile, al canto, a las carrejas, regatas y juegos de pelota.

Vida tan fácil les había hecho confiados, alegres, generosos, frívolos y corteses. Alvar se identificó con ellos, aprendió su lenguaje, adoptó sus costumbres, llegando a ser en breve un salvaje más.

Salvaje en la vida material, que en la mental no podía dejar de ser el hombre civilizado, de inteligencia altamente desarrollada, atento a la observación y pronto al raciocinio.

En constante contacto con aquellas gentes, se afirmó su creencia de que era preferible, para la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu, un estado primitivo, al de una civilización incompleta y desequilibrada. Esta consideración le hizo desechar todo intento por su parte de modificar aquel estado primitivo, ni aun en aquello que pudiera significar un desenvolvimiento progresivo sano. Lo mejor era dejar que siguieran su propio proceso evolutivo, máxime cuando no se manifestaba en ellos la tendencia a dividirse en castas, origen en tantos pueblos salvajes de un desenvolvimiento nocivo. El aislamiento en que se encontraban, sin contacto con otros pueblos vecinos, exentos de la preocupación de agredir y ser agredidos, les ponía a cubierto de los dos grandes males que surgen de la guerra: el exceso de autoridad y la esclavitud.

Siguiendo sus naturales inclinaciones, pasaba Alvar más tiempo en la meseta que en el poblado. En aquella alta planicie, en muchos lugares tupida selva, halló la historia de la pequeña isla. Examinando la naturaleza del terreno, se convenció que contenía una crecida proporción de fosfato de cal. ¡Qué prodigiosa riqueza para los que tuvieran ocasión de explotarla! Riqueza oculta, obra milenaria de millones de seres, zoófitos y aves, en colaboración con la naturaleza.

Su mente reprodujo, en breves momentos, el largo proceso de siglos. Primero, la isla fue un banco de coral sumergido en el mar, del que emergió paulatinamente, ensanchando su base a la vez que se elevaba sobre la superficie líquida. Los pájaros marinos hicieron allí sus nidos. Durante siglos, millares de generaciones aladas se sucedieron, depositando en los huecos coralinos sus despojos orgánicos, que fueron acumulándose hasta cubrir por completo las rocas de coral, formando la meseta que ocupaba la mayor parte de la isla. El guano, o sea el detritus de las aves, se compone principalmente de ácido fosfórico y de nitrógeno; el coral contiene en gran parte cal: guano y coral en íntimo contacto, dieron origen al fosfato de cal, adquiriendo la apariencia de una piedra dura. Sobre ese terreno, cubierto de una ligera capa de tierra, empezó a surgir una débil vegetación, traídas las semillas por los pájaros y el viento, que fue creciendo al influjo fecundizante del sol, constante en su acción, dada la situación de la isla cerca de la línea del trópico.

Debajo de la vegetación y de la capa de tierra que la mantenía, yacía intocada la riqueza del fosfato, insoluble al agua. Centenares de siglos llevaba oculta. ¿Hasta cuándo

permanecería así? Su descubrimiento por los civilizados, sería la mayor maldición para los tranquilos habitantes de Maruba. Como buitres caerían los ansiosos de explotar en beneficio propio aquella riqueza, y se apoderarían de todas las tierras y esclavizarían a sus habitantes, para quienes ya no habría vida tranquila y libre.

Cultivaba la amistad del irlandés y mantenía con él largas conversaciones. Era un ente original, a quien veinte años de vida salvaje no habían despojado de ciertas preocupaciones. Se decía católico, aunque todo su fervor religioso se reducía a la adoración de San Patricio, del que conservaba una vieja estampa. Recordando la patria lejana, y sobre todo el pequeño lugar donde naciera y se criara, sentía estremecimientos que le humedecían los ojos. Era lo único vivo de su pasado civilizado. Todo lo demás no le interesaba, como si fuera cosa definitivamente muerta.

Por él supo Alvar que los misioneros, al visitar la isla, se habían atraído la confianza del jefe y de muchos nativos regalándoles chucherías. Habían prometido volver, con mejores regalos. Si efectivamente volvían, lo que tanto temía Alvar no tardaría en realizarse. Tras los misioneros llegarían los traficantes y los aventureros; sería descubierta la oculta riqueza de la isla y daría comienzo a la terrible era de la explotación.

Había transcurrido cerca de un año de la visita de los misioneros, y lo largo del período hizo exclamar al irlandés:

–Quizá se hayan olvidado de su promesa.

–Ojalá, pero no lo creo– contestó Alvar.

–Sería una desgracia que volvieran.

–Mayor de lo que usted se imagina.

–Si al menos fueran católicos...

–Protestantes o católicos, son una amenaza para la libertad y tranquilidad de esas gentes. Tras ellos vendrán los colonos explotadores del suelo y de sus habitantes, y junto con ellos, los soldados de su civilizada nación, dispuestos a imponer por la fuerza la sumisión completa de los nativos.

XXV. CREENCIAS Y COSTUMBRES DE LOS MARUBAS

El anciano jefe estaba sentado en una esterilla, casi en medio de la choza, en actitud meditativa, que interrumpía de vez en cuando para contestar a las preguntas de Alvar.

—¿Quieres saber cómo fue hecho el mundo? Oye la única verdad. El mundo era todo agua. No había lugar donde sentar los pies. Del fondo del mar fueron elevándose los corales y al traspasar la superficie quedaron formadas las islas. Nacieron los primeros hombres, pero como el cielo estaba casi pegado a la tierra, tenían que andar arrastrándose y por poco que se levantaran tocaban el firmamento. La Gran Araña tuvo compasión de ellos e hizo que el cielo fuera elevado hasta el lugar que hoy ocupa. Entonces los hombres pudieron caminar derechos e ir adonde quisieran.

Sin embargo, aunque su situación había mejorado, continuaron tristes, vagando errantes, sin anhelos y sin esperanzas. La Gran Araña se compadeció otra vez de ellos y les dio por compañeras a las mujeres.

Para comer sólo tenían los peces que ocultaban las aguas. El alimento era bueno, pero poco variado. Por tercera vez la Gran Araña tuvo compasión de ellos y creó el cocotero, el banano y los demás árboles frutales.

Los primeros hombres fueron convertidos en rocas de coral, pero ya habían fecundizado a las mujeres, que poblaron las islas. Con el tiempo, fueron tantas las criaturas humanas, que la vida se les hizo difícil.

Los más robustos se apoderaban de la pesca y de los frutos, dando esto origen a continuas querellas. Irritada la Gran Araña, alborotó las aguas y desató los vientos, barriendo las islas enormes olas, que arrastraron al mar a la mayor parte de las criaturas. Sólo dejó con vida a los habitantes de Maruba, nuestra querida isla, ordenándoles que la tierra y los lugares de pesca debían ser comunes y teniendo todos el mismo derecho a los frutos de los árboles.

Nosotros somos los hijos predilectos de la Gran Araña. Llegará un día en que los nacidos en otras islas, perecerán barridos otra vez por las olas del mar. Entonces, sólo quedaremos nosotros en el mundo.

Dijo estas palabras el anciano con tanta convicción, que Alvar ni siquiera se sintió tentado de sonreír ante tal cúmulo de fantasías. Después de todo, ¿era más cierta la cosmografía de cualquier religión o filosofía? Las mismas hipótesis científicas acerca la creación o el desenvolvimiento del mundo, ¿merecían más crédito?... Lo único razonable era pensar que todo, desde la simplista cosmografía del salvaje a la complicada del filósofo, no pasaban de ser meros intentos de explicar lo inexplicable.

—Y la Gran Araña— inquirió, —¿dónde mora?

—En la obscura caverna donde se oculta el sol.

–¿Vive siempre?

–Siempre, tejiendo su tela sin fin, que envuelve el mundo y lo sostiene.

–¿Existen otros seres superiores además de la Gran Araña?

–Los espíritus: buenos unos, malos otros. Estos últimos se conquistan con ofrendas.

–¿Y qué cosa es un espíritu?

–El viento, el fuego, el rayo, el trueno, son espíritus. En los árboles, en las rocas, en el lago, en el mar, en las nubes, moran espíritus.

–En los hombres, ¿moran también espíritus?

–En cada uno de nosotros hay un espíritu, que cuando morimos vaga errante, hasta que se incorpora al viento, al mar o a otro elemento.

Intentó adquirir algo acerca el pasado de aquel pueblo primitivo, pero las noticias del anciano jefe eran tan pobres y vagas, que bien podía decirse que era un pueblo sin historia. La tradición se perdía al remontarse a las tres generaciones anteriores, y se reducía a incidentes de escasa importancia. Viviendo aislados, sin contacto con otros pueblos, y sin temor de ser atacados, la casta guerrera no había tenido ocasión de manifestarse. De creencias religiosas muy simples, de escasa tradición y gozando en general de buena salud, no existía la necesidad de curanderos, exorcistas, magos o brujos, faltando

en consecuencia las causas que dan origen a la casta sacerdotal. Disponiendo de alimentos en abundancia, por la profusión de árboles frutales, lo que hacía innecesario el cultivo de la tierra, no se vieron tentados de parcelarla, reduciéndose el derecho de propiedad a la posesión de una choza y de los efectos de uso personal. Exentos de las querellas que provocan la oposición de intereses y las pasiones morbosas, vivían todos en buena armonía; la autoridad del jefe era más nominal que efectiva y el cargo siempre recaía en el más anciano de la tribu, asesorado por un consejo de ancianos. Era realmente un pueblo feliz, que ponía en evidencia que los hombres podían vivir en paz y armonía cuando no existían los factores que exacerban las pasiones de ambición y dominio.

En sus relaciones sexuales reinaba la más amplia tolerancia. La mujer soltera podía entregarse, sin desdoro y sin que fuera obstáculo para contraer matrimonio. El mismo adulterio era considerado como una leve falta. Estas costumbres libres, evitaban querellas y aun crímenes pasionales. Alvar, no obstante su carencia de prejuicios, costábale trabajo adaptarse a semejante libertad amorosa, y más de una vez tuvo que recurrir a un gran esfuerzo de voluntad para no protestar de ciertos deslices que observaba en Nureya, que hubieran podido ser compensados por su parte correspondiendo a las insinuaciones que le hacían otras mujeres. Comparando las relaciones sexuales de aquella gente con las de los civilizados, llegó a comprender que no era tan grande la diferencia. Todo consistía en que los marubas obraban sin hipocresía, en tanto que muchos civilizados condenaban en público lo que practicaban en privado, con la agravante de que luego esa contradicción entre lo que se predicaba como moral y se

practicaba como agradable pecado, daba origen a una exacerbación de pasiones que conducían al vicio y provocaban el crimen.

¿Qué era preferible? Alvar no podía decidirse. La educación y la herencia ejercían en él su dominio, a pesar de que se creía libre de prejuicios. Razonando en un plano superior, estimó inferiores las relaciones de los marubas, pero a la vez consideró hipócritas las de los civilizados. Lo superior en las relaciones amorosas, debía consistir en la mutua fidelidad del hombre y de la mujer, con la plena libertad de suspenderlas o romperlas al no poder mantener dicha fidelidad.

Fue inútil que tratara de inculcar esos sentimientos en Nureya. Se mostró ingenuamente refractaria.

Por más que, para ponerse a tono con aquella respetable sociedad salvaje, hacía como que no se daba cuenta de los deslices de Nureya, en cierta ocasión tuvo que poner a prueba su ecuanimidad. Al penetrar en la choza, a poco de haber salido para una excursión, con la intención de coger los anteojos que había dejado olvidados, encontró a Nureya en gran intimidad con Ayabo, un joven indígena de arrogante presencia. No se inmutaron, al contrario, le recibieron con sonrisas. Alvar acercóse al intruso y le descargó un fuerte puñetazo. Fácil le hubiera sido al indígena, de gran fuerza y corpulencia, contestar a la agresión; pero se contentó con cargar sobre sus hombros a Alvar, como si fuera un fardo, y salir corriendo hasta dejarlo en una cercana choza, donde vivía. Después de decir unas palabras a su mujer, agradable y joven maruba, salió Ayabo dejando allí al doctor.

La mujer le invitó a sentarse a su lado en la esterilla, sonriéndole y restregando su rostro con el de él, como una gatita mimosa. Alvar acabó por sonreír a su vez. Lo que había empezado por lo trágico, finalizaba cómicamente, después de un paso burlesco. Hacía mal en incomodarse. Aceptó las caricias y las devolvió, para no sentar plaza de descortés.

Desde aquel día quedó curado de celos y dejó libre a Nuieya, considerándose libre él también. ¿Cuántos matrimonios civilizados no hacían lo mismo?

XXVI. LOS MISIONEROS

Al fin sucedió lo que tanto temía. Volvió el buque de la Misión americana con un cargamento de biblias y gran número de bagatelas, religiosas y profanas, destinadas a atraerse los nativos. Desembarcaron los misioneros y con ayuda de la tripulación empezaron a levantar una gran casa de madera, que traían ya dividida en partes, teniendo sólo el trabajo de ajustarlas.

Acercóse Alvar al jefe misionero que dirigía los trabajos y le preguntó:

–¿Cuenta usted con la aprobación de los nativos?

–Me basta la de Dios.

–¿Cuál?

–¿Cómo cuál? Mi Dios. El Dios de misericordia y de bondad, el Dios creador del cielo y de la tierra. El Dios cristiano, el verdadero Dios.

–Sabe usted poner de manifiesto las excelencias de su mercancía.

–¡Caballero!

–Pero permítame decirle que, respecto a mí, es innecesario. Conozco el paño.

–Supongo que será usted cristiano.

–En punto a creencias religiosas, soy sencillamente octaviano.

–¿Qué religión es esa?

–La de Octavio, servidor de usted.

–Acabemos, caballero; me hace perder lastimosamente el tiempo.

–Más pierde en sus sermones, permítame unas palabras para terminar.

–Le suplico sea breve.

–Ustedes vienen hacer aquí una mala obra. Esa gente vive tranquila y feliz, con sus creencias primitivas y su existencia sencilla. ¿Para qué amargarles la vida con ideas religiosas que no entienden y complicarles la existencia con necesidades que hoy desconocen?

–Venimos a salvar sus almas y a civilizarlos.

–La salvación se convertirá en degradación y la civilización en esclavitud.

–¿Usted, un civilizado, se atreve a decir esto?

–Perdone, en la actualidad soy un ex Civilizado. Prefiero el salvajismo pacífico de esta gente, a la civilización bárbara y violenta que impera en América y en Europa.

–Aunque nuestra civilización no sea perfecta, es mejor que el salvajismo de esos isleños.

–Para ellos es peor. La civilización que los pueblos llamados superiores pretenden imponer a los considerados inferiores, se traduce para éstos en esclavitud moral y material. Con el pretexto de cristianizar lo que se hace es explotar.

–¡Explotar nosotros, que hacemos del sacrificio personal nuestra norma de conducta!

–Ustedes explotan las conciencias, con sacrificio, y tras ustedes vienen los que, sin sacrificio, explotan los cuerpos.

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se alejó.

Fuese en seguida a ver al irlandés.

–Ya están los misioneros de vuelta.

–Son gente que siempre cumple sus palabras. Si al menos fueran católicos...

–Hay que tratar de impedir que se establezcan definitivamente.

–Lo veo difícil.

–Por de pronto, vamos a ver al jefe, para explicarle los peligros a que expone su pueblo si los consiente.

Hablaron con el anciano, que se limitó a escuchar, prometiendo reunir por la noche al Consejo para deliberar.

Asistieron al consejo los ex civilizados, que expusieron sus puntos de vista. Por desgracia, Alvar, sin dominar lo suficiente el idioma, no pudo ser lo explícito y elocuente que hubiera deseado. La mayor parte de los allí presentes, habían sido previamente obsequiados por los misioneros y, naturalmente, les estaban agradecidos. Uno de los ancianos expresó el sentir general con estas palabras:

–Los misioneros son buena gente. Nada nos piden y en cambio nos dan. Se ofrecen a enseñarnos cosas útiles y buenas. No vienen con carácter agresivo, sino amistoso. Negarles asilo sería una falta de consideración por nuestra parte. Dejemos que edifiquen su casa y que vivan tranquilos entre nosotros. Si vemos que luego abusan de la hospitalidad que les ofrecemos, ya tendremos ocasión de echarlos de nuestro seno por ingratos.

–Anciano– objetó Alvar, –tras éstos que dan y no piden, vendrán los que piden y no dan, y luego los que toman sin pedir y de contra aniquilan al que protesta.

–Cuando vengan los que tú dices, obraremos en consecuencia. Cada cosa a su tiempo.

–Hay cosas que hay que impedir que sucedan, porque luego es tarde.

Suplicó el jefe que salieran Alvar y el irlandés, y el Consejo quedó deliberando. Al concluir, les Comunicaron que no habían hallado motivos para negar a los misioneros la hospitalidad que pedían.

Retiráronse. El irlandés, furioso, repetía entre dientes:

–Misioneros protestantes... Si al menos fueran católicos.

–Lo que los indígenas no quieren hacer, podemos intentarlo nosotros– insinuó Alvar.

–¿Cómo?

–Muy fácilmente. Sígueme.

Caminaron silenciosos hasta llegar frente la casa de la Misión, ya levantada en un claro del bosque. Todavía no estaba habitada, faltando pintarla y amueblarla. En dos tiendas de campaña cercanas, estaban descansando los misioneros y marineros.

La noche, sin luna, favorecía los designios de Alvar.

Penetraron en la casa por una ventana y acumularon en varias habitaciones ramas y hojas secas, prendiéndole fuego, ocultándose en seguida en el bosque. En breve la casa fue pasto de las llamas, convirtiéndose en una hoguera. El vivo chisporroteo y el intenso resplandor hicieron levantar despavoridos a los que descansaban en las tiendas. A la vez acudieron los habitantes del poblado, que con sus gritos y correrías daban la impresión de una legión de poseídos. Del

buque vinieron marineros con extinguidores químicos, pero cuando llegaron ya la casa era un montón de maderos carbonizados.

XXVII. DESTERRADO

Se hizo evidente que el incendio había sido provocado. Los misioneros lo atribuyeron en seguida a Alvar, acusándole ante el anciano jefe. Alvar no lo negó, asumiendo toda la responsabilidad, para descartar al irlandés, que en realidad había obrado por sugestión suya.

Reunido el Consejo de ancianos, juzgó la acción violenta de Alvar, quien en su descargo arguyó que había querido hacer un bien a los marubas, impidiendo que los misioneros sentaran allí sus reales. Como no se daban cuenta del peligro que les amenazaba, atribuyeron a otros móviles la acción del doctor y lo condenaron a ser extrañado de la isla, pudiendo ir a vivir a Coralina.

Alvar preparó la lancha y se dispuso a partir. Antes le llamó el jefe, diciéndole:

–Siento que te vayas, pero tú tienes la culpa.

–Mi culpa es la de todos los que recurren a un pequeño mal para evitar otro mucho mayor. No me arrepiento. Vosotros sí os arrepentiréis de no haberme escuchado.

–Tienes derecho a llevar contigo a Nureya.

Esta, que estaba presente, miró con ojos tristes a Alvar.

–¿Estás dispuesta a venir conmigo?

–Haré lo que tú ordenes.

–Yo no te ordeno nada. Eres libre de venir o quedarte.

–Iré contigo– musitó con débil voz.

–Sería un sacrificio demasiado grande para ti. Quédate.

Dirigióse solo a la playa. Vio al pasar como los indígenas ayudaban a los misioneros en la construcción de una nueva casa.

–¡Pobres diablos! Están ayudando a fabricar la soga que habrá de ahorcarles.

Hizose a la mar. Estaba triste y decepcionado. Se le castigaba por haber querido hacer un bien y recibía el castigo de manos de los mismos a quienes quería salvar. No era un caso nuevo. Todos los redentores salían malparados en sus intentos de ajena redención. Antes de Jesús y después de Jesús. Se consoló pensando que no había salido tan mal de la inútil empresa. Era preferible el destierro a la crucifixión.

La brisa marina fue disipando sus tristes pensamientos. Una temporada en la soledad de la naturaleza, no le vendría mal. Obraría como un sedante. Pensó en Nureya. A pesar de sus infidelidades, le tenía cariño y hubiera aceptado de buen grado su compañía. Comprendió que él significaba poco para ella. La

disculpó. Le doblaba la edad y era además un extranjero; distintas sus mentalidades y sus sentimientos, No podía existir entre ellos una verdadera reciprocidad amorosa. Bien había hecho en no obligarla a seguirle.

Al llegar a Coralina, se instaló en la choza que antes ocupara. Hizo la vida solitaria y laboriosa de un nuevo Robinsón. Alternaba la búsqueda del alimento y la ejecución de algún trabajo de construcción, con los estudios geológicos, botánicos y zoológicos. Como espectáculos atrayentes, cautivadores del espíritu, tenía diariamente las puestas de sol, la contemplación del mar y del cielo estrellado. Cuando se cansaba de recorrer la isla, pedía una variación al mar, dirigiéndose al cercano Atol, gozando allí de las claras noches de luna.

El lugar era propicio a la evocación del pasado. Mientras las olas y la brisa susurraban su canción, otra canción se elevaba en su interior: la canción de los recuerdos. ¿Qué sería de sus compañeros de naufragio, la frágil Isabel, la arrogante Margarita, el insubstancial Conde, el ambicioso don Pedro, el bravo Oliver, la dócil Juana? Una porción insignificante de humanidad, incluyéndole a él, que con sus ansias y hastíos habían vivido unos meses en la solitaria isla, para no dejar más rastro que unas chozas abandonadas.

A veces sentía impulsos de llegar hasta Maruba y observar de incógnito lo que allí pasaba... Pero, ¿qué le importaba ya la suerte de aquella pobre gente?

¿Y Nureya?... A su pesar, pensaba en ella. Sentía la atracción de su cuerpo gentil, de su mirada serena, de su sonrisa

ingenua. ¡Frágil naturaleza! Toda su filosofía de hombre superior, que se cree por encima de las pasiones, no bastaba a borrar la bella imagen.

Una noche, tendido en la esterilla que le servía de lecho, esperaba en vano el sueño. Se sentía desvelado y algo febril. Leve ruido de pasos le hizo incorporar. ¿Quién podía ser, si nadie más que él habitaba la isla? Por la senda que conducía a la choza, que dejaba ver la puerta abierta, sobre el fondo de poético paisaje lunar, vio avanzar una sombra. Levantóse de un salto, exclamando con alegría:

–¡Nureya!

–Aquí me tienes– dijo ella, entrando.

La estrechó entre sus brazos y la hizo sentar a su lado.

–¿Cómo viniste?

–En el bote de mi padre.

–¿Sola?

–Sola.

Observó que ya no usaba el faldellín de pandanus. Vestía ahora una especie de túnica, de tela floreada, que le llegaba hasta las rodillas. Los collares de dientes y conchas habían sido substituidos por otros de abalorios; los brazos estaban adornados con aros de metal dorado y en los dedos brillaban sortijas con piedras falsas.

–Vienes cambiada.

–Es que me voy civilizando– contestó, riendo.

Le pidió noticias de Maruba. La isla y sus habitantes habían sufrido notables cambios en los meses transcurridos desde que Alvar saliera de allí. Con los misioneros habían venido hombres que recorrieron la isla en todas direcciones, haciendo excavaciones y analizando el terreno. Se fueron para volver al poco tiempo, haciendo tratos para explotar la meseta, que decían contenía un material por ellos muy apreciado y que para los indígenas no tenía valor. Descargaron dé un gran vapor muchos efectos y ya estaban haciendo los trabajos de instalación de maquinaria, almacenes y oficinas para la explotación del fosfato. Se había edificado un hotel y abierto un establecimiento donde se vendía de todo y de todo se bebía. Abundaban los extranjeros. Los indígenas trabajaban y se divertían menos, pero gozaban de un nuevo y momentáneo placer para ellos antes desconocido: la embriaguez. La civilización empezaba a dejar sentir sus efectos.

Nureya se cansó pronto de hablar. Estaba rendida por la travesía del mar. Se tendió en la esterilla. La luz de la luna le daba en el rostro. En sus labios había una sonrisa y en sus grandes ojos negros una muda invitación...

Al despertar Alvar a la mañana siguiente, buscó con la mirada a Nureya. No estaba allí. Salió de la choza llamándola a voces, no obteniendo respuesta. Corrió a la playa. Más allá de los cayos una embarcación navegaba con toda la vela desplegada. Nureya, de pie, le daba el adiós agitando los brazos.

Volvió desolado a la choza. Entonces reparó que Nureya había dejado allí un frasco de whisky.

–El regalo de la civilización– exclamó en alta voz.

Lo cogió, arrojándolo con rabia en el suelo.

XXVIII. LIBERTAD Y NOSTALGIA

Periódicamente fue Nureya repitiendo sus visitas al desterrado, endulzándole la soledad con sus ardientes caricias. Permanecía a su lado dos o tres días, partiendo cuando empezaba a invadirla la nostalgia. Por ella estaba al corriente de los notables cambios que iba experimentando Maruba y su gente. La explotación del fosfato iba en su auge creciente. No siendo suficientes los nativos para el trabajo, habían traído culís chinos. Algo distante del poblado indígena, se levantaba el caserío de los blancos, con bellas residencias.

Alvar notaba, disgustado, que la transformación de Nureya era cada vez más acentuada. Su modo de vestir y su tocado se complicaban; había más malicia en sus ojos, más soltura en sus modales; gustaba del licor, estropeaba su dulce habla. Con vocablos ingleses mal pronunciados.

–Va no eres la misma– solía decirle Alvar.

–Es que me voy civilizando. ¿No te gusto más ahora?

–No; me gustas menos.

Instábala inútilmente a que se quedara. La vida civilizada fascinábala con sus espejismos. Admiraba a las mujeres blancas

que habitaban Maruba, esposas e hijas de los altos empleados yanquis de la Compañía explotadora del fosfato, y trataba de imitarlas en sus modales. Como hija del jefe indígena, tenían con ella ciertas consideraciones; y por su juventud y belleza exótica, merecía la atención de los hombres blancos.

Alvar comprendió que era inútil insistir en que se quedara a su lado. Bastante hacía con no olvidarlo por completo. La civilización la atraía como el brillante foco de luz a la incauta mariposa; y como ésta, corría el peligro de que se quemaran sus alas.

Cuatro años pasó Alvar en Coralina, solitario, salvo los breves y espaciados períodos en que Nureya le acompañaba. Era el único lazo que le unía a sus semejantes, lazo tan frágil, que en cualquier momento podía deshacerse. Su misantropía iba en aumento. La misma compañía de Nureya, pasados los primeros momentos de expansión sensual, le era indiferente y deseaba se alejara y nunca más volviera.

Solo, solo en la isla, dueño absoluto de sus acciones, sin relaciones con otros semejantes que limitaran su libertad; sin miradas indiscretas que le atisbaran, sin bocas chismosas que le difamaran; sin leyes que le coartaran... Libre, plenamente libre, precisamente porque estaba solo. La sociedad representaba siempre la abdicación, voluntaria o forzada, de la propia soberanía.

Pero su caso era excepcional. El hombre, animal esencialmente gregario, a la sociedad debía el desarrollo de su conciencia y de su mentalidad, pero a la vez, la pérdida de su

libertad. Poco importaba la posición que el hombre ocupara en la sociedad: amo o esclavo, señor o siervo, rico o pobre, sabio o ignorante, gobernante o gobernado, a todos unía el mismo grillete social. El pastor está tan sujeto al rebaño, como el rebaño al pastor. Sólo puede ser realmente libre, el hombre que nada necesita de los demás y que de los demás vive alejado, bastándose a sí mismo. Era su caso, caso raro, insólito, excepcional... Y razonando así, gozaba en su soledad, pensando que quizá entre todos los millones de seres humanos que poblaban la tierra, agregados en rebaños, orgullosos y víctimas de su gregarismo, sólo él era libre...

Y sin embargo...

¿Por qué a veces anhelaba la vuelta de Nureya? ¿Por qué deseaba tener a su lado a un semejante con quien hablar, cambiar impresiones, expansionarse, gozar?... ¿Por qué el mar que rodeaba la isla le oprimía como si fuera un círculo de hierro? ¿Por qué al ver hundirse el sol tras el horizonte, pensaba en las lejanas tierras que iba alumbrar?...

En esos instantes de angustia, por fortuna pasajeros, en que la soledad le pesaba cual loza de plomo, abatía la cabeza sobre el pecho y murmuraba:

—Todavía no soy digno de ser libre. Siento la nostalgia del rebaño humano.

XXIX. LA MUERTE DE OCOYA

En vano oteaba el mar, ansioso de ver aparecer un punto lejano que le anunciara la visita de Nureya. ¿Le había al fin olvidado?

Todas las tardes, al obscurecer, volvía triste a la choza. Acabó por conformarse. Tenía que suceder. ¡Al fin solo, completamente solo, sin lazos que le ataran al mundo de los semejantes! Había llegado el momento de la completa liberación. Acabó por adaptarse a su aislamiento y para hacerlo más completo y evitar toda tentación de romperlo, quemó la lancha.

Mas he aquí que un día...

Día triste, sin sol. Cubrían el firmamento densas nubes. El mar, plumizo, hinchado, se movía inquieto, amenazador. Las olas chocaban violentamente sobre los arrecifes de coral e iban a deshacerse espumosas en la playa. Desde lo alto de un monte, gozaba del soberbio espectáculo, que añadía nuevas sensaciones a su existencia monótona. Pero el goce trocóse en angustia al divisar sobre una ola gigantesca que avanzaba, frágil embarcación, con un girón de vela y una figura humana abrazada al palo. Gracias a su construcción, con los botantes protectores por ambos lados, el bote se adhería a la superficie

líquida, adaptándose a sus vertiginosos movimientos, anastrándolo la ola como una leve pluma.

–¡Nureya, Nureya!– gritó, corriendo a la playa.

¡Maldita tempestad! ¿Se estrellaría el bote en los arrecifes? Apenas tuvo tiempo de formularse mentalmente esta pregunta. Saltó la ola sobre los arrecifes, llevando en lo alto al bote, dejándolo hasta muy adentro de la playa.

Nureya saltó ágil, completamente mojada, con un poco de agitación, pero sonriente y feliz de haber salvado el peligro, que no era nuevo para ella.

–¿Cómo viniste con este tiempo?

–No estaba tan malo cuando salí de Maruba, y era necesario que viniese.

–¿Ocurre alguna novedad?

–Mi padre te necesita. Está enfermo y sólo tiene fe en ti para que lo cures.

–¿Me permiten volver?

–Sí. He obtenido autorización del jefe blanco.

–¿No bastaba la de tu padre?

–El jefe blanco es el que manda.

La sumisión se había completado. ¿Y así iba a volver a Maruba? Quiso negarse, pero Nureya insistió con lágrimas en los ojos. La instó a que la acompañara, aunque después regresara a Coralina.

Dirigiéronse a la choza, donde pasaron la noche. Nureya le contó que el viejo Ocoya desde algún tiempo venía decayendo física y moralmente. Convertido en jefe nominal de los indígenas, en realidad era un instrumento del Director General de la Compañía del Fosfato, jefe efectivo, con poderes omnímodos garantizados por un cuerpo de policía bien armado. Viendo Ocoya la gradual sumisión y degradación de su pueblo, de lo cual se consideraba en parte culpable, la tristeza y la desesperación se apoderaron de él y acabó por degradarse también, entregándose a las bebidas alcohólicas que la Compañía le facilitaba en abundancia y gratuitamente. Últimamente había sufrido un ataque de parálisis que le inutilizaba el lado derecho, y su única esperanza de curación la cifraba en la ciencia de Alvar.

–Nada puedo hacer por salvar a tu padre– dijo francamente a Nureya.

–No importa. Tu presencia le alentará.

Se durmieron oyendo la bronca sinfonía del viento y del mar. Al despertar, el océano se había aquietado, aunque todavía el cielo permanecía cubierto de nubes. Arreglaron la vela lo mejor que pudieron y emprendieron viaje hacia Maruba.

El viaje fue rápido, impelida la embarcación por un fuerte viento sudeste, llegando a Maruba entrada la noche. Saltaron

en la desierta playa, y dejando a la derecha el caserío de los blancos, donde brillaban las luces, se dirigieron al poblado indígena, envuelto en sombras. La choza de Ocoya era la única que estaba débilmente alumbrada. El anciano yacía en una cama de tijera, que junto con dos sillas de rejilla, un espejo, un fonógrafo, una mesita con varios frascos de whisky y una biblia, ponían de manifiesto que la civilización había penetrado allí.

Alvar se acercó. Ocoya respiraba fatigosamente. Bastóle una ojeada para comprender que aquel cuerpo exangüe era como una lámpara que se apagaba lentamente. El enfermo abrió los ojos, y al reconocer al doctor, le preguntó:

–¿Cómo me encuentras?

–Mal.

–¿Puedes curarme?

–No.

–El médico blanco de la Compañía tampoco puede curarme, pero dice que sí. Tú al menos no mientes.

–A los hombres como tú no hay necesidad de mentirles. Has vivido bastante y no tienes que temerle a la muerte.

–No la temo. La Gran Araña ha tendido sus redes sobre mí para llevarme donde se oculta el sol.

–La Gran Araña no– interrumpió una voz.

Volvióse Alvar y vio en el umbral al Misionero, con una biblia en la mano.

Avanzó hasta el lecho y continuó:

–Quien te llama es el divino Jesús, para llevarte a la mansión celeste.

–El cielo es para los blancos. Yo no quiero ir allí. Tengo bastante con los blancos de aquí.

–Pobre amigo, desvarías. Acuérdate que eres cristiano. Escucha la palabra de Dios.

Sentóse en una silla y leyó los siguientes versículos:

«Y Jehová habló a Manasés y a su pueblo; mas ellos no escucharon: por lo cual Jehová trajo contra ellos los príncipes del ejército del rey de los Asirios, los cuales echaron en grillos a Manasés: y atado con dos cadenas le llevaron a Babilonia.

»Mas después que fue puesto en angustias oró a la faz de Jehová su Dios, humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres.

»Y tomo oró a él, fue oído: porque él oyó su oración, y le volvió a Jerusalén a su reino. Entonces conoció Manasés que Jehová era Dios.»

El Misionero levantó los ojos y habló así:

–Ocoya, Jehová nos trajo aquí para salvarte a ti y a tu pueblo. Oremos, une tu voz a la mía y reconoce de todo corazón que Jehová es tu Dios y Jesús el hijo de Dios que vino al mundo para salvarnos a todos.

–Si Jehová os trajo aquí, no puede ser nuestro Dios, porque no es la salvación lo que nos habéis traído, sino la degradación.

–¡Impío, no blasfemes de Dios!

–El tuyo, no el mío. Y ahora, vete, déjame morir tranquilo.

Como el Misionero no parecía dispuesto a dar por perdida al alma pecadora de Ocoya, Alvar intervino:

–Lo mejor que hace es dejarlo. No es cosa de desesperarse por un alma menos en el cielo. ¡Son tantas las que tienen cerradas sus puertas!

El reverendo levantóse malhumorado, cerró de golpe la biblia y se fue.

Ocoya llamó a Alvar.

–Antes de morir, quiero hacerte justicia. Tenías razón. Los blancos que vinieron como amigos, se convirtieron pronto en opresores. Se han apoderado de todo lo nuestro y nos explotan y degradan. Antes, mi pueblo vivía tranquilo y feliz; ahora, trabaja para provecho de los otros y se ve diezmado por la enfermedad, la fatiga y el alcohol. Tenías razón.

–Tarde viniste a reconocerlo.

–Lo siento por mi pueblo, pero me consuelo pensando que, aun resistiendo, los blancos hubieron acabado por imponerse.

–Flaco consuelo. Someterse sin resistencia, es degradarse voluntariamente.

Los ojos del anciano se nublaron y sus últimas palabras fueron:

–La red me envuelve. La Gran Araña me lleva donde se oculta el sol.

XXX. EN CASA DEL DIRECTOR

Aunque Alvar estaba enterado por las informaciones de Nureya, de los cambios que había sufrido Maruba y sus habitantes, no pudo imaginarse que fueran tantos y tan completos en el breve período de cuatro años que faltaba de la isla. Levantábase un caserío moderno, con elegantes chalets de madera rodeados de cuidados jardines, un hotel de hierro y concreto, iglesia metodista, club de recreo, con terrenos para juegos de *law-tennis*, *base-hall*, etc. Las calles, limpias, asfaltadas, sombreadas por coposos árboles. Allí residían, los empleados blancos de la Compañía, gozando de todas las comodidades.

Contrastaba notablemente con el elegante caserío, la aglomeración irregular de inmundos barracones y barracas de madera sin pintar, situados a bastante distancia de aquél, que daban albergue a los peones chinos contratados para los trabajos de extracción del fosfato. Seguía el poblado indígena, con sus chozas diseminadas sin orden. Este conservaba el mismo aspecto de antes, aunque con más suciedad y menos animación. El interior de las chozas había variado, notándose en ellas los más heterogéneos objetos domésticos, de fabricación barata,, introducidos por la civilización.

En los indígenas, la transformación no era menos notable. Sin abandonar del todo sus antiguas costumbres, se habían asimilado otras importadas por los extranjeros. A la vez habían aumentado el caudal de sus supersticiones con los misterios de una religión que no se adaptaba a su mentalidad. La complicación de la vida fue creando nuevas necesidades, siendo la mayor de ellas la del vestido, para tormento de sus cuerpos acostumbrados a las caricias del aire y de la luz. Los hombres usaban pantalones y camisas listadas, de algodón; las mujeres, túnicas del mismo género, con llamativos estampados, que les llegaban hasta las rodillas. Las jóvenes, ceñían la cintura con grandes pañuelos de colores.

Con el uso del vestido, resintióse su salud; sus gestos y actitudes eran menos espontáneos; sus cuerpos, menos limpios; pero, en cambio, habían llegado a conocer una gran virtud: el pudor, delicioso sentimiento que tanto contribuye a la exacerbación de la sensualidad.

Para alimentarse, ya no les satisfacían las sabrosas frutas. Gustaban de los más diversos y complicados alimentos que venían en latas de los Estados Unidos, y sobre todo de las bebidas alcohólicas, con las que habían substituido ía saludable agua del coco.

Lo exótico y típico iba desapareciendo, como también la alegría y la tranquilidad que eran sus características en el estado salvaje. Ahora trabajaban rudamente, se vestían, se emborrachaban, acudían los domingos al templo, sabían apreciar el valor del dinero y conocían esas pequeñas máculas de la civilización que se llaman: vicio, crimen, robo,

prostitución, etc., todo lo cual daba más variedad a su existencia.

Apenas si les quedaba tiempo para reír, cantar, jugar, bailar, cosas que antes eran tarea diaria, pero a la que ahora sólo podían dedicar parte de los domingos; y aun así, sus diversiones se veían perturbadas por disputas y actos de sangre provocados por el alcohol.

Entre el poblado indígena y los barracones de los chinos, estaba el gran establecimiento de la Compañía, donde se vendía de todo lo que podía interesar y ser útil a indígenas y chinos. Lo que la Compañía le daba por su trabajo, a la Compañía volvía por mediación del establecimiento.

Alvar tuvo que visitarlo. Gracias al dinero que conservaba en su cartera, pudo renovar sus prendas de vestir. Se hizo cortar el pelo y la barba, adquiriendo el aspecto de civilizado, muy conveniente dado el nuevo estado de cosas; y ya de esa guisa, estuvo en condiciones de visitar al Director General de la Compañía, por quien había sido llamado.

Lo encontró en los amplios portales de su residencia, rodeado de damas y caballeros, la aristocracia de la pequeña comunidad blanca, tomando licores y refrescos. Personajes conspicuos de la selecta reunión, eran: la señora White, esposa del Director, una rubia de modales desenvueltos, que sentada con las piernas cruzadas, mostraba complacida la turgencia de sus pantorrillas y los finísimos encajes de su saya de seda; el doctor Asher, médico alemán al servicio de la Compañía, de rostro encendido y ojos muy claros; el ingeniero jefe Carson,

joven atlético de cara rubicunda y firmes rasgos; el reverendo Stoddard, beatífico, de movimientos reposados y meliflua voz, acompañado de su inseparable consorte, alta, flaca y de facciones duras.

Al presentarse Alvar, todos le miraron con curiosidad extremada, cual si se tratara de un ente raro. La señora White requirió los impertinentes y lo examinó de arriba abajo con verdadera impertinencia.

Director.— Bienvenido, doctor Alvar.

Alvar.— Tengo el honor de hablar con el Director...

Director.— El mismo. Permítame que lo presente.

Terminados los cumplidos de cortesía, le invitó a sentarse.

Director.— ¿Un cocktail?

Alvar.— Prefiero un refresco.

Director.— ¿Un habano?

Alvar.— Gracias. No fumo.

Señora White.— He sufrido una desilusión, doctor. Me habían dicho que tenía usted aspecto de salvaje y me resulta un perfecto gentleman.

Alvar.— Metamorfosis del medio, señora. Pero no se fíe de las apariencias. Bajo mi aspecto de gentleman, es probable que halle usted el salvaje.

Señora White.— Me maravilla pensar que haya podido vivir cuatro años solitario en la vecina isla.

Alvar.— No estaba tan solo: tenía por agradables compañeros al mar, al sol, la luna, las estrellas, los bosques, los arroyos, las plantas, los pájaros y otra infinidad de seres que lejos de importunarme me entretenían y alegraban.

Carson.— Con franqueza, ¿no se aburría?

Alvar.— No tuve ocasión. El aburrimiento y el hastío son estados de alma que generalmente produce la vida en sociedad.

Señora Withe.— Yo creía que era todo lo contrario. A mí la soledad me aburre.

Alvar.— Sentirse solo en medio de nuestros semejantes, es quizá más aburrido que identificarse con ellos; pero vivir apartados de la sociedad, en comunión constante con la naturaleza, es fuente de goces y de actividades que alejan el tedio. Si sufre de este mal, le recomiendo vaya a pasar una temporada a la vecina isla.

Señora Withe.— ¡Por Dios! Si aquí, en esta pequeña sociedad, me aburro, que no sería allí, completamente sola.

Alvar.— Le seguro que la necesidad de procurarse el sustento alejaría el fastidio, hijo de la ociosidad y de la repetición de los mismos goces sociales.

Director.— Es inútil que insista, doctor. Mi esposa no habrá de convencerse.

Doctor Asher.— Ni su esposa ni nadie. Hay que estar desprovisto de todo sentido común para proclamar las excelencias de la vida solitaria. El hombre es el ser sociable por excelencia.

Stoddard.— Y religioso por naturaleza.

Alvar.— Indudablemente, señores. El hombre es un animal de rebaño, que siente la necesidad del pastor de cuerpos y del pastor de almas.

Señora Stoddard.— Shocking!

Carson.— Entonces usted mismo reconoce que su teoría de aislamiento es impracticable.

Alvar.— Menos para mí, puesto que la he practicado.

Asher.— Será usted un ser excepcional, un superhombre.

Alvar.— Procuro no confundirme con el rebaño... ni con los pastores... Esto es todo.

Señora Stoddard.— Shocking!

Alvar, levantándose.— Con su permiso...

—Director.— Un momento. Le acompañaré.

Alvar saludó a todos ceremoniosamente, y al alejarse pudo oír los siguientes comentarios:

–Tipo original ese doctor.

–Extravagante.

–Shocking!

El Director le miraba sonriente, con el rabillo del ojo, en tanto avanzaba. En el umbral del jardín se detuvo, preguntándole:

–¿Qué piensa hacer, doctor?

–¿Le interesa saberlo?

–Es mi deber no ignorarlo.

–Pues, como yo no sé todavía lo que voy hacer, es natural que usted siga ignorándolo.

–Muy bien, pero puesto que usted no se ha decidido, puedo concederle un plazo.

–¿Quiere usted decir que estoy de más en la isla?

–Al contrario, me gustaría que se quedara. Necesitamos de otro médico. Las enfermedades diezman a los indígenas y el doctor Asher es poco afortunado en su tratamiento. Hay que ver cómo se contiene la creciente mortandad.

–Comprendo el interés que tiene la Compañía en conservar a sus instrumentos humanos de trabajo, pero lo veo un poco

difícil. Lo que enferma y mata a los indígenas es el nuevo género de vida y de trabajo a que están sometidos.

–Exageraciones. Además, se pueden mejorar las condiciones del trabajo. Estudie el asunto y proponga lo que crea conveniente. La Compañía le asignará los honorarios a que usted se haga merecedor.

–Gracias. No trabajo a sueldo. De quedarme, prefiero ejercer mi profesión libremente.

–Aceptado. Y cuénteme entre sus clientes. Porque la verdad es que no me merece gran confianza Asher como médico. Le prefiero como jugador de golf.

XXXI. LA LAMPARITA DE SAN PATRICIO

«Capilla Católica de San Patricio.»

Así decía, en idioma inglés, el rótulo colocado sobre una choza del poblado indígena.

Penetró Alvar en ella. A un extremo de la pieza cuadrada, sobre tosco altar hecho de cajones vacíos tapados con un lienzo que en tiempo remoto pudo ser blanco pero que había adquirido un color indefinible, estaba una estampa de San Patricio, descolorida, alumbrada débilmente por una lamparita de aceite y adornada por sendos ramos de flores colocados en latas.

Salió al patio por la puerta del fondo. Dos chiquillos en cueros jugaban; una mujer indígena lavaba, en tanto que Patricio, el irlandés, tejía un cesto sin dejar de fumar en su pipa.

–Patricio– exclamó Alvar.

Levantó la cabeza, sacó la pipa de la boca y dijo con flema, Como si hubiera dejado de ver a Alvar el día antes:

–Buenos días, doctor. Le esperaba.

–¿Nueva familia?– inquirió, señalando a la mujer y a los niños.

–Sí. Mi segunda esposa murió. Esta es la tercera con los niños que me ha dado. Mis otros hijos ya son hombres y no necesitan de mí, ni yo de ellos.

–Es admirable, Patricio, que a sus años, que ya deben sumar sesenta...

–Perdí la cuenta, pero creo suman bastantes más.

–...tenga todavía ánimos para perpetuar la noble raza irlandesa.

–Hay que cumplir, mientras se pueda, el divino precepto que nos ordena crecer y multiplicarnos.

–Paréceme que usted ya sólo puede cumplir la segunda parte.

–Se hace lo que se puede.

¿Y qué significa eso de «Capilla Católica de San Patricio»?

–Como católico, yo no podía permitir que los protestantes se presentaran ante los indígenas como los únicos y verdaderos cristianos, y fundé esa capilla para propagar la buena doctrina.

–Cuestión de competencia religiosa. ¿Y son muchos los convertidos?

–Por ahora, mi mujer y mis hijos pequeños.

–Ya es algo, aunque me parece que los otros le llevan ventaja.

–No importa. Yo siembro mi semilla.

–Que fructificará, no hay duda. Dentro de algunas generaciones habrá algunos adoradores más de San Patricio.

–El más valiente y glorioso de los santos.

Sacudió su pipa, para llenarla de nuevo.

–Antes no fumaba–observó Alvar.

–No había tabaco.

–Tampoco bebía–dijo, señalando una botella de whisky.

–No había de qué.

–Ya veo que ha vuelto a las prácticas civilizadas.

–Qué remedio. Yo no fui a la civilización; ella vino a mí.

–¿No echa de menos la vida salvaje?

–¡Oh, sí! Si pudiera mandar al infierno a toda esa gente yanqui. Ya aquí no se goza de tranquilidad ni de alegría.

–¿Trabaja para la Compañía?

–No. Hago cestos y salgo a pescar. Mientras haya cocos en la isla y peces en el mar, no he de trabajar para otros.

–Mantendrá relaciones con los blancos.

–De lejos. La mayoría son yanquis de origen sajón, con algunos ingleses y alemanes. Ni siquiera un irlandés. No me interesan.

–Y los indígenas, ¿están contentos?

–¡Los pobres! No saben si alegrarse o entristecerse. Echan de menos el pasado, pero se sienten atraídos por el presente. Trabajan como bestias para ganar unos centavos y tener el gusto de gastarlos en tabaco, licores, bizcochos baratos, azúcar, alhajas, vestidos... No se quejan y hacen bien. Tienen lo que se merecen.

–No lo crea. Por su mentalidad primitiva, son niños, y como a los niños, se les engaña con juguetes, dulces y otras, chucherías. La culpa es de los que se aprovechan de su infantilidad.

–Tiene usted razón.

–Lo que hay que desear ahora es que su mentalidad avance, que dejen de ser niños para convertirse en hombres y estén en condiciones de no dejarse engañar tan fácilmente.

El irlandés movió la cabeza.

–Cuando se logre, será tarde. Quedarán tan pocos, que no contarán para nada. Las enfermedades están acabando con ellos. Antes, de rareza moría uno; ahora, raro es el día que alguno no muera.

–A la Compañía empieza a preocuparle esa mortandad.

–¡Bah! A falta de indígenas, traerá chinos y kanakas.

–Muy cierto. Lo importante es que no se acabe el fosfato. Hombres, hay en abundancia y en todas partes.

–No comprendo esa falta de caridad en quienes blasonan de cristianos.

–La caridad es algo abstracto, en tanto que el egoísmo es una cosa concreta.

–Bien se podría hermanar la caridad con el egoísmo.

–Ya se hace, sólo que es una hermandad en beneficio del segundo. Cuando los egoístas están hartos de codicia, se dan tono de caritativos fundando hospitales, asilos, hospicios y otras parecidas instituciones benéficas. La caridad es la virtud del egoísmo, bien distinto de la solidaridad que es la virtud del altruismo.

El irlandés se le quedó mirando, sin comprender muy bien. Quitóse la pipa de la boca y objetó:

–Caridad y solidaridad, ¿no son la misma cosa?

–Hay alguna diferencia. La caridad se hace siempre con las miras interesadas de atraerse la divina indulgencia; en cambio, la solidaridad no tiene más objetivo que el bien humano.

El irlandés meneó la cabeza, como si no quedara convencido. Alvar no creyó necesario insistir, despidiéndose con estas palabras:

–Siga cuidando la capilla. No está de más dar a la vida un objetivo, aunque éste se reduzca a encender una lamparita a San Patricio.

XXXII. CIVILIZACIÓN Y EXPLOTACIÓN

La «Maruba Phosphate Company», con oficinas en Nueva York, se había convertido en dueña absoluta de la pequeña isla y de sus habitantes. Explotaba a conciencia la primera y sin conciencia los segundos. La producción anual de fosfato llegaba ya a las 200.000 toneladas, que representaba para la Compañía un valor de varios millones de pesos y para los trabajadores que lo habían extraído, un rudo trabajo de doce horas diarias, pagado a razón de algunos centavos por jornada.

La extracción del fosfato no era tarea fácil. Estaba fuertemente endurecido e incrustado entre las rocas de coral, y había que sacarlo a fuerza de pico, dejando intactas las rocas. Las excavaciones llegaban a ser profundas y dentro de ellas el trabajo resultaba penoso por el calor que se experimentaba. Eran verdaderos hornos, caldeados por los ardientes rayos solares, sin que llegara a ellos la más ligera brisa. Y allá abajo indígenas y chinos se tostaban lentamente, llenando cada uno dos cestos, que colocaban luego a los extremos de una pértiga para llevarlos a través de tortuosos Caminos hasta el lugar donde estaba el transportador mecánico, arrastrado por un cable. Vaciadas las cestas, volvían al trabajo para llenarlas de nuevo y así hasta el fin de la jornada, secas las gargantas y sintiendo sobre las desnudas carnes una sensación de fuego que no bastaba atenuar el copioso y debilitante sudor.

El transportador llevaba el fosfato a una especie de tolva, alta torre de madera con pronunciadas pendientes por las que se deslizaba el material, cayendo en vagonetas que lo llevaban a enormes edificios dotados de maquinaria para triturar, secar y empaquetar el fosfato.

Trabajo más fácil y menos agotante era el de los que se dedicaban a cargar el material en los vagones, transportarlos al muelle, llenar las barcazas, trasladarlas algunas millas mar adentro, donde aguardaba el buque, y cargar éste con ayuda de las grúas de abordo.

El penoso trabajo de extracción, los chinos lo resistían mejor que los nativos. Para éstos, no habituados a las labores pesadas, era causa de postración, lo que unido al nuevo género de vida, les hacía fácil presa de las enfermedades.

En los buenos días del salvajismo, los indígenas vivían en contacto directo con el sol, el aire y el agua, tres agentes de salud; su alimentación a base de frutas, era frugal y sana; desconocían el uso de licores intoxicantes; el trabajo constituía un ejercicio natural del cuerpo; los juegos y diversiones, pasatiempos agradables. Con la civilización su existencia había variado completamente. El vestido había desterrado la higiene natural; se intoxicaban con alimentos conservados en latas, dulces, carnes saladas, bebidas alcohólicas, tabaco; el trabajo se había convertido en un ejercicio violento y agotador; las diversiones en actos embrutecedores. La tuberculosis y la sífilis empezaban a manifestarse; el sarampión y la influenza los diezmaban; el alcohol les enloquecía, induciéndoles al asesinato y al suicidio, antes desconocidos.

Al darse cuenta Alvar del miserable estado de aquella gente, avivósele la aversión que sentía por la civilización, máscara con que se cubrían los intereses más egoístas y bastardos. Aquellos infelices insulares eran víctimas de la más refinada explotación y estaban condenados a desaparecer después de enriquecer a la Compañía con su trabajo. ¿No habría modo de impedirlo?

Quimérico era pensar que volvieran al estado primitivo. La virginidad de los pueblos, como la de las doncellas, no se recobra después de perdida. La isla feliz se había convertido en isla desgraciada; el paraíso en infierno. Forzoso era aceptar los hechos consumados. Podía, sin embargo, tratar de mejorar la condición de los nativos, vigorizar sus débiles conciencias, hacerles ver que eran víctimas de una inicua explotación y que su bien relativo estaba en aminorarla.

Trazóse un plan. Se mantendría en contacto con los indígenas y los chinos, trataría de organizados secretamente, para luego, en un momento dado, provocar una huelga, exigiendo trato más humano, mejores condiciones de trabajo y mayor retribución. A la vez, procuraría elevar el nivel moral de aquellas gentes, dándoles como ideal el mejoramiento constante de su existencia dentro del nuevo medio que les imponía la civilización.

Esta misión que así mismo se impuso, le determinó a quedarse en la isla.

Ocupó un pequeño bungalow en el caserío, llevando con él a Nureya. Esto dio ocasión a murmuraciones entre los residentes, que no veían con buenos ojos la unión irregular de un blanco

con una indígena. Pero Alvar, con su don de gentes, sus servicios profesionales y su actuación en las fiestas como prestidigitador, ilusionista e hipnotista, pronto se impuso y se convirtió en un elemento indispensable.

Sus servicios como médico eran solicitados y bien pagados, para desesperación del doctor Asher, que se veía postergado. También atendía a los indígenas, sin solicitar remuneración, Esto le permitía mantenerse en constante relación con ellos y efectuar sin ruido ni levantar sospechas, su misión de despertador de conciencias. Al año, había logrado organizar un núcleo de jóvenes indígenas y otro de chinos, que estaban en contacto. Sólo esperaba el momento propicio en que se produjera cierto malestar o descontento, para precipitar, la huelga en demanda de mejoras.

Cierto acontecimiento de índole privada le afectó profundamente. Nureya venía observando una conducta irregular. Descuidaba las labores domésticas, gustaba en demasía de las joyas y de los trapos, y lo que era peor, se había aficionado con exceso a las bebidas alcohólicas. Inútiles eran sus amistosas reconvenciones y consejos. Llegó a privarla de todo dinero para evitar que comprara licores. Y sucedió entonces lo inevitable: Nureya salió un día para no volver. Se fue a vivir con un maquinista yanqui que bebía y la dejaba beber.

Consumada la separación y pasados algunos días, Alvar quiso convencerse a sí mismo de que debía alegrarse, puesto que estaba más libre; pero en el fondo de su corazón quedó el amargor de una honda afección rota violentamente.

XXXIII. ANIVERSARIO DE BODA

Los esposos White celebraban el décimo aniversario de su boda.

El amplio portal de la residencia del Director –lugar predilecto de la reunión, por ser el más fresco–, se hallaba ocupado por la sociedad aristocrática de Maruba, compuesta de los empleados blancos de la

Compañía: jefes de departamentos, ingenieros, oficinistas, inspectores, maquinistas, etc. Sumaban algunas docenas, a los que había que añadir las esposas e hijas de algunos de ellos.

Una sociedad muy apegada a sus fueros de raza, que miraba con olímpico desdén a los nativos, tratándolos como raza inferior.

Completaban la selecta reunión, el reverendo Stoddard con su esposa y otro reverendo joven y soltero que auxiliaba al primero en sus trabajos de la Misión. Asistían, además, el doctor Asher y un tai Olsen, jefe de la policía que mantenía la Compañía, colorado, forzado, tipo perfecto de matón, cual convenía a sus funciones.

Alvar creyó conveniente hacer acto de presencia por pura cortesía. Acercóse a saludar a la señora de la casa, que se hallaba rodeada de otras damas, entre ellas la esposa del misionero.

–Permítame que le felicite, doctor– díjole la señora White.– El domingo tuve el gusto de verle, por vez primera, en el templo. Esperamos que no será la última.

–No me atrevería a prometerlo.

–¿No fue por devoción?

–Por curiosidad nada más.

–Comprendo. No es usted metodista. ¿Católico, tal vez?

–Mi religión no tiene denominación.

–¿Cómo, ha creado usted una religión especial?

–Sí; pero exclusivamente para mí.

Las damas se miraron, entre sorprendidas y escandalizadas, y la señora del reverendo, exclamó:

–Shocking!

–¡Oh, señora, hay otras cosas shocking! Por ejemplo, el que en el cielo los bienaventurados blancos estén separados de los cobrizos, amarillos y negros.

–¿Quién le ha dicho esa barbaridad?

–Nadie, señora. Es una deducción mía, rigurosamente lógica. He visto que en el templo de ustedes, había un lugar, el mejor y más amplio, reservado a los blancos, en tanto que sólo se destinaba un pequeño rincón a los indígenas. Es de creer que lo que sucede en la casa terrena de Dios, se repita en su casa celeste.

–No extreme las cosas, doctor– dijo conciliadora la señora White. –Los indígenas tienen su templo, y en el nuestro les reservamos un lugar para los que quieran asistir a las conferencias morales que damos los domingos por la noche. En el cielo, todos somos iguales.

–¿Y por qué no en la tierra?

–La tierra es un lugar de tránsito y de prueba– dijo el reverendo Stoddard, que se había acercado. –Los hombres se dividen en razas y en clases, pero todos tienen derecho a la bienaventuranza eterna, si por sus obras se hacen merecedores de ella.

–Con la diferencia de que unos están obligados a un mayor esfuerzo que los otros; porque no me negará que ganarse el cielo gozando y orando, es bastante más cómodo que orando y sufriendo.

–Es usted incorregible, doctor– dijo la señora White.

–Y peligroso– añadió el reverendo.

El jefe de policía, Olsen, se acercó a Alvar, diciéndole:

–El señor Director desea hablar con usted.

–Con su permiso, señoras.

Dirigióse, acompañado de Olsen, adonde estaba el Director, al que rodeaban Asher, Carson y otros principales empleados de la Compañía.

–Doctor– díjole White, –estamos hablando de algo muy grave que me ha comunicado Olsen, respecto a ciertos movimientos sospechosos que ha notado entre los trabajadores, y como usted está en contacto con ellos, quiero oír su parecer.

–Le ruego sea más explícito.

–Se trata de que los indígenas y los chinos se están organizando secretamente para provocar una huelga.

–No veo nada sospechoso en ello.

–Su opinión no me interesa. Sólo deseo me diga si ha notado algo que corrobore lo que afirma Olsen.

–Permítame que me reserve lo que haya observado. Si no le interesa mi opinión, tampoco deben interesarle mis observaciones.

El Director hizo un movimiento de contrariedad. Olsen le miró inquisitivamente y exclamó:

–Yo he dicho al señor Director algo que no ha repetido a usted y que veo ahora confirmado.

–Si el señor Director no ha creído pertinente repetirlo, deduzco que debe ser alguna necesidad.

El doctor Asher sonrió. Olsen apretó las quijadas. White, calmoso, dijo:

–El señor Olsen me ha dicho que tenía la convicción de que era usted el instigador de la organización secreta de los trabajadores, y que obraba así con la deliberada intención de crear dificultades a nuestra Compañía, para favorecer a la Compañía inglesa que explota el fosfato de las islas Nauru y Oceanic.

–¿No lo dije? Una necesidad.

El rostro colorado de Olsen adquirió todavía un tinte más subido. El doctor Asher atizó el fuego, exclamando irónico:

–El que dice una necesidad es un necio, ¿no es eso, doctor Alvar?

–Más necio es todavía el que tras un necio se escuda.

El ingeniero Carson, que simpatizaba con Alvar, dijo, conciliador:

–Indudablemente, el señor Olsen debe haber obtenido falsas informaciones. El doctor Alvar es incapaz de obrar impulsado por móviles mezquinos.

–Gracias, señor Carson: El señor Olsen, extremándose en su oficio, tergiversa la verdad con la mentira. De ahí su necedad. Si se hubiera concretado a decir que yo había fomentado la organización entre los trabajadores, hubiera estado en lo cierto...

–¿Luego confiesa que es verdad?– exclamó triunfalmente Olsen.

–Esto sí; lo demás es una burda invención.

–Pues es bastante para considerarlo traidor a la Compañía– dijo agresivo Asher.

–¿Traidor? Nada le debo a la Compañía y a nada le estoy obligado. Soy amigo de los trabajadores y me interesa su vida y su mejoramiento. Eso es todo.

–¿Pero no comprende usted– dijo White, –que cualquier movimiento entre los trabajadores puede ser fatal para nosotros?

–Me basta saber que para ellos puede ser bueno. Esas pobres gentes, que ustedes explotan sin conciencia, se agotan en un trabajo brutal y mal retribuido. ¿No tienen acaso derecho a mejorar su miserable vida?

–Tienen más de lo que se merecen– dijo Asher. –Les hacemos partícipes de nuestra civilización, les dignificamos con el trabajo, les inculcamos las doctrinas cristianas...

–Y en agradecimiento a tantos favores, que para ellos representan el despojo y la muerte prematura, deberían trabajar de balde. ¿No es eso lo que usted quiere decir?

–Es inútil discutir– interrumpió White. –Estamos aquí para velar por los intereses de la Compañía y nada más. Absténgase, doctor Alvar, de toda intervención en nuestros asuntos, pues de lo contrario, y muy a mi pesar, me veré en la necesidad de expulsarlo de la isla. Lo sentiría porque es usted un buen médico y en el terreno particular un excelente amigo.

–Señor White, reclamo mi libertad de acción, a la que tengo derecho en tanto no cometa un acto delictuoso.

–Los intereses de la Compañía son supremos. Será usted libre en tanto no trate de menoscabarlos.

–Me inclino ante el supremo derecho: la fuerza. Desde ahora puede usted dar orden al señor Olsen que me tenga bajo su custodia, pues de lo contrario es seguro que habré de vulnerar esos sagrados derechos que consisten en proporcionar grandes dividendos a los accionistas de la poderosa Compañía de Fosfato del Pacífico.

–Habrá tiempo, doctor Alvar. Por ahora es usted libre.

–¿Debo agradecerle la gracia extraordinaria que me hace?

White se rió, y cogiendo a Alvar por un brazo, le dijo:

–Vamos a jugar una partida de pocker, en compañía de Carson y de Asher.

Y dirigiéndose a Olsen:

–Deje tranquilo al doctor Alvar. Por ahora está en mi poder.

XXXIV. REPRESIÓN

Antes de dar comienzo a las faenas del día, cundió la noticia entre los trabajadores que dos de sus compañeros, nativo uno, chino otro, habían sido bárbaramente apaleados por Olsen, suponiéndoles jefes de las organizaciones secretas que empezaban a preocupar a la Compañía. Al chino lo sacó del barracón a latigazos, sin que sus paisanos se atrevieran a protestar, aterrorizados a la vista de los policías armados de fusiles. Al nativo lo fue a buscar en su misma choza, esposándolo y propinándole fuertes puñetazos en el rostro en presencia de su mujer e hijos.

En vano los capataces invitaban a los hombres que empezaran sus tareas. Se resistieron pasivamente, formando grupos que comentaban el atropello.

Alvar no tardó en enterarse de lo acaecido y se trasladó a donde estaban los grupos. Había llegado el momento por él esperado, quizá prematuramente. Era necesario aprovecharlo. Los móviles que mejor impulsan a las muchedumbres, son los de orden sentimental, que lo mismo las conducen a una acción heroica que a un acto de venganza.

Habló con los hombres de su confianza y les indicó que prepararan a la gente para dirigirse en masa a casa del

Director, con el fin de pedirle, por medio de una Comisión de la que Alvar se comprometió a formar parte, la libertad de los detenidos, y a la vez exigir, para volver al trabajo, mejor retribución y trato y menos horas de labor.

Unos trescientos chinos y otros tantos nativos, figurando entre éstos algunas mujeres y niños, se dirigieron en compacta masa hacia el caserío de los blancos. Al frente marchaba Alvar, llevando a su derecha dos nativos y a la izquierda dos chinos, que en unión de él formaban la Comisión que había de entrevistarse con el Director y hablarle en nombre de todos.

Marchaban silenciosos, sin que ni siquiera fuera perceptible el ruido de sus desnudos pies sobre el suelo. Los rostros de todos, el amarillento de los asiáticos y el cobrizo de los polinesios, denotaba gravedad y determinación. Por vez primera adquirirían conciencia de su valer colectivo, y la fuerza de todos parecía comunicarse a cada uno.

Apostados frente el caserío había un grupo numeroso de hombres armados de rifles, formado por los policías de Olsen y empleados de la Compañía. Alvar vio cómo se extendían en guerrilla y preparaban las armas. Presintió en seguida la tragedia que se iba a desarrollar y abriendo los brazos gritó:

—¡Deteneos, deteneos!

Pero la masa continuó avanzando, viéndose Alvar arrastrado.

Y la tragedia se produjo.

Sonó una descarga, sucediéndose por unos minutos los disparos. Oyéronse gritos de espanto y de dolor. Cayeron varios hombres. La multitud detúvose unos momentos, como sorprendida e indecisa; mas en seguida retrocedió, desparramándose y deshaciéndose. Unos fueron a ocultarse tras los árboles, otros corrían alocados hacia la playa o en dirección del poblado.

Alvar se vio solo, por fortuna intocado. Prestó socorro a los heridos que estaban en el suelo. En esta tarea lo encontraron Olsen, Asher y otros hombres armados que se acercaron.

–Ha tenido usted suerte– le dijo cínicamente Olsen. –Ni una bala le rozó.

–Si quiere asesinarme, todavía está a tiempo.

–No soy asesino. Cumplo con mi deber.

–Como lo cumple el verdugo. Lo sabía.

Viendo que el doctor Asher se contentaba con mirarlo, sin prestarle ayuda en la curación de los heridos, le dijo, airado:

–Por lo visto, le agrada más el oficio de policía que el de médico.

–Sirvo a quien me paga.

–¿Para matar o curar?...

Carson, el ingeniero, se acercó:

–¡Cuánto siento, doctor, que se hallara usted mezclado con esa gente!

–No lo sienta. Me hallaba por mi gusto.

–Hace mal en mezclarse en lo que, en realidad, no le interesa.

–Se equivoca. A mí me interesa todo lo que envuelve un sentimiento de humanidad.

–La humanidad empieza por uno mismo.

–Pero continúa en los semejantes.

Viendo que permanecían impasibles, en tanto que los heridos se quejaban y desangraban, les increpó:

–No unan la crueldad a la violencia. ¿Van a dejar morir aquí a estos infelices?

–Lo mismo da que mueran aquí que en otro lado– replicó Olsen.

–No hay necesidad de extremar el rigor– dijo Carson. – La lección está dada. Hay que atender ahora a los heridos.

Condujéronlos al barracón que servía de hospital para los chinos. Los heridos eran quince y cuatro los muertos. Estos últimos fueron expuestos al aire libre, frente del barracón, durante doce horas, y enterrados luego sin ceremonias.

Los chinos se refugiaron en sus barracones y los nativos en sus chozas. A fuera, sólo se veían los grupos de blancos armados. Mientras tanto, Olsen y sus policías iban avisando a los trabajadores que si al día siguiente persistían en su actitud, se quemarían sus viviendas y se les perseguiría a tiros.

Alvar, ocupado durante todo el día en atender a los heridos, no tuvo tiempo de pensar. Al anochecer dirigióse a su casa, rendido de fatiga. Echóse vertido en la hamaca. Trató en vano de conciliar el sueño. La visión de la tragedia le obsediaba y exasperaba. Había sido un asesinato colectivo perpetrado fríamente y con la intención de imponerse por el terror. Conocía bien a aquella gente de piel blanca y alma negra, para quienes la vida de un amarillo o cobrizo era menos apreciable que la del perro que tenían en sus casas; cuyo supremo interés consistía en aumentar los dividendos de la Compañía y reducían todo su ideal a ahorrar unos miles de pesos para irlos a gozar en la patria lejana. Llamándose cristianos y civilizados, procedían con más crueldad e inconsciencia que los por ellos considerados salvajes.

Toda su labor estaba perdida. Volverían los esclavos al trabajo en peores condiciones que antes, sumisos, acobardados, sin ánimos para la protesta y sin fuerza para la resistencia. ¡Ah, si cada uno de ellos dispusiera de un fusil, como los blancos! Las armas en todos los tiempos habían sido los grandes instrumentos de la explotación y la tiranía. Sólo cuando los oprimidos supieran servirse de ellas, podían aspirar a la libertad.

Tan amargado estaba y era tanta la indignación que hinchaba su pecho, que forjó quiméricos proyectos de venganza, para rechazarlos en seguida por inútiles o impracticables. Incendiar, volar, matar... vanos intentos. Nada podía él, débil criatura, contra la poderosa Compañía, hidra de cien cabezas, que al cortarle una, volvía a surgir otra en el mismo lugar. La Compañía, ser colectivo amorfo, amalgama de intereses y egoísmos, de seres y de cosas, producto de una civilización industrial que sólo se preocupaba de la explotación del hombre y del mayor rendimiento del capital.

Cansóse de pensar. Quiso dormir. Inútilmente. El sueño persistía en no venir.

XXXV. LA NOCHE TRISTE

Parecióle oír un leve ruido. Tiróse de la hamaca. Por la puerta que daba al fondo avanzaba una sombra.

Podía ser alguien que intentara asesinarlo. Carecía de armas, y no por temor, sino para advertir que estaba alerta, exclamó:

–¿Quién es?

–Soy yo– contestó una voz femenina.

Era Nureya, que se acercó hasta tocarlo. No había hablado con ella desde que lo abandonara.

–¿A qué vienes?

–A prevenirte que vendrán a buscarte esta noche, quizá para matarte.

–¿Cómo lo sabes?

–Por Smith, que me dijo: «A tu amigo el doctor le vamos a dar su merecido.» Luego se fue con Olsen, y yo vine aquí corriendo para avisarte.

–¿Smith es tu hombre?

–Sí.

–¿Le quieres?

–No.

–Entonces, ¿por qué te fuiste con él?

–Me deja beber.

–Han dicho que también te pega.

–No me importa; me da whisky, todo el que quiero.

–¡Pobre Nureya! Asimilaste de la civilización lo peor. La bebida te envejece y afea. No bebas más.

–Ya no puedo vivir sin beber.

En el exterior resonaron voces y luego repetidos golpes en la puerta.

–Ya están aquí. ¡Huye!

–Sería inútil. Ocúltate tú o vete por el fondo antes de que entren.

–Ven conmigo– le dijo suplicante Nureya.

–Te digo que no. ¡Vete!

Desapareció Nureya y Alvar fue a abrir antes de que a golpes echaran la puerta abajo.

Entraron en tropel Olsen, Asher y varios hombres más. El foco de una linterna eléctrica dio de lleno en el rostro pálido, pero sereno, de Alvar.

–¿Qué me quieren?– inquirió.

–Poca cosa: darle pasaporte para el infierno, que es el lugar donde deben estar los hombres como usted– dijo Olsen.

–Se cosecha lo que se siembra– añadió Asher.

Cruzó Alvar los brazos y contestó sin jactancia:

–Estoy dispuesto. Tiren a su gusto.

–Aquí no. Además, usted merece morir con todos los honores.

Atáronle codo con codo. Como lo empujaban con las culatas de los fusiles, exclamó con entereza:

–No hay necesidad de usar formas brutales. Iré sin resistencia adonde quieran.

Avanzaron, detuviéndose al poco rato al pie de un árbol, de cuyas ramas pendía una cuerda, con nudo corredizo en un extremo.

Pasaron la cabeza de Alvar por el lazo fatal. La luz de la luna alumbraba la siniestra escena. En la cercana playa, las olas musitaban quedamente su canción, que a Alvar le pareció de

eterna despedida, escuchándola con toda el alma. Lo demás le era indiferente.

Olsen le dijo:

–Si es usted cristiano, reze por su alma.

–Las olas rezan por mí.

–Si tiene algo que disponer, dígalo.

–Que echen mi cuerpo en el mar. Nada más.

Dos hombres sujetaban el otro extremo de la cuerda, en espera de la orden de Olsen para izar.

Oyéronse voces y pasos precipitados. Un hombre y una mujer llegaban corriendo, gritando el primero:

–¡Soltad la cuerda en seguida, soltadla!

Era Carson, que dirigiéndose a donde Alvar, le quitó el lazo y volviéndose hacia Olsen, le preguntó, indignado:

–¿Quién le dio orden de linchar al doctor?

–Quisimos hacer justicia sumaráisima por nuestra mano.

–Usted menos que nadie debía recurrir a procedimiento tan repugnante. Recuerde que es un funcionario al servicio de la Compañía y no el jefe de una turba. ¡Váyanse de aquí!

Murmurando, los linchadores se alejaron, estacionándose a cierta distancia.

–Gracias, Carson. Me ha salvado la vida. No la tengo en gran estima, pero su acción es siempre de agradecer.

–En realidad quien se la ha salvado es Nureya, que me avisó a tiempo.

Alvar la buscó con la vista, pero había desaparecido.

–En su casa no estará seguro. Venga a la mía– continuó diciendo Carson.

Emprendieron la marcha, seguidos a distancia por Olsen y su gente.

Al llegar a la casa, cercana a la que ocupaba el Director, esperó a que se acercara Olsen y le dijo:

–Le prevengo que no quiero vigilancia. Puede, si quiere, avisar al señor White que el doctor Alvar es mi huésped.

Penetraron, tomando asiento en la sala, en la cual lo exótico se mezclaba con los objetos más refinados de la civilización.

–¿Desea descansar?

–No tengo sueño.

–Mejor. Charlaremos un rato, porque yo tampoco lo tengo.

Llenó un vasito de whisky, que apuró, y encendió un habano.

–Me abstengo de ofrecerle. Sé que ni fuma ni bebe. ¿Desea algo, un refresco, comida?...

–Gracias, nada apetezco.

Echó Carson una gran bocanada de humo, aparentando entretenerse en la contemplación de la movable espiral, que lentamente iba deshaciéndose al llegar al techo. De improviso exclamó, mirando fijamente a Alvar:

–Paréceme, doctor, que la isla ya no puede ser lugar grato para usted.

–Quizá fuera más exacto decir que yo no soy ya persona grata para los que explotan la isla.

–Las dos cosas pueden ser ciertas. Y lo mejor, en tal situación, es que usted se ausente.

–Así lo creo.

–Dentro de algunas horas zarpará para San Francisco el «Pacific», vapor de la Compañía. ¿Tendría usted inconveniente en embarcar en él?

–Ninguno.

–Entonces, es cosa decidida. Yo mismo le acompañaré al vapor. Y crea que he de sentir su ausencia. En un lugar como éste, rodeado de salvajes y de algunos blancos imbéciles, la compañía de un hombre como usted es siempre agradable.

¡Lástima que se haya metido a redentor de quienes no apetecen ni hacen nada por merecer la redención!

–¿Usted lo estima así?

–Estoy convencidísimo de ello. Los hombres tenemos lo que merecemos, y tonto es el que no goza de lo que merece porque ve a otros en precarias condiciones.

–¿Está usted seguro de que estos pobres indígenas tienen lo que se merecen?

–Quizá tienen más. La civilización que les hemos traído, pone a su alcance bienes de que aun no saben gozar.

–Desde que la Compañía se apoderó de la isla, los nativos no hacen más que dos cosas: trabajar y degradarse. ¿Dónde están los bienes?

–¿A qué discutir, amigo Alvar? Con palabras no se modifican los hechos fatales, y hecho fatal es que las razas superiores sometan y civilicen a las inferiores.

–Cobrando una fuerte comisión por el favor.

–Muy justo. Los negocios son los negocios, como decimos los americanos del Norte. Se civiliza para sacar provecho de ello. Hay que ser prácticos y dejarse de sensiblerías. El haberlo olvidado, por poco le cuesta la vida.

–Con franqueza, Carson, ¿no ha sido todo una farsa?

–Le aseguro que no. Tanto Olsen como Asher le tienen mala voluntad.

–¿Obrarían por orden del señor White?

–No tenía necesidad de recurrir a tamaña felonía para deshacerse de usted: le bastaba con invitarle cortésmente a salir de la isla.

–Que es precisamente lo que usted ha hecho.

–Por su bien.

–Y el de la Compañía.

Carson se rió, sirvióse un segundo vasito de whisky y replicó:

–Hay que saber hacer las cosas. Tiene usted razón: embarcándole, presto dos valiosos servicios: uno a usted, otro a la Compañía.

Alvar le miró desconcertado. ¿Cinismo o franqueza? Quiso ahondar.

–El bien que a mí me presta, de poco le valdrá. Creo que ya ni siquiera tengo derecho a agradecérselo.

–¿Agradecimiento?... Guárdese esa moneda. No tiene valor.

Levantóse y se acercó a la ventana. Clareaba y en la lejanía divisábase ya, envuelto en tenues brumas, la silueta del «Pacific».

–Mire, doctor, allí tiene el buque en que hará el viaje.

–Un viaje por prescripción facultativa.

–Sí, para bien de su salud.

–Estoy a sus órdenes.

–Quiere recoger algo en su casa?

–Todo lo llevo encima.

–¿Necesita dinero?

Hizo ademán de sacar la cartera.

–Guárdese su dinero. Para mí no tiene valor.

Por la abierta puerta apareció Olsen, acompañado de dos policías.

Carsón frunció el entrecejo, preguntándole rudamente:

–¿Qué demonios viene usted hacer aquí?

–Tengo orden del Director de conducir a este hombre al «Pacific».

–De esto me encargo yo. Usted está de más aquí.

–Tengo orden...

–He dicho que va conmigo, y basta.

Terco, avanzó Olsen para apoderarse de Alvar.

Carson no le dio tiempo. De un fuerte puñetazo en la quijada, le hizo caer redondo en el suelo, sin sentido; y volviéndose hacia Alvar, le cogió de un brazo, diciéndole:

–Haga el favor de acompañarme.

Sin desplegar los labios, dirigiéronse a la playa, donde les esperaba una lancha que los condujo al «Pacific». Una vez a bordo, Carson presentó Alvar al capitán:

–El doctor Alvar, que deberá usted dejar en San Francisco. Se lo recomiendo eficazmente. Es pasajero de honor de la Compañía.

Dirigiéndose a Alvar, añadió:

–Buen viaje, doctor. Aunque usted lo dude, le he rendido un buen servicio.

–Gracias– contestó Alvar, estrechando con fuerza la mano que le tendía.

Bajó el ingeniero a la lancha y en seguida el «Pacific», que ya había elevado el ancla, empezó a mover la hélice, tomando rumbo.

A la vez que la lancha de Carson se alejaba, acercábase un bote tripulado por una mujer, que de pie agitaba un brazo.

–¡Nureya!– murmuró Alvar, emocionado, contestando al saludo.

El bote navegó por unos minutos al lado del buque y luego viró en redondo, alejándose. El brazo amigo se agitaba de vez en cuando, en muda y eterna despedida. Alvar lo siguió con la vista hasta perderse en la lejanía.

Sus ojos estaban húmedos.

Por un buen rato siguió contemplando aquella tierra que se iba esfumando en el horizonte, y cuando ya sólo era un punto próximo a desaparecer, murmuró:

–Adiós, isla querida. Llegué a ti cuando la virginidad salvaje te hacía apetecible y saludable. La civilización te ha mancillado y perdiste para mí tus naturales y agrestes encantos. El mar me echó sobre ti; la civilización de ti me echa. Náufrago ayer, náufrago hoy, náufrago siempre: es el destino de los que el destino desafiamos.

XXXVI. CÓMO EL DOCTOR ALVAR ABANDONÓ EL «PACIFIC»

En el «Pacific», Alvar fue tratado con seca cortesía por la oficialidad y mirado con curiosidad por el resto de la tripulación. Los dos únicos pasajeros que, además de él, viajaban en el buque, empleados de la Compañía que iban al continente con licencia, rehuían su trato. Era evidente que procuraban mantenerlo aislado. Se le consideraba como un apestado moral del que se apartaban prudentemente, no por temor al contagio, sino por servilismo hacia la poderosa Compañía.

La situación, en vez de molestarle, le regocijaba. En su interior, reíase de aquellas gentes que, con mentalidad perruna, convertían la vida en un acto de sumisión al amo que los empleaba. Pero su risa era amarga. ¿Qué podía esperarse de una humanidad gregaria, sin más horizontes que los individuales? El lema de cada uno era «servir al señor»; y el de los más ambiciosos y osados, «convertirse en señores», para ser servidos y adulados.

Acostumbrado al aislamiento en que se le tenía, extrañóle que un marinero se le acercara para hablarle.

—¿No se acuerda usted de mí?

–No.

–Yo sí de usted.

¿Y dónde me conoció?

–En el «Cóndor». Era uno de sus marineros cuando se incendió hace algunos años en estos mismos lugares.

–Entonces se salvaron los que iban en los botes.

–Nos recogió a la mañana siguiente del siniestro un buque inglés que acudió a las llamadas de auxilio. Por más que buscamos a la lancha, no vimos rastro de ella y supusimos que se había ido a pique.

–Lo mismo pensamos nosotros de ustedes. La tempestad, durante la noche, nos alejó, y fuimos a dar en una isla desierta.

–Conozco los incidentes. Bastante hablaron los periódicos cuando desembarcaron don Pedro y sus acompañantes en San Francisco, rescatados por el buque misionero. Por cierto que decían, refiriéndose a usted, que el médico del «Cóndor», perturbadas sus facultades mentales, se había negado a embarcar, prefiriendo quedar en la isla desierta convertido en un nuevo Robinsón. Y la verdad es que usted no tiene nada de loco.

–¡Quién sabe! Si me comparo con los cuerdos, es indudable que tengo algo de loco. Y dígame, ¿qué es de don Pedro?

–Nada sé de él. Creo que estará en Chile, gozando de sus millones. De Oliver sí sé.

–¡El bravo Oliver! ¿Por dónde anda?

–Está en San Francisco. Es dueño de un pequeño hotel, el «Valparaíso», situado en el barrio latino, muy frecuentado por los sudamericanos.

–Tendré verdadero placer en volverle a ver. ¿Y el capitán del «Cóndor»?

–Cuando desembarcamos en el continente, después del naufragio, tomó rumbo para Chile. Se sentía bastante enfermo. A estas horas debe haber anclado definitivamente en algún lado, si es que no se ha ido a pique.

–No me extrañaría. Tenía los fondos muy sucios y hacía agua.

–Buen capitán, pero mala persona.

–Mal estómago, sería mejor decir. Influye mucho en el carácter el estado de las vísceras.

Pasó un oficial, que dirigió una mirada severa al marinero.

–¿No temes que te regañen por estar hablando conmigo?

–No me importa. Estoy franco de servicio y cumplo al rendir este viaje. Pero aunque así no fuera, procedería lo mismo. Simpatizo con usted y me disgusta la conducta hipócrita de esa gente. Le consideran un perturbador, del que hay que

mantenerse alejado lo más posible. Entre la tripulación se rumorea que fue usted el que incitó a los trabajadores de Maruba a la huelga y que con anterioridad había incendiado el edificio de la Misión.

–Es cierto. Y dime. ¿Vamos directamente a San Francisco?

–Haremos escala en Honolulu, para llenar las carboneras.

–Me quedaré en Honolulu. La atmósfera de este buque me intoxica.

–Si en algo puedo servirle, cuente conmigo.

Marchóse el marinero, viendo Alvar que al llegar a la proa era interrogado por un oficial.

Al anclar el «Pacific» en el puerto de Honolulu, quiso bajar a tierra, impidiéndoselo el marinero que estaba de guardia en la escalera del buque.

–¿Por qué me impide el paso?– interrogó.

–Por orden del capitán.

Fue a ver al capitán.

–No me permiten bajar a tierra, alegando que usted lo ha ordenado.

–Es cierto.

–¿Con qué derecho?

–Cumpla a mi vez órdenes, señor.

–¿Del Director White?

–El señor White me encargó que lo atendiera a usted con toda cortesía, como se merecía...

–No vengo a quejarme del trato.

–Y que lo desembarcara únicamente en San Francisco.

–Únicamente... La palabra es elocuente. De manera que si persisto en desembarcar en Honolulu...

–Será inútil.

–Pero yo no pretendo quedarme en tierra, sino sencillamente pasear, hacer algunas compras...

–Para pasear, dispone usted de toda la cubierta del «Pacific». En cuanto a las compras, con mucho gusto ordenaré le traigan lo que desee.

¿Seguir objetando? Tiempo perdido. ¿Protestar? Pueril. Optó por callar, y con una ligera inclinación de cabeza, separóse del capitán.

Ahora más que antes tenía el propósito de abandonar el buque, aunque sólo fuera para burlarse de las órdenes. Intentó ver al antiguo marinero del «Cóndor», sin conseguirlo. Su objeto era lograr que un bote estuviera cerca, para en un

momento dado lanzarse al agua y buscar refugio en él, hasta lograr saltar en tierra.

Notó que estaba estrechamente vigilado. La noche se acercaba y el marinero amigo no aparecía. Al día siguiente el «Pacific» reanudaba el viaje. Era necesario obrar aquella noche. Hábil nadador, consideraba tarea relativamente fácil lanzarse al agua y llegar a tierra, no obstante la regular distancia que le separaba de ésta. Lo difícil era burlar la vigilancia.

Esperó la noche. Como de costumbre, dio su paseo por cubierta antes de retirarse a descansar. Ya en el camarote, quitóse los zapatos, apagó la luz y se echó en la litera, durmiendo unas horas. Al despertar, eran las tres de la madrugada. Metió el reloj, la cartera y otros efectos personales en el saco de goma de una jeringa de fuente, que taponó bien, colocándosela alrededor de la cintura, sujeta con una laja. Abrió con precaución la puerta del camarote, que estaba sobre cubierta, de manera que sólo tenía que dar unos pasos para echarse al agua. Pero frente al camarote, recostado en la borda, estaba un hombre vigilando.

No tenía por costumbre Alvar volverse atrás en sus decisiones. Evitaba el obstáculo, cuando era posible, pero pasaba por encima de él si era necesario. Avanzó resuelto y como viera que el hombre sonaba un pito y se le encimaba, trató de rechazarlo de un puñetazo, que aquél esquivó hábilmente, abrazándose luego a él para impedirle la defensa y la huida.

Pasos precipitados anunciaban que otros tripulantes se acercaban. En vano trataba Alvar de deshacerse de los forzudos brazos que lo tenían abrazado. Entonces cambió de táctica: fue acercándose a la borda, doblóse sobre ella, por la espalda, y cayó al mar, arrastrando al que lo sujetaba.

En el agua, vióse libre, pero perseguido de cerca por el hombre; dejó que se acercara, dándole un tremendo golpe con el pie en la cabeza. Mientras se alejaba, nadando vigorosamente, oyó el ruido de un bote al ser arriado. Se proponían perseguirle. Le era fácil despistar. En el agua no se dejaba rastro y las sombras de la noche le hacían invisible. Para mayor seguridad, siguió el trayecto más largo, dirigiéndose a un lugar poco poblado.

La suerte le favoreció. Oyó un canto dulce y monótono y a poco vio una barca de pescadores que avanzaba mar a fuera. Hacia ella se dirigió, gritando para llamar la atención de los que la ocupaban. Acudieron y le ayudaron a subir a la lancha. La tripulaban dos pescadores hawaianos, que se extrañaron de recoger un hombre en el mar a aquellas horas y en aquel sitio, alejado de la costa y de los buques.

Pero su extrañeza cesó al sacar de la cartera y entregarles un billete de diez pesos a cada uno.

—¿Adonde quiere que le llevemos?— le preguntó el de más edad.

En vez de responder, inquirió Alvar:

—¿A dónde os dirigís?

–Mar afuera, a pescar.

–Pues llevadme con vosotros.

–Es que no volveremos hasta el atardecer.

–Mejor. Tengo curiosidad de ver cómo pescáis.

El viejo hizo un signo de conformidad; el joven se sonrió, pensando que el extranjero tenía una manera original de satisfacer su curiosidad; pero ni uno ni otro hicieron objeciones.

Se alejaron bastante de la costa. Las faenas de la pesca entretuvieron a Alvar, que de buena gana ayudó en ellas. Los pescadores compartieron con él sus provisiones. Comieron todos con apetito, encantados aquéllos con la charla del extranjero, que les entretuvo con relaciones de viajes y se interesó por su trabajo y modo de vivir. Al atardecer, repletos los cesto de pescado, regresaron al puerto. Al pasar por entre las rocas que forman su entrada, venía en dirección contraria, en demanda del mar libre, el «Pacific». Barca y vapor se cruzaron a una distancia de veinte brazas. Alvar, de pie, gritó a los tripulantes asomados a las bordas:

–¡Buen viaje, amigos!

Le reconocieron, contestando algunos al saludo. Desde el puente, el capitán le asestó los anteojos. Alvar sonrió, irónico y satisfecho. Por un momento se sintió feliz. Había burlado la vigilancia de aquella gente al servicio de la poderosa Compañía,

para obtener la satisfacción de hacer su voluntad y no someterse a extrañas imposiciones.

Viendo que los pescadores le miraban, les dijo:

–En ese buque iba yo.

–¿Y por qué lo abandonó?–preguntó el viejo.

–Por gusto.

Como viera que sonreían incrédulos, agregó:

–Puedo aseguraros que ni peligraba mi vida ni era objeto de malos tratos.

–Pues no lo entiendo– objetó el joven.

–Ni hace falta– dijo el viejo. –El señor tendría sus motivos, que a nosotros no nos importa saber.

Trató Alvar de hacerles entender los móviles de índole moral que le habían impulsado a dejar el «Pacific», pero tuvo que darse por vencido: no le entendían.

Inquirió cuándo salía el próximo buque para los Estados Unidos.

–Precisamente se espera hoy el «Sirio», que saldrá dentro de dos o tres días para San Francisco.

–¿El «Sirio»? En el mismo embarqué, en viaje para acá, hace diez años.

Desembarcaron en un lugar apartado de la población, donde tenían su choza los pescadores. Obtuvo de ellos unos zapatos viejos y un sombrero; y sin pérdida de tiempo se dirigió a la ciudad, donde se proveyó de ropa y buscó alojamiento en un modesto hotel.

XXXVII. LA BUENA SUERTE DEL BRAVO OLIVER

Tomó pasaje en el «Sirio», que a los dos días salió con rumbo a San Francisco. Al pisar la cubierta, acudió a su mente el recuerdo de Beltrán, el ingeniero chileno con quien tan gratas conversaciones había sostenido; y por natural asociación de ideas, evocó el incidente del «Cóndor», solicitando un médico en pleno océano.

Aquel incidente, ¡de cuántos otros había sido causa! Diez años de raras aventuras, de variadas sensaciones, de grandes ilusiones, de rotas esperanzas... y he ahí que de nuevo volvía al cauce natural de la vida, cerrando quizá el período más extraordinario de su existencia, si no el mejor, por lo menos el más intensamente vivido.

De todos los personajes, el grabado con más relieve era Nureya, la bella salvaje de Maruba. Representaba el amor, amor algo tardío, que había compensado desengaños de la juventud, para desvanecerse a su vez dejándole un triste recuerdo. No estaba seguro de que ella le hubiera realmente amado, tal como él comprendía el amor. ¡Eran tan distintas su mentalidad y su sensibilidad! Pero le había querido a su modo, dándole pruebas de ello. Esto le bastaba para recordarla con afecto y deplorar su caída en la abyección de los civilizados, que la habían degradado con el alcohol.

Los días más felices de aquel largo período, fueron los que pasó en la soledad agreste de Coralina.

Cómo los echaba de menos ahora que la fatalidad le impelía a los medios civilizados, en los que había de sentirse más sólo que en la desierta isla! De nuevo, a luchar por la subsistencia precaria, teniendo por concurrentes y enemigos a los semejantes; de nuevo, a sentir cohibida la libertad por los que en nombre de la libertad imponían leyes coercitivas; de nuevo, a envenenarse lentamente en centros populosos insanos, almacenes de cuerpos y cementerios de almas; de nuevo, a ser espectador forzoso del tremendo drama humano, con escenas diarias de vicio, miseria y crimen; de nuevo, a convertirse en un miembro más del inmenso rebaño...

Luchar con todos y contra todos. Era ya tarea superior a sus fuerzas. Para luchar en provecho propio, le sobraba sensibilidad, y le faltaba ambición; para bregar en bien de sus semejantes carecía de entusiasmo y de fe en los ideales de redención humana. El hombre, con sus instintos de bruto y su inteligencia evolucionada, era el más imperfecto y desgraciado de los seres. La civilización no hacía más que agudizar el desequilibrio entre los instintos y la inteligencia. Era necesario que de la especie actual surgiera una nueva, en la que predominara el sentimiento moral de la solidaridad sobre el instinto egoísta del individuo, para que pudiera manifestarse una civilización sana que dignificara al ser, alejándolo definitivamente del estado de bestia.

Absorbido en estos pensamientos, apenas si prestó atención a la salida del buque. El mismo mar, su buen amigo, dejó

momentáneamente de interesarle; y contra su costumbre, vio indiferente la puesta del sol.

Ningún incidente perturbó la travesía. Los pasajeros se distinguían todos por una mentalidad vulgar. Con ninguno intimó, cultivando su máxima de que era preferible estar solo que en compañía de tontos, hipócritas y fatuos.

Los Farallones, grupo de islitas rocosas, le anunciaron la proximidad de la metrópoli californiana. La península a cuyo extremo estaba enclavada, se hizo visible y no tardó el «Sirio» en penetrar en la Golden Gate, protegida por poderosas fortificaciones. Recorridas las cinco millas del estrecho, entró en la magnífica bahía, con islitas altas y pintorescas y la gran ciudad extendiéndose irregular sobre un terreno montuoso, dominada al fondo por elevaciones rocosas que van de Noroeste a Sudoeste, hasta culminar en «Las Papas», dos picos gemelos.

Atracado el buque al muelle, fue Alvar de los primeros en descender, Todo su equipaje se reducía a un diminuto maletín. Esquivando el asalto de los numerosos agentes de hoteles, tomó un auto y se hizo conducir al barrio latino. Recordaba vagamente la dirección que el marinero del «Pacific» le diera de Oliver. No le fue, sin embargo, difícil dar con él. Habitaba una casa de tres pisos, que ostentaba el pomposo título de «Gran Hotel Valparaíso». Acudió el mismo Oliver a recibirlo, creyendo se trataba de un nuevo huésped, y al reconocerle, estrechó con afecto no fingido entre dos manos la que le tendía Alvar.

–¿Usted aquí?

–Sí, aquí, ocasionalmente. Vengo a hospedarme por unos días, para ponerte a prueba en tu nueva profesión.

–Por cuantos más mejor, a condición de que sea como amigo, no como cliente.

–Como tú quieras, no hemos de reñir por eso. En realidad, lo que me atrae a tu casa, aparte el deseo de volverte a ver, es la curiosidad.

–Voy a empezar a satisfacerla, presentándole a mi esposa.

Dirigiéronse a un departamento donde una mujer gruesa ponía en orden la ropa blanca recién lavada y planchada.

–Juana– dijóle Oliver, –aquí está un antiguo amigo, que estoy seguro te alegrarás de volver a ver.

Volvióse rápidamente la interpelada, exclamando, con regocijo:

–¡El doctor Alvar! ¡Qué sorpresa!

–No menor que la mía. Conque Oliver y tú...

–Marido y mujer.

–Casados como Dios manda– dijo Oliver.

–Y con tres hijos– agregó Juana.

–Como Dios manda– objetó riendo Alvar.– Hay que multiplicarse, para perpetuar la pecadora estirpe de Adán.

Tras una breve conversación, dijo Oliver:

–Bueno, doctor, venga conmigo para enseñarlo habitación.

Subieron al primer piso. Mostróle una amplia sala, con cama muy limpia, mesa, lavabo, ancho diván, dos sillones y dos sillas.

–Es la mejor del hotel y es justo que se la ofrezca.

–Agradezco tu fineza.

–Deseará descansar...

–Lo que deseo es que hablemos, si es que no tienes de momento algo que hacer.

–Estoy a su disposición.

–Pues sentémonos.

Arrellanóse Alvar en uno de los sillones, y mirando fijamente a Oliver, le preguntó:

–¿Eres feliz?

–Todo lo feliz que puede ser un hombre como yo. Tengo una mujer excelente, hijos saludables, mis negocios marchan bien. ¿Qué más puedo apetecer?

–Es bastante, para quien sabe contentarse con esos bienes. Por supuesto, siendo feliz, no echarás de menos el pasado.

–No lo echo de menos, pero no dejo de recordar los días que pasamos en Coralina.

–¿Con agrado?

–Sí.

–Sobre todo, pensarás en Isabel.

Oliver sonrió, contestando:

–¡Si usted supiera lo que pasó después que dejamos la isla!

–Cuenta. Precisamente es lo que deseo saber.

Oliver se levantó, para cerrar la puerta y luego se sentó más cerca de Alvar.

–Pues verá usted. Mientras nos alejábamos en el bote, extrañando la resolución de usted de no querer abandonar la isla, todos le calificamos de loco,

–No me sorprende. Es opinión que comparten la generalidad de los que me tratan.

–Yo no le creo loco.

–Gracias. Pero tampoco me considerarás cuerdo.

–Algo excéntrico...

–De la excentricidad a la locura sólo hay un paso. Mas dejemos eso y prosigue tu narración.

–Cuando llegamos al buque, a todos los alojaron en camarotes de popa, excepto a mí, que me destinaron uno de proa, en el departamento de la tripulación.

–Muy natural. Había que volver a respetar la división de clases.

–Durante todo el viaje no tuve ocasión de hablar con los que habían sido mis compañeros de naufragio. Únicamente dos veces hablé ocasionalmente con Juana, que me enteró que había vuelto a su condición de sirvienta, que Margarita se interesaba otra vez por don Pedro y el Conde se mostraba más asiduo con Isabel.

–Entendido. Habían echado un borrón sobre la página de sus vidas en Coralina y volvían a empezarla en el instante que precedió a la explosión en el «Cóndor». Bonita manera de burlarse del destino.

–Al desembarcar en San Francisco, fueron a alojarse en el gran hotel «The Palace» y yo a una hostería del puerto. Pasaron unos días, y cuando ya creía que no se acordaban de mí, recibí aviso de don Pedro para que fuera a verlo. Acudí, y a solas los dos, me habló poco más o menos de la siguiente manera: «Oliver, no creas que me he olvidado de ti, pero ya te habrás dado cuenta que las cosas han cambiado y cada cual debe ocupar el lugar que le corresponde. Durante nuestra permanencia en la isla, nos has prestado valiosos servicios y

justo es que te recompense por ellos»; y me alargó un abultado fajo de billetes de banco, que cogí de buena gana,

–Y quedaron pagados tus servicios, incluso los que prestaste a Isabel. ¿Y después? Porque supongo que la cosa no acabaría así.

–Supone bien. Después llamó a Juana, a la que dio en mi presencia otro fajo de billetes...

–En pago de sus buenos servicios...

Iba a añadir: a don Pedro, pero se contuvo a tiempo, comprendiendo que sería cruel tal recuerdo.

–Y dirigiéndose a los dos– continuó Oliver, –nos dijo: «Dentro de unos días embarcamos para Valparaíso. Es conveniente que ustedes se queden aquí por algún tiempo. Juana no tiene familia cercana y te la recomiendo a ti, Oliver. Es una excelente mujer, leal, honrada y trabajadora. Si mi consejo vale, cástate con ella, en la seguridad de que no habrás de arrepentirte. Y si le decides a ello, añadiré algo más como dote.»

–¡Admirable don Pedro! Supo hacer las cosas. No necesitas decirme que aceptaste.

–¿No habría hecho usted lo mismo?

–¿Yo?; ¡Oh! Don Pedro no me habría hecho tan ventajosa proposición.

–El caso es que no sólo nos casamos, sino que don Pedro y Margarita apadrinaron la boda y nos hicieron muy valiosos regalos. Al día siguiente de efectuarse, partieron para Valparaíso.

–¿Tuviste más tarde noticias de ellos?

–Nada he sabido.

–¿Ni te has preocupado de indagar?...

–¿Para qué?...

–Es verdad, ¿para qué? Los personajes que representamos una pequeña comedia en la isla desierta a la que por azar llegamos, desempeñamos ahora otros papeles en distintos escenarios. El que tienes ahora a tu cargo, es de más importancia. Eres todo un señor hotelero,

–Gracias al dinero que nos dio don Pedro. No me quejo de mi suerte. El negocio va bien y me permite hacer economías, que deseo dedicar a la educación de mis hijos.

–Loable deseo, natural en todo buen padre.

–¿Recuerda la conversación que tuvimos en la isla Maruba, cuando usted comparaba la vida de aquellos salvajes con la de muchos civilizados?

–Lo recuerdo.

– Creo que ahora estoy en mejores condiciones, que cuando era un simple marinero, para gozar de los beneficios de la civilización.

–Gracias al dinero de don Pedro. Los que no han tenido tu suerte, no pueden decir lo mismo.

–Ya hemos hablado bastante de mí. ¿Y usted, qué me cuenta?

–A mí la suerte me ha sido adversa. He tenido que renunciar a los goces del salvajismo para volver a sufrir los sinsabores de la civilización.

Relató brevemente cuanto le había acontecido en los años transcurridos desde que dejaron de verse. Al concluir, dijo Oliver por todo comentario:

–De buenas ha escapado. Y ahora, ¿qué se propone hacer?

–No tengo plan definido.

–Quédese en San Francisco. Mi casa es la suya.

–Las grandes ciudades me angustian. Dentro de unos días iré a Nueva York y desde allí a Cuba, en busca de un refugio agreste.

–Lo siento, doctor. Quisiera tenerlo cerca.

Alvar no respondió. Con la imaginación se trasladó al lugar donde había nacido y pasado la niñez. Nítidamente volvió a ver

la vetusta casa hogareña, en las afueras de pequeña ciudad de la provincia oriental, rodeada de palmas, con una centenaria ceiba en el patio, y no lejos, rumoroso riachuelo en cuyas orillas crecían en apretados grupos las altas cañas bravas.

Por primera vez sentía la nostalgia del lejano terruño.

XXXVIII. HACIA NUEVA YORK

Acostumbrado a la vida tranquila y plácida de las islas del Pacífico, le producía una penosa impresión la gran ciudad californiana. Cada vez que pasaba por la calle de Market, de más de tres millas de extensión, con sus cuatro líneas de tranvías, sus grandes casas comerciales, su tráfico incesante, sentía el vértigo del movimiento. Prefería pasar las horas en los parques, que eran como oasis de quietud y tranquilidad: el de Golden Gate, de vegetación semitropical; el del antiguo Presidio, más cuidado, o pasear por la hermosa calzada que bordea la costa, teniendo el mar por inmenso escenario.

Así y todo, a los pocos días se hastió de San Francisco, y despidiéndose de Oliver y de Juana, que inútilmente le instaban a quedarse, tomó el tren que debía trasladarlo a Nueva York.

Había hecho el viaje diez años antes, a la inversa. Era largo y fatigoso. Seis días de tren, sin las comodidades que ofrecía un buque; pero fatigas y duración quedaban compensadas contemplando el siempre cambiante panorama, que en muchos lugares ofrecía perspectivas admirables.

Al ascender el tren por la Sierra Nevada, pasando por montes abruptos, cruzando largos y frágiles puentes, observó extensas

regiones que habían sido minadas por los buscadores de oro, el precioso metal convertido en vil por las transacciones a que se le dedica. Alcanzada la alta cumbre, pronto el tren dejó California para entrar en Nevada, atravesando sus altas llanuras. En algunas estaciones vio contados indios, tipos degenerados por la civilización, desposeídos de la dignidad y altivo continente que tenían en su estado primitivo.

Espectáculo magníficamente salvaje se ofreció a su vista al pasar por las gargantas profundas, tortuosas y desoladas a las que se da el nombre de cañón, que producen la impresión de un mundo envejecido en el que la vida orgánica agoniza. Rocas grises, de fantásticas formas; peñascos en grupos o solitarios; abruptas pendientes; árboles esqueléticos, matorrales casi secos; en suma, variadas perspectivas que sobrecogen el ánimo de espanto o lo dilatan impulso de la admiración.

Los desiertos alternaban con los campos fértiles, las llanuras con el terreno accidentado, los valles alegres con los sombríos, los tenebrosos abismos con los inaccesibles picachos.

Desde la cima de las Montañas Rocosas rodó el tren montes abajo, atravesando luego extensos prados, cruzando o bordeando ríos caudalosos. Surgieron los grandes lagos, verdaderos mares interiores, y las prodigiosas Cataratas del Niágara. Sucediéronse las ciudades populosas, los terrenos esmeradamente cultivados, cruzados por bien cuidadas carreteras. Por fin, después de seis días de incesante y alocado correr, llegó el tren en la inmensa metrópoli americana.

Nueva York, la ciudad monstruo, de casas que quieren alcanzar las nubes, de largos puentes colgantes, con el subsuelo horadado en todas direcciones, trenes vertiginosos que corren por encima de las extensas avenidas, miles y miles de tranvías eléctricos y automóviles siempre en movimiento; masas enormes de gentes transitando afanosas por las calles... Ciudad de negocios y de especulaciones, emporio de riqueza ficticia y de miseria efectiva, moral y material.

La penosa impresión que recibiera Alvar en San Francisco, repitióse, aumentada, en Nueva York. Cuando se vio, al salir de la estación con su pequeño maletín de mano, en medio de aquella vorágine de vehículos y de gente moviéndose en todas direcciones, tuvo la sensación del vértigo. Inútilmente trató de buscar un lugar donde pararse y orientarse. Sentíase como arrastrado por el torrente humano. No obstante haber vivido años atrás allí una larga temporada, parecía que acababa de llegar a una ciudad desconocida que fuera habitada por seres extraños, distintos a los de su especie.

Al fin logró orientarse. Estaba en Broadway, la gran arteria ciudadana. Empujando a los que estaban parados en una esquina en espera de poder pasar al otro lado de la calle, se precipitó a subir a un tranvía de los que se dirigían hacia la parte baja de la ciudad. Cuando se vio sentado, libre de empujones y codazos, respiró con satisfacción, con más satisfacción quizá que la que experimentara cuando desembarcó en la isla salvadora después del naufragio.

Fue mirando por la ventanilla el incesante oleaje humano. Era un continuo ir y venir de personas, cual si fueran autómatas

que se movieran con inusitada viveza al impulso de resortes, mecánicos.

–¡Qué estúpida manera de vivir la de esas gentes! –iba pensando. –Tal parece que para ellas la vida es como un tren expreso que corre cien millas por hora, sin paradas, hasta la definitiva de la muerte. No saben saborear el goce de la contemplación, de la tranquilidad de ánimo, del reposo plácido y reparador, ¡Y a eso le llaman ultra civilización!

XXXIX. LA NOSTALGIA DEL PASADO

En lo alto de un montecillo, sentado en saliente roca, sintiendo el tibio contacto del sol otoñal y contemplando la ondulante superficie del mar, se hallaba Alvar al día siguiente de su llegada a Nueva York. Fort Hamilton, situado a su derecha, dominando la entrada del estrecho que separa la bahía alta de la baja, no estaba lejos. La ciudad inmensa quedaba a sus espaldas. A la izquierda amarilleaban los solares yermos y erguían sus siluetas desparramados edificios.

Ni de la ciudad febril, ni del mar tranquilo, subía el menor ruido. Sólo del vecino fuerte venía de vez en cuando un toque melancólico de clarín o del espacio azulino surgía un breve batir de alas.

Y mientras los ojos ansiosos contemplaban el soberbio espectáculo que ofrecían cielo, mar y tierra, su pensamiento, con ansias más intensas, contemplaba otro espectáculo, que si no tenía la grandeza de la naturaleza, poseía en cambio el encanto singular de verse a sí mismo tal como era muchos años atrás; y en breves momentos volvió a vivir una vida de encanto, la parte más bella de su vida juvenil, salpicada de fáciles placeres, llena de ilusiones, repleta de esperanzas.

Los más floridos años de su juventud, años de estudiante, los había pasado en Nueva York. Era la época lejana en que los cubanos laboraban en el extranjero

por la libertad patria; labor a la que él contribuyera con ardor y entusiasmo, figurando, al estallar la revolución libertadora, entre los abnegados que fueron a la manigua a exponer la vida, no para luchar con las armas en la mano, sino para salvar a los que caían. Lograda la independencia de Cuba, sintió satisfecho su anhelo patrio, pero no colmado el ideal de libertad humana, ni su sed de aventuras. Volvió a los Estados Unidos, recorrió la América latina, visitó Europa, África y Asia, mezclándose a menudo en movimientos políticos y sociales, interesándose en las luchas por la libertad de los pueblos oprimidos. Cultivó amistades con los grandes hombres, despreció a los ambiciosos y egoístas, compadeció y ayudó a los desvalidos. Tuvo amantes ocasionales y amigos fieles; prodigó favores, cosechó ingratitudes, desfloró ilusiones... Fatigado el pensamiento, se detuvo indeciso en los umbrales de su vida más cercana, los últimos diez años, y sintió la nostalgia del pasado, esa angustia moral, atosigante, y deprimente, que hace intolerable el presente y resta fuerzas para avanzar resueltamente por el camino de la vida.

Fue un momento breve, pero tan intenso, que le hizo entrever las angustias a que deben estar sujetos los nostálgicos del pasado. Alejó los pensamientos inoportunos. No se debe vivir de recuerdos. Reproducir el pasado, puede proporcionar pasajero goce y servir de enseñanza, cuando se tiene la suficiente energía para avanzar sereno hacia el mañana. ¡Ay de los que sienten perennemente la añoranza de las cosas que

fueron y viven mentalmente en el atosigante pasado! Mueren en vida, atravesando la existencia insensibles al presente y sin preocuparles el porvenir.

El espíritu inquieto de Alvar rebelóse contra la acción deprimente de los recuerdos. Fijó la atención un trasatlántico de gran porte que se dirigía a la mar libre. ¿Adónde iba la potente nave, surcando las aguas entonces mansas, dejando tras sí un penacho de humo y una estela de espuma? Lo ignoraba. Sólo sabía que marchaba adelante, siempre adelante, indiferente al humo y a la espuma que tras sí dejaba.

Adelante, siempre adelante, en demanda de un lejano puerto. ¿Llegaría a él? ¿No lo detendría la tempestad en su larga ruta? ¿Triunfaría de los elementos enfurecidos? ¿Caería deshecha y vencida al fondo del mar bravío?... ¡Qué importaba! Seguía adelante, siempre adelante, en busca del puerto lejano, presta a la lucha si la tempestad venía, fiada en el triunfo, pero dispuesta a la derrota.

Comparóse a la nave aquella. También él marchaba adelante, cruzando el mar de la vida, sereno unas veces, tempestuoso otras, y así hasta que sobreviniera el inevitable naufragio.

El pasado había de ser para él como el penacho que se esfumaba o como la estela desvanecida del buque en marcha. Cosas que fueron.

Levantóse, echando una mirada circular a su alrededor. Aquel lugar, al que tantas veces viniera a soñar en sus días de estudiante, ya nada le decía del pasado. Había cambiado mucho. Pero el mar inmenso, cuyas olas batían tantos y tan

diversos países, seguían invitándole a la lucha, al cambio, a la aventura.

Mientras andaba, en demanda del tranvía que debía conducirlo a Brooklyn, pensaba que lo bello de la vida está sólo en la ilusión forjada y jamás lograda. La realidad del pasado amarga y la del presente jamás satisface plenamente. La ilusión que se hace realidad pierde su encanto; sólo seduce y atrae a condición de ser siempre ilusión.

El mejor modo de vivir era, pues, forjándose nuevas ilusiones a medida que las antiguas se desvanecían; y libertándose de cuanto tiende a esclavizarnos: apetitos malsanos, ambiciones y egoísmos. Hasta llegar a la postrer ilusión, que es la de la liberación completa: la muerte.

Era ésta para él, todavía una ilusión lejana, salvo accidente. Frisaba en los cincuenta años, pero por su género de vida, manteníase fuerte y saludable. De todos modos, las ilusiones de la juventud habían cedido el lugar a las de la edad madura. Una ilusión, sin embargo, perduraba: la de la libertad. La amaba en sí mismo como el ideal de perfección individual: ser libre, espiritual y materialmente; no verse cohibido por ningún poder exterior; ser dueño y señor de sus propios destinos; no obedecer ni mandar. Y esto que quería para sí, lo anhelaba para los demás, convirtiéndolo en ideal colectivo de la humanidad. Una sociedad de hombres verdaderamente libres, equivale a decir de hombres dignos de gozar de libertad. ¡La más bella ilusión humana!

Ahora comprendía que sus deseos de vivir aislado en la isla Coralina, obedecían a un móvil egoísta y como tal indigno de un leal amante de la libertad. Estaba ligado al medio social, al cual debía el des- » arrollo de su ser psíquico, y su deber era contribuir al desenvolvimiento progresivo de la sociedad. ¿Cómo? Dando el ejemplo de la bondad, del vivir sano, sin egoísmos ni ambiciones, de la defensa de la propia libertad, del respeto a la libertad ajena; poniendo en evidencia las máculas de una civilización bárbara, que se basa en la violencia y en el miedo personal; proclamando las ventajas de la mutua cooperación, como firme cimiento de una comunión de, hombres libres.

Sumido en estos pensamientos llegó a Nueva York, ya de noche, cuando el *tender-loin* resplandecía con la luz de millones de focos eléctricos, que le daban un aspecto fantástico, en tanto el Down Town elevaba en la sombra sus sky-scrapers, cual monstruosos fantasmas del espacio.

XL. EL MONSTRUOSO NUEVA YORK

¡Cómo había cambiado la ciudad! Ya no era el Nueva York de la isla Manhattan, de casas a lo sumo de diez pisos, con tranvías, coches y carretones tirados por caballos, ruidosos trenes elevados movidos por el vapor y un solo puente colgante que lo unía a Brooklyn. Ahora era el Gran Nueva York, alargado mucho más allá de Harlem, ensanchado con la anexión de la ciudad vecina y de otras poblaciones circundantes y con una altura prodigiosa gracias a los colosales edificios de veinte a cuarenta pisos. Tranvías y trenes eléctricos, elevados y subterráneos; miles y miles de automóviles y camiones; cuatro grandes puentes colgantes; un túnel bajo el Hudson, uniéndolo a New Jersey; y en calles y avenidas muchedumbres mayores y activas.

En la mañana del tercer día, encaminó sus pasos al parque de la Batería. Quería volver a visitar la colosal Estatua de la Libertad, para experimentar qué nueva sensación le produciría a seis lustros de distancia. A buen seguro no sería la admirativa que le había producido a los veinte años. Abordó el pequeño vapor que hacía la travesía hasta la diminuta isla de Bedlows. El tiempo era desapacible. Soplaban fuerte viento que levantaba gran marejada y el cielo estaba cubierto por densas nubes grises. La estatua se perfilaba en el plumizo horizonte, levantando el brazo con la simbólica antorcha. Algo más allá

divisábase Ellis Islad, con su palacio de Inmigración, de estilo árabe, cuyas anchas franjas rojas le hacían resaltar sobre las verdosas aguas.

–Bella perspectiva, doctor Alvar– exclamó alguien a sus espaldas.

Al volverse, vio ante sí al chileno con quien trabara feliz conocimiento en el «Sirio». Haciendo un esfuerzo, recordó su nombre:

–¡Cándido Beltrán!

–El mismo.

–Qué rara casualidad.

–Doblemente rara: por encontrarnos en tan gran ciudad y precisamente, como en la vez primera, en la proa de un buque.

–Analizándolo bien, no es tan raro. ¿Está usted de paso en Nueva York?

–Por breves días.

–Como yo. Pues bien, estando de paso, no es de extrañar que podamos encontrarnos en lugares que atraen al forastero. En cambio, domiciliados en la ciudad, pudieran transcurrir veinte años sin que nos tropezáramos, porque a ninguno de los dos se nos ocurriría visitar el mismo lugar en día y hora dados. Lo raro es que, a diez años de distancia, los acontecimientos respectivos de nuestras vidas nos hayan traído a Nueva York.

–¿No habrá algo misterioso que nos atrae?

–Lo misterioso es sencillamente lo desconocido. Si analizáramos el por qué nos hallamos los dos aquí, encontraríamos una serie de causas y efectos que desvanecerían el misterio y nos mostrarían que lo que llamamos casualidad no es más que una fatalidad. Y dígame. ¿Viaja todavía por placer?

–Ahora lo hago por necesidades del cargo. Entré en la carrera diplomática.

–Escuela del disimulo y la picardía. No le felicito.

–Figuro como agregado comercial de la Legación de Chile en Washington.

–Naturalmente, habrá usted venido a Nueva York para asuntos comerciales.

–No. Vengo a visitar personas que no le son a usted desconocidas.

Como Alvar le mirara con extrañeza, continuó:

–Don Pedro Roncali llegó hace unos días, en compañía de su esposa, de su hija y de su yerno. ¿No lo sabía usted?

–Lo ignoraba.

–Entonces es que no lee los periódicos.

–He perdido la costumbre.

–Vea este recorte del *New York Herald*.

¿Sacándolo de su cartera, se lo tendió. Era casi una hoja entera del diario. En artísticos y bien combinados medallones estaban los retratos de dos damas y dos caballeros. Grandes titulares encabezaban el texto, rezando así: «Multimillonario chileno y su distinguida familia en Nueva York.» A continuación, con lujo de detalles y minuciosidad de datos biográficos, se daba la noticia de la llegada de don Pedro Roncali, el gran magnate chileno, que tenía un valor contante y sonante de mil millones de pesos. Se proponía, pasar unas semanas en Nueva York, antes de embarcar para Europa, acompañado de su esposa Margarita, de su hija Isabel y de su yerno, el Conde de la Garza.

En los labios de Alvar dibujóse una sonrisa y no pudo menos que exclamar en voz alta:

–¡Margarita esposa de don Pedro! ¡El Conde esposo de Isabel!

–¿Qué tiene eso de particular?– dijo Beltrán.

–¡Oh! Nada, absolutamente nada... para usted.

¿Y dice que ha venido expresamente para visitarles?

–Sí, en nombre del señor Ministro, a la vez que ponerme a su disposición.

–Tanto honor...

–No es exagerado. Se trata del hombre más prominente, rico e influyente de Chile, y aun de América, que es como decir del mundo.

–Es verdad, lo había olvidado.

–Una verdadera gloria nacional.

–Muy cierto. Gloria formidable. ¡Mil millones!

Beltrán se rió.

–Celebro, doctor, que no haya tomado en serio mis palabras. Ya comprenderá que el cargo impone ciertos deberes.

–Quizá fuera más exacto llamarles hipocresías.

–El deber es siempre una hipocresía.

–Justo. Por lo menos cuando se simula cumplirlo de buen grado y hasta con placer.

Llegaban a la isleta, atracando el buque con precaución en el muelle, azotado por las olas. Señalando a la estatua, dijo Alvar:

–Ahí tiene otra colosal hipocresía.

–¿La Libertad?

–No. La estatua. Simboliza lo que ningún Gobierno puede dar y menos garantizar y lo que pueblo alguno todavía sabe gozar.

–Yo creo que la hipocresía está en la idea. Nos hacemos la ilusión de que somos o podemos llegar a ser libres.

–La ilusión hondamente sentida, no puede fingirse, y por lo mismo no es hipócrita. La libertad es la más sincera de las ilusiones.

–También es la más costosa... y la más irrealizable. Los pueblos, para conquistarla, derrochan sangre y luego no saben gozarla.

–Es que se empeñan en comprar lo que nadie puede vender. La libertad está en nosotros. Para gozarla, bastaría que cada uno supiera respetar la libertad de los demás.

–¿No sería mejor hacer respetar la propia libertad?

–Hay el peligro de convertirse en opresor y tirano. En cambio, respetando cada uno la libertad ajena, podría tener la seguridad de que los demás respetaban la de cada uno.

–Ilusoria me parece la fórmula.

–¿No hemos convenido en que la libertad era una ilusión?

Habían desembarcado, llegando al pie del pedestal, rodeado de cañones. Señalándolos, continuó Alvar:

–Esto sí que no es ilusión: la fuerza bruta.

–Precisamente rodeando a la libertad, convertida en estatua.

–Todo un símbolo: la fuerza oprimiendo a la libertad. La libertad es incompatible con la violencia. Sólo cuando los hombres dejen de usar armas y dinero, que son los poderosos instrumentos de la fuerza bruta, podrán pensar en ser libres.

Penetraron en el interior de la estatua.

–Una libertad hueca– observó Beltrán.

–Como la libertad de que hoy gozamos.

Empezaron a ascender por la estrecha escalerilla, que sólo permitía el paso de una persona. El viento huracanado, penetrando por la base, ascendía con violencia hasta la cabeza, con ruido ensordecedor, haciendo oscilar la escalerilla. La subida fue penosa, pero una vez arriba, asomados en las ventanillas que se abren en la cabeza de la estatua, se dieron por compensados ante el espectáculo de la bahía, con sus aguas movidas por el oleaje: a la izquierda, el populoso Brooklyn; a la derecha, New Jersey; al frente, Staten Island, con el estrecho que separa la bahía alta de la baja, teniendo a un lado los fuertes de Wodsworth y de Tompkins, al otro, el de Hamilton.

–¡Soberbio espectáculo!– exclamó Beltrán, que por primera vez lo presenciaba. –Vale la pena de subir a la cabeza hueca de la Libertad.

–Excelente mirador, ¿verdad? Es lo mejor que tiene la estatua.

Ahíto de mirar, emprendieron el descenso por otra escalera.

–Es más agradable bajar que subir– observó Beltrán.

–No siempre. En la vida es más grata la ascensión que el descenso.

Al abandonar el vapor, Beltrán interrogó:

–Y bien, doctor, ¿tiene algo que hacer?

–Mi única ocupación ahora es la de paseante.

–Pues entonces, seamos compañeros de paseo. Visitemos otro mirador, que no está lejos de aquí: el de Woodworth.

Siguiendo por Broadway, no tardaron en llegar al pie de un edificio, que no obstante su descomunal altura no dejaba de tener cierta esbeltez y arte. Un rápido ascensor les condujo al extremo de la torre. El espectáculo era aún más impresionante que el anterior. A sus ojos se ofrecía la ciudad entera: un amontonamiento de edificios de todas dimensiones, pequeños y grandes parques, largas avenidas, por las que parecían arrastrarse las hormiguitas humanas y rodar despaciosamente los tranvías, automóviles y trenes elevados. La bahía con sus islas y sus buques, el río Este con los puentes colgantes que unen Manhattan con Brooklyn; el Hudson con sus numerosos muelles en ambas orillas; y más allá, pueblos y lugares de recreo.

–Aquí es donde se aprecia toda la grandeza de esta colosal ciudad–dijo Beltrán con admiración.

–¿Grandeza o miseria?

–¡Oh, doctor! Reconozca que esto es grandioso.

–Nueva York, más que grande, me parece monstruoso. Exceso de construcciones y de vehículos; una complicación de movimientos que hacen peligroso el tránsito; una aglomeración de personas que entorpece el desarrollo normal de sus vidas. De ello resulta la agudización de la lucha por la existencia, por la obtención de riqueza o poder; la exacerbación de las más bajas pasiones, la exaltación del egoísmo. La grandeza de la ciudad se cimenta en la miseria material y moral de sus habitantes.

–Quizá tenga usted razón, pero hay que aceptar como un hecho fatal el engrandecimiento de las principales urbes. Son como focos poderosos de atracción.

–De atracción y de descomposición.

Era mediodía. La hora en que los empleados de las oficinas y los trabajadores salían a tomar el lunch, con un límite de tiempo de treinta minutos. Las calles eran un hervidero, un continuo ir y venir de hombres y mujeres,, que se rozaban y si era necesario se empujaban, para llegar cuanto antes al más cercano restaurant. Broadway, congestionado hasta el exceso, era difícil atravesarlo y había que esperar en fila en las esquinas a que el policía paralizara momentáneamente el tráfico.

–¿No le produce esto una impresión penosa?– preguntó Alvar.

–De angustia. ¿Cómo estas gentes pueden vivir así, día tras día, durante años?

–El hombre es el animal que se adapta a las peores condiciones de vida.

–Será por su superior inteligencia.

–Y por su inferior instinto. La inteligencia ha inutilizado el instinto, sin suplirlo.

–No lo creo. El instinto persiste. Ahora mismo me está recordando que es hora de almorzar.

–Confunde usted la costumbre con el instinto.

–Poco importa. La cuestión es almorzar.

Alvar lo llevó a un restaurant del barrio italiano, donde almorzaron con toda comodidad, por ser ya más de la una. Mientras comían, tuvo ocasión Beltrán de satisfacer su curiosidad. Conocía los incidentes del naufragio y los que se desarrollaron en la isla Coralina, por haberlo oído de labios del mismo don Pedro al regresar éste a Chile; pero ignoraba lo que le sucediera luego a Alvar. Al terminar éste su relación, dijo:

–Doctor, esta noche estoy invitado a comer con don Pedro y su muy distinguida familia. Le llevo conmigo. Se alegrarán extraordinariamente de volverle a ver.

–¿Está usted seguro?

–Segurísimo. Siempre me han hablado bien de usted. El único defecto que le ponen es que es... como diré...

–Dígalo sin temor: loco.

–No; raro, extravagante, excéntrico. Esto es, dicen que es usted un excéntrico.

–Naturalmente, estoy fuera de su centro. A mí me parece que los excéntricos son ellos. Todo depende del lugar en que nos colocamos.

–¡Lo que me he reído cuando me hablaban de los apuros que pasaron en la isla!

–Allí hicieron lo mejor de su vida: trabajar.

–¿Lo mejor? No lo consideran ellos así. Creen firmemente que han venido a la vida con el único fin de holgar y divertirse.

–No me extraña que ellos lo crean; lo inconcebible es que haya quienes trabajen para que ellos huelguen.

–Qué quiere usted, la sociedad está montada así.

–Signo evidente de nuestra superioridad sobre los animales, que no admiten zánganos en su seno.

XLI. NÁUFRAGOS MORALES

A las reiteradas suplicas de Beltrán, accedió Alvar acompañándole en su visita a don Pedro. Dirigiéronse en automóvil al gran hotel donde se hospedaba. Ocupaba con su esposa e hijos uno de los más lujosos departamentos, en el segundo piso. Los cuatro distinguidos personajes estaban reunidos en un amplio salón maravillosamente decorado y amueblado con gusto exquisito. Los más afamados artistas habían puesto a contribución su inteligencia y su habilidad para hacerlo digno de ser ocupado por quienes tuvieran sobra de dinero.

Alvar fue recibido con exclamaciones de extrañeza, acompañadas de demostraciones de afecto, demasiado extremosas para ser sinceras.

Beltrán.— Aquí les traigo, casi a remolque, un buen amigo, que de fijo se alegrarán de volver a ver.

Don Pedro.— ¡El doctor Alvar!

Margarita.— ¡Qué grata sorpresa!

Isabel.— ¡El querido doctor!

Conde.— No lo hacía yo por aquí.

Alvar.— Pues sí, aquí me tienen, aunque sea a pesar mío.

Beltrán.— Una rara casualidad me hizo dar con él.

Margarita.— Estaba escrito que nos habíamos de volver a ver.

Isabel.— Ya lo ve, hay que creer en el destino.

Alvar.— ¿De veras se alegran que el destino nos haya reunido otra vez?

Isabel.— ¿Por qué no? Es usted un buen amigo.

Alvar.— Algo majadero.

Conde.— Todos tenemos nuestros defectos.

Alvar.— ¿Usted también?

Conde.— Aunque no me los conozco, quizá tenga algunos.

Isabel.— ¡Y tantos! Pregúntemelo a mí.

Alvar.— Me guardaré muy bien, sobre todo delante del Conde. Por otra parte, lo que suelen ser defectos para los demás, para uno mismo son cualidades.

Breve silencio.

Don Pedro.— Se cansó de la vida salvaje, por lo que veo.

Margarita.— Tarde o temprano tenía que suceder.

Conde.— No se ha hecho aquella vida para los civilizados.

Isabel.— La verdad, que no me explico todavía cómo pudo usted quedarse.

Alvar.— El atavismo. Algunos de mis antepasados fueron indios. A esto quizá deba la atracción que sobre mí siempre ha ejercido la vida primitiva. Y conste que no me cansé de vivir como salvaje, sino que los salvajes entre quienes vivía se convirtieron en civilizados. Últimamente en la isla no había más salvaje que yo.

Isabel, con picardía.— ¿Y Nureya, también dejó de ser salvaje?

Alvar.— ¡Pobre Nureya! La civilización la convirtió en vanidosa y coqueta, además de viciosa, y como yo no le regalaba colorete para pintarse los labios, me abandonó por un yanqui rubio y borracho, que además del colorete le daba palos.

Isabel.— ¡Ja, ja, ja! Qué gracioso es usted, doctor.

Alvar.— Verídico nada más, señora. Y dígame, ¿qué es de Oliver?

Isabel, enrojeciendo.— ¿Oliver?...

Don Pedro.— ¿Se refiere usted a aquel marinero que tan buenos servicios nos prestó?

Alvar.— justamente, sobre todo a su hija.

Don Pedro.— Cuando desembarcamos en San Francisco le regalé diez mil pesos como recompensa, y no he vuelto a saber de él.

Alvar.— ¿Y de Juana, no sabe nada?

Don Pedro.— ¿Juana la mestiza?

Alvar.— La misma, que tan buenos servicios le prestó a usted.

Don Pedro.— Pues, le regalé cinco mil pesos.

Alvar.— Y, naturalmente, no ha vuelto a tener noticias de ella.

Don Pedro.— En absoluto.

Alvar, señalando a un niño que acababa de entrar, acogiéndose al regazo de Isabel.

— ¿Y este caballero?

Isabel, con orgullo.— Es mi hijo.

Alvar.— Se parece a usted. (Bajando la voz, para que sólo le oiga ella): Pero más todavía a Oliver.

Isabel, disimulando.— Sí, se parece más a mí que al Conde.

Alvar.— De manera que la muy noble y antigua familia de la Garza cuenta con un nuevo vástago para eternizarla.

Conde.— Así es, afortunadamente.

Alvar.— Le felicito, porque el vástago mejora la estirpe. Como que para su producción se han unido dos aristocracias: la de la sangre y la del dinero.

Conde.— Ambas son indispensables para la selección social, que ponen en peligro las absurdas doctrinas igualitarias.

Alvar, dirigiéndose a Margarita y a don Pedro.— Y ustedes, ¿no contribuyen a esa selección salvadora?

Don Pedro.— No se chancee, doctor. Ya soy algo viejo para eso.

Alvar.— Pero su esposa es todavía joven y bella.

Hay otro momento de silencio embarazoso.

Don Pedro.— A propósito, doctor, el reuma vuelve a molestarme.

Margarita.— También yo sufro otra vez del estómago.

Isabel.— A mí la neurastenia me amarga de nuevo la vida.

Conde.— Pues no estoy yo mejor, con mis periódicas jaquecas.

Alvar.— Todo eso se cura fácilmente.

Todos.— ¿Cómo, doctor?

Alvar.— Con otro naufragio.

Margarita, con desconsuelo.— El remedio es peor que la enfermedad.

Alvar.— Bueno, el naufragio se puede omitir, pero es indispensable que se sometan de nuevo a la vida que hacían en la isla.

Don Pedro.— Prefiero seguir con mi reuma.

Conde.— Y yo con mi jaqueca.

Margarita.— Si fuera por una corta temporada, podría una hacer el sacrificio.

Isabel no dijo nada. Por su mente pasó el recuerdo grato de sus instantes de goce en brazos del bravo y varonil Oliver.

Don Pedro.— ¿Comerá usted con nosotros?

Alvar.— Gracias. Mi estómago, todavía salvaje, no me permite sentarme a la mesa de un millonario.

Beltrán.— No debe desairar la invitación de don Pedro.

Isabel.— Quédese, doctor.

Margarita.— Si es necesario mi ruego...

Alvar.— Me quedo, a condición de tener la libertad de comer solamente lo que apetezca.

Don Pedro.— Concedido, doctor, concedido.

Dirigiéronse a la próxima pieza, habilitada como comedor privado, y se sentaron en la mesa. Durante la comida, sucediéronse los recuerdos del pasado, teniendo que contar Alvar cuanto le aconteciera desde el momento que le dejaron en la isla hasta su reciente vuelta al continente, sin omitir su encuentro con Oliver y Juana en San Francisco.

Don Pedro.— No sabe cuánto me satisface que esas buenas gentes sean felices.

Margarita.— A tu generosidad deben su felicidad.

Alvar.— Muy cierto, Margarita, pero también supieron ser ellos generosos. No olvide que prestaron buenos servicios, como don Pedro ha reconocido.

Don Pedro.— A propósito de servicios. Estoy en deuda con usted, doctor.

Alvar.— ¿También yo presté buenos servicios?

Don Pedro.— Como médico. ¿No recuerda usted nuestros tratos cuando vino al «Cóndor»?

Alvar.— Sinceramente, los había olvidado.

Don Pedro.— Yo no. Tengo por costumbre cumplir siempre lo que ofrezco. Estuvo usted dos años a mi servicio.

Alvar.— ¿Dos años?

Don Pedro.— Poco más o menos, a contar desde el día que puso el pie en el «Cóndor», hasta aquel en que abandoné la isla.

Alvar.— Dos años de servicios profesionales, sin yo darme cuenta. Perfectamente. Estoy dispuesto a cobrar mis honorarios. No me vendrán mal, porque mi pobre bolsa ha ido enflaqueciendo.

Conde, irónico.— A lo que parece, ya concede usted beligerancia al dinero.

Alvar.— Es que ahora estoy entre civilizados, y éstos son los que precisamente niegan beligerancia al que no tiene dinero. Aquí, nada poseo, porque todo está poseído por otros, y sin dinero, nada puedo adquirir. Al revés de Coralina, donde todo era de todos y con dinero nada podíamos obtener.

Conde.— Bien, pero aunque sólo sea entre civilizados, debe reconocer que el dinero es útil.

Alvar.— ¡Y tanto, para el que lo tiene! Le garantiza el poder vivir del trabajo de los demás.

Don Pedro, sonriendo.— Le voy a dar la oportunidad de gozar de ese privilegio. Aprecio sus servicios durante dos años, acumulando los intereses por los ocho transcurridos, en treinta mil pesos. ¿Le parece bien?

Alvar.— No me parece mal.

Sacó don Pedro la pluma de fuente de oro y la libreta de cheques, extendiendo uno por dicha cantidad, que entregó a Alvar.

Don Pedro.— Puede hacerlo efectivo cuando guste.

Alvar, contemplando el cheque con fingida admiración.— ¡Maravilloso pedacito de papel! Vales lo que treinta mil pesos en oro.

Don Pedro, con orgullo.— Lo que vale no es el papel, sino la firma. Y no treinta mil, mil millones.

Beltrán.— Esto quiere decir que representa usted el valor de un uno seguido de nueve ceros. ¡Ya es valer!

Alvar.— Esto aquí, entre civilizados, que saben apreciar el valor de un hombre por el dinero que tiene. En Coralina don Pedro valía nueve ceros seguidos del uno. Lo que demuestra que el valor es cosa convencional.

Beltrán.— Toda nuestra vida civilizada se basa en convenciones.

Alvar.— Sólo que la mayor parte de nuestras convenciones, en vez de ser resultado de pactos voluntarios, son impuestos por la necesidad, la costumbre, la tradición o sencillamente por la fuerza.

Don Pedro.— Lo positivo es que uno vale por lo que tiene.

Alvar.— Pero el valor de las cosas es relativo, además de convencional, y depende de algo ajeno a ellas. ¿Qué es lo que da valor, por ejemplo, al inmenso edificio de Woodworth? ¿Sus materiales, su enormidad, su arte, el trabajo que representa, mental y material, el objeto a que se dedica, el dinero empleado en su construcción? Nada de esto. Su valor reside principalmente en el lugar que ocupa. Colocado en otro sitio de Nueva York, de menor importancia, valdría menos; trasladado a una ciudad de segundo o tercer orden, en un pueblecillo o en lugar despoblado, su valor iría gradualmente decreciendo; levantado en el desierto de Sahara, no valdría nada.

Margarita.— La conversación es interesante, pero debemos prepararnos para ir a la ópera.

Alvar.— Bien pensado. Las óperas se han escrito para facilitar la digestión y estimular la vanidad.

Levantáronse de la mesa y Alvar se despidió de todos, incluso de Beltrán, que tenía el compromiso de acompañarles al teatro.

Al salir a la calle, respiró con fuerza, como si acabara de abandonar un lugar infecto. Y hablando para sí, dijo:

—Margarita esposa de don Pedro, Isabel del Conde. Este y aquélla, entendiéndose. Un hijo de Oliver, heredero del título... ¡Pobres gentes! Los convencionalismos sociales les han hecho naufragar moralmente; y para esa clase de naufragios no hay islas salvadoras.

XLII. FATAL ACCIDENTE

Al despertar a la mañana siguiente, en la pequeña habitación del modesto hotel en que se hospedaba, su primer pensamiento fue por el cheque de treinta mil pesos que guardaba en la cartera.

—Mal síntoma, Alvar, te estás metalizando— exclamó en alta voz, como si se dirigiera a un segundo personaje.

¡Treinta mil pesos! Jamás había dispuesto de tan crecida cantidad. A lo sumo, unos centenares de pesos, que a medida que gastaba iba reponiendo con su trabajo. Consideraba el dinero como el único medio, entre civilizados, de adquirir lo que le hacía falta; y como sus necesidades eran escasas, fáciles de satisfacer, y carecía de ambición, nunca le había perturbado el afán de acumularlo. Mas he aquí que, como llovidos del cielo, caían en su bolsa casi exhausta, treinta mil pesos, y con ellos, surgía de improviso un grave problema, que no sabía cómo resolver. ¿Qué debía hacer con aquel dinero? ¿Vivir regaladamente, hasta que se acabara, del trabajo de los demás? No le satisfacía. ¿Emplearlo en la explotación de algún negocio, que equivaldría a la explotación de los demás? Le satisfacía menos. ¿Repartirlo entre necesitados? Equivaldría a una caridad estéril, pues sólo aliviaría alguna miseria individual,

sin remediar la colectiva. ¿Qué destino daría entonces a los treinta mil pesos?...

Después de algunas cavilaciones, delineó un plan: Ir a Cuba, adquirir allí una extensión de terreno fértil en lugar apartado y fundar una colonia de hombres y mujeres dispuestos a vivir de manera natural. Para la alimentación, las frutas y demás productos vegetales que directamente obtuvieran de la tierra con el trabajo personal; casas sencillas y aireadas; vestidos cómodos y con la menor cantidad posible de tela, para recibir sobre el cuerpo los beneficios de la luz y del aire; igualdad de relaciones, a base de la mutua cooperación; libertad de conducta, teniendo por norma el respeto mutuo; el trabajo como obligación; la diversión, el estudio, el arte, como derecho; el bienestar como resultado. En suma, una tentativa de realizar en pequeño la Utopía social, para observar hasta dónde era posible que el animal-hombre se transformara en el hombre racional.

Salió alegre y satisfecho a la calle. Ya tenía un noble objetivo al que dedicar sus energías y sus entusiasmos. Encaminóse al banco e hizo efectivo el cheque. Le entregaron treinta billetes de mil pesos cada uno. Extrañóse que suma tan respetable de dinero abultara tan poco. Con la mano palpábase la cartera que guardaba en el bolsillo interior del saco. Inconscientemente, protegía el dinero. ¡El dinero! Sintióse un poco avergonzado al darse cuenta que al fin le rendía pleitesía. Se consoló pensando que no era por motivos egoístas. Con aquel dinero quería intentar una buena obra: la de probar que se podía vivir sin tener que utilizar lo que consideraba como el agente más desmoralizador y degenerador de la vida. ¡Ironía de las cosas!

Para probar que se podía vivir sin dinero, al dinero tenía necesidad de recurrir. En el medio civilizado, se entiende, porque en el primitivo de la isla Coralina, de nada había servido el dinero.

Tomó la dirección de la Compañía de vapores que hace el servicio de Cuba, para adquirir un pasaje. Iba distraído, ensimismado en sus pensamientos. Cruzó la calle. Para huirle a un automóvil, se echó sobre la vía, al tiempo que venía un tranvía a recular velocidad. Fue alcanzado por la defensa y arrastrado un buen trecho. En aquel instante fatal, un pensamiento trágico-cómico pasó por su mente: que había naufragado en seco.

Al parar el tranvía, en vano intentó Alvar levantarse. Las piernas no respondían a su voluntad.

–Debo tenerlas partidas– se dijo.

Acudió gente y lo quitaron de la línea, dejándolo tendido en la acera. No tardó en llegar una ambulancia, en la cual lo depositaron, conduciéndolo al hospital.

Después de un minucioso examen, los médicos le apreciaron diversas roturas en las piernas y muslos y una extensa y profunda herida más arriba del tobillo derecho, donde recibiera el golpe de la defensa del tranvía.

Ni por un momento perdió el conocimiento ni la serenidad. Su estado de ánimo sufrió, sin embargo, un cambio. No obstante que sólo habían transcurrido algunas horas del accidente, parecía que le separaba un largo período desde el

instante que saliera del banco hasta aquel en que se veía tendido en la cama de un hospital, y que todo lo demás de su vida estaba muy remoto. Comprendía que su estado era grave. ¿Qué podía importarle ya su vida y aun la vida de los demás? ¡Su vida!... ¿Acaso era suya? ¿No era más bien la vida de los millones de pequeños seres, las células, que lo constituían? Su vida individual era el resultado de la vida colectiva que estaba a punto de disgregarse. El orgullo del yo parecía un pueril orgullo. En la flor de la vida, y como ésta, esparcía al abrirse su perfume, para en breve marchitarse y deshojarse...

Al atardecer de aquel mismo día, recibió la visita de Beltrán, que se había enterado por los periódicos del fatal accidente.

–¡Qué desagradable sorpresa, doctor!– dijo Beltrán con no fingido sentimiento.

–Mi último naufragio.

–Su estado no es de tanta gravedad.

–Más de lo que usted se figura. Ya no soy joven, y aunque me conservaba fuerte, gracias al género de vida que llevaba, mis humores, por herencia y por extravíos de la juventud, no son del todo sanos. Le temo a la gangrena.

–No piense en eso. Crea mejor que ha de curarse. Como médico, no ignora los beneficiosos efectos de la sugestión.

–Tonterías, amigo Beltrán. La sugestión sólo opera con éxito en espíritus débiles y la autosugestión en espíritus desequilibrados. El que está convencido firmemente de una

cosa, no puede creer lo contrario estando en su pleno juicio. Además, no tengo interés en hacerme la ilusión de que he de vivir. La muerte, ni me espanta ni la temo. Que venga, cuando sea su hora. Tranquilo la veo avanzar, y sólo siento que no pueda darme cuenta del instante en que me toque con sus manos heladas, pero suaves y acariciadoras. Porque la muerte es una caricia que no se siente, la caricia suprema de la vida universal, al ser individual que desaparece.

Pronunció estas palabras con tan serena convicción, que Beltrán consideró inútil objetar nada.

En los sucesivos días continuó visitándole, notando que efectivamente se agravaba. Manifestada la gangrena, le amputaron la pierna y más tarde hubo que hacer lo mismo con el muslo. El día después de esta operación, al visitarlo Beltrán, le dijo:

–Deseo pedirle un favor.

–Diga. Estoy a sus órdenes.

Sacó de debajo de la almohada la cartera, que previamente había pedido, y extrajo de ella los treinta billetes de mil pesos, separando uno, que entregó a Beltrán.

–Con estos mil pesos, le suplico pague los gastos del hospital y los de la cremación de mi cadáver.

–¡Pero todavía no se ha muerto!– le objetó con fingida chanza, –y es probable que tarde en hacerlo muchos años.

–Días nada más. Ahora, hágame el favor de encender la vela que está en la mesita.

Complacido, acercó a la llama de la vela uno de los veintinueve billetes que le quedaban.

–¿Pero, qué hace usted?

–Ya lo ve: quemar un pedazo de papel.

–Es una insensatez quemar ese dinero.

–Es mi venganza, porque yo también, como humano que soy, alimento malos sentimientos.

–Pueril venganza. ¿Qué daño pueden haberle causado esos billetes?

–Mucho. Precipitaron mi muerte, después de sugestionarme con su valor ficticio, pensando realizar con ellos una buena obra.

–Todavía está a tiempo de dedicarlos a un fin útil. ¿Acaso no tiene familiares pobres a quienes legarlos?

–Aunque los tuviera, no se los daría.

–Hay instituciones benéficas.

–La caridad es un paliativo que, sin remediar la miseria, sólo sirve para enaltecer al que ejerce aquélla. No quiero aparecer como un hipócrita? benefactor de los pobres, con menos motivo cuando no he obtenido el dinero explotándolos.

–Abundan los desgraciados que se beneficiarían con ese dinero.

–Beneficio de un día y para un corto número. No vale la pena.

Uno a uno fue quemando los billetes. Luego reunió en un platillo los residuos.

–He ahí lo que queda: un montón de cenizas. Su valor positivo. El ficticio ha desaparecido.

–Una fortuna convertida en humo.

–En humo debieran convertirse todas las fortunas. Por mi parte, creo haber realizado una buena obra. Quienquiera que poseyera esos miles de pesos, hubiera podido vivir sin trabajar, consumiendo lo que otros tendrían que producir para él.

Beltrán meneó la cabeza y dijo, procurando atenuar con la entonación cariñosa la crudeza de la frase:

–Voy creyendo que realmente es usted un excéntrico.

–Cree usted bien. Mi centro no es el de los civilizados.

Beltrán dio otro giro a la conversación.

–Sus amigos me preguntan siempre por usted. Se interesan por su estado.

–¿Mis amigos?

–Sí, don Pedro, Isabel, Margarita...

–¡Mis amigos!

–¿Por qué no? Le aprecian más de lo que usted se figura.

–Y con toda seguridad, más de lo que merezco, porque confieso que yo no he correspondido a su aprecio. Sólo han logrado inspirarme un desprecio cordial y cariñoso.

Continuó hablando, observando Beltrán que lo hacía con esfuerzo.

–No hable, si el hacerlo le fatiga.

–Quiero aprovechar el poco tiempo que me queda. Quizá mañana ya no pueda expresar con palabras mi pensamiento,

–Aprensiones.

–No puedo engañarme a mí mismo. La gangrena avanza y no tardará en llegar al corazón. Dejará de funcionar el motor y toda la maquinaria se paralizará.

–Aunque así sea, su alma persistirá.

–¿Eternamente?

–Ciertamente, el alma es inmortal.

–El solo pensamiento de que mi alma pudiera vivir eternamente, me produce un cansancio mortal. No se ha hecho para mí esa bella ilusión.

–Debe creer cuando menos que perdurará su recuerdo.

–Nada he hecho de importancia para que me recuerden, ni de haberlo hecho, me importaría el recuerdo póstumo.

–Pero sus amigos...

–Hace tiempo que dejé de tenerlos. A los que hoy puedan llamarse mis amigos, a los cinco minutos de darles la noticia de mi muerte, se olvidarán hasta de mi nombre. Y harán bien. El recuerdo de los muertos es una hipocresía más de los vivos.

–Exagera. Yo habré de recordarle con afecto.

Alvar no contestó. Sus ojos reflejaron angustia. La enfermera se acercó, humedeciéndole los labios y sosteniéndole en alto la cabeza.

–Ya pasó– dijo, –pero otros malos ratos vendrán.

Beltrán se despidió hondamente afectado. No obstante el poco tiempo que le trataba, le quería ya cual si fuera su mejor amigo. Admiraba en Alvar su carácter de fiera independencia y de genuina sinceridad, que en ningún otro hombre encontrara. Sus mismas excentricidades le parecían consecuencia natural del choque de aquel carácter entero en un medio saturado de convencionalismos y egoísmos.

Cuando volvió al día siguiente lo halló sin habla. Toda la vida habíase reconcentrado en los ojos, que miraban a Beltrán intensamente, como si quisieran expresar algo que los labios se negaban decir.

La lámpara se apagaba. Eran los últimos destellos.

Por la noche recibió Beltrán un aviso telefónico. Acudió presuroso al hospital, llegando todavía a tiempo para recibir la última intensa mirada de Alvar, en la que había una muda expresión de reconocimiento y de eterno adiós.

XLIII. ORACIÓN FÚNEBRE

Los muelles de la «Cunard Line» se veían invadidos de una heterogénea multitud de personas: las que embarcaban para Europa, las que venían a desperdigas y las que acudían por mera curiosidad.

El pasaje era distinguido, descontando, desde luego, el de tercera. Gente adinerada, que iba de paseo a Londres, a París, a las grandes ciudades del viejo continente, o a invernar en las costas poéticas y templadas del Mediterráneo.

Los mejores camarotes de lujo del gran trasatlántico estaban reservados para don Pedro y su familia. Al llegar éstos al muelle, les rodearon sus numerosos amigos, que se deshacían en cálidas demostraciones de cariño y afecto. Beltrán esperó que sobreviniera un momento de calma para acercarse y saludar. Aunque no le preguntaron por Alvar, consideró un deber informarles de su muerte,

–Anoche, el doctor Alvar.

–Es verdad– interrumpió don Pedro, –se me había olvidado preguntarle. ¿Cómo sigue nuestro buen amigo?

–Falleció anoche, a las diez.

–Sensible, muy sensible– exclamó simplemente don Pedro.

–¡El pobre! Lo mejor que hizo en su vida– dijo cínicamente el Conde.

Margarita e Isabel ni se dieron por enteradas, entretenidas en la conversación con sus amigas, hablando de las modas altamente sugestivas de aquel invierno.

Beltrán sintió disgusto y repugnancia. Sin esperar a que embarcaran, alejóse de allí.

Al atardecer, dirigióse al Crematorio de Fresh Pond, y allí asistió a la sencilla operación de reducir a cenizas el cuerpo inanimado de su amigo. Mientras el horno crematorio consumía el cadáver rápidamente por el proceso de la combustión, haciendo en minutos lo que la inhumación realiza en años, Beltrán murmuró en fúnebre oración:

–¡Adiós para siempre, amigo Alvar! En tu vida excéntrica hubo altruismo y hondo sentimiento de humanidad. En la vida cuerda de los que ahora están ya cruzando el océano, sólo hay egoísmo y vanidad.

FIN



ADRIÁN DEL VALLE COSTA (1872-1945)

Nació el 27 de junio de 1872 en Barcelona, (España) y murió el 9 de febrero de 1945 en La Habana (Cuba).

El periodista, escritor y propagandista anarquista y naturista Adrián del Valle Costa, más conocido bajo el seudónimo de Palmiro de Lidia, aunque en empleó otros (Fructidor, Hindus Fakir), fue hijo de un republicano federal que lo introdujo en la lectura con “Las ruinas de Palmira” de Volney de ahí tomó el seudónimo y con 13 años ya se declaraba republicano y librepensador.

En sus años de estudiante, fue redactor de un semanario estudiantil. En 1886 fundó la Sociedad librepensadora

«Juventud», pronto disuelta, y el mismo año ingresó en la Asociación librepensadores «La Luz», de cuya junta directiva de la que formó parte y donde conoció Gaspar Sentiñón.

Hacia el 1887, al leer el periódico anarco-colectivista *El Productor*, se decantó por el anarquismo; se pasó por su redacción, en el Centro Obrero «Regeneración», y se afilió a la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT).

Amigo de Pere Esteve y Antoni Pellicer Paraire, líderes de esa publicación, lo introdujeron en la redacción, firmó sus artículos, entre los que destacan los celebrados “Cartas a un amigo, sobre socialismo”, con el seudónimo Palmiro y fundaron juntos, con Fernando Tarrida del Mármol, el grupo anarquista «Benevento».

En 1889 colaboró en la organización del II Certamen Socialista celebrado en Barcelona. En 1891 conoció Errico Malatesta, que le animó a continuar en la militancia, y al año siguiente marchó con Esteve a París y a Londres. En esta gira se relacionó con Jean Grave, Émile Pouget, Carlos Malato, Piotr Kropotkin y Louise Michel. Malatesta le recomendó que emigrara a Nueva York. Siguió el consejo del amigo y, después de un tiempo en Tampa, Florida, (EE UU), donde colaboró en la prensa libertaria (*La Revista Cubana*, *El Esclavo y Verdad y Tierra*), se trasladó a Nueva York, donde dirigió *El Despertar* y colaboró en *Cultura Obrera*.

En 1895 se trasladó a La Habana, pero expulsado por las autoridades españolas volvió a Nueva York, donde fundó *El*

Rebelde. Defensor de la independencia cubana, se relacionó con varios conspiradores revolucionarios (Enrique Creó, etc.) Y cuando la isla se liberó del colonialismo español se estableció en La Habana donde desarrolló una intensa labor propagandística y periodística.

En 1899 fundó *El Nuevo Ideal*, colaboró en numerosas publicaciones (*Tiempos Nuevos, Cuba y América, El Mundo, Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba, La Última Hora, Heraldo de Cuba, La Reforma Social, La Nación, ¡Tierra!, El Dependiente, Revista Bibliográfica Cubana*, etc.), fue secretario de redacción de *Revista Cubana de los Amigos del País*, se encargó en 1914 de la biblioteca de la institución, la que arregló según criterios modernos. Fue miembro de la junta directiva de la «Sociedad del Folklore Cubano» y dirigió algunos periódicos (*El Tiempo, El audaz*, etc.).

Durante la Gran Guerra escribió artículos pacifistas y contra el conflicto bélico.

El 14 de mayo de 1917 publicó en *El Dependiente* un duro ataque contra el Comité Pro-conferencias Panamericana de Trabajadores, que entonces reivindicaba el socialista ex anarquista Carlos Loveira, criticando el exclusivismo continental del proyecto y las coincidencias con la American Federation of Labor (AFL, Federación Americana del Trabajo), organización autoritaria y conservadora. Fue muy amigo de Alfredo López y de Marcelo Salinas.

Entre julio y septiembre de 1927, a petición de Federico Urales, publicó una especie de memorias de sus recuerdos

barceloneses en *La Revista Blanca*. Destacado defensor del naturismo social e integral, en 1928 dirigió la revista *Pro-Vida*, órgano de la Sociedad Naturista Cubana. También defendió en sus artículos el neomaltusianismo. En 1930, después de muchos años alejado, visitó la Península y mantuvo estrechas relaciones con la familia Urales, la cual le publicó numerosas obritas en «*La Novela Ideal*» (*Mi amigo Julio, jubilosa, Camelanga, Arrayán, aristócratas, Ambición, El príncipe que no quiso gobernar, Contrabando, Cero, Tiberianos, De maestro a guerrillero, La mulata Soledad, Náufragos*, etc.).

Tradujo *Cuba a pluma y lápiz*, de Samuel Hazard, y, con Fernando Ortiz, *Cuba antes de Colón*, de Marck Raimond Harrington. Encontramos colaboraciones suyas en numerosas publicaciones de todo el mundo y no sólo libertarias, como *Acracia, Almanaque de La Novela Ideal, Cultura Obrera, Cultura Proletaria, El Dependiente, El Despertar, El Diluvio, El Esclavo, Ética, Eugenia, La Ilustración Artística, inquietud, Naturaleza, El Porvenir del Obrero, El Productor, Progreso, La Protesta, La Revista Blanca, Revista de Filosofía, Revista Única, Suplemento de la Protesta, Tiempos Nuevos, Los Tiempos Nuevos, ¡Tierra!, Verdad y Tierra, La Voz del Obrero*, etc. Entre sus obras podemos citar *Narraciones rápidas. Marta* (1894), *Fin de la fiesta. Cuadro dramático* (1898), *El ideal del siglo XIX* (1900), *Socialismo libertario* (1902), *Cuentos inverosímiles* (1903 y 1921), *Miedo al camino* (1907), *Parnaso cubano* (1908, antología), *Ferrer. Recopilación de documentos históricos que inmortalizarán al caído* (1909), *Cultura psicofísica. Para vivir cien años* (1911 y 1920), *Los diablos amarillos* (1913), *Jesús en la guerra* (1917), *Tradiciones y leyendas de Cienfuegos* (1919, con Pedro Modesto Hernández), *El mundo como pluralidad*

(1924), *Kropotkine, vida y obras* (1925), *Juan sin pan. Novela social* (1926), *El naturismo* (1926 y 1932), *Evocando el Pasado* (1886-1892) (1927), *Compendio de la historia de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana* (1930), *Historia documentada de la conspiración de la Gran Legión del Águila Negra* (1930, obra premiada en un concurso de 1929), *Índices de las Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País* (1893/96) (1938), etc.

Adrián del Valle Costa murió el 9 de febrero de 1945 en La Habana (Cuba).

Biografía extraída de “Sobre la anarquía y otros temas”:

<https://jjmlsm.wordpress.com/2018/02/11/adrian-del-valle-costa-vida-y-obra/>